

ゼロの使い魔 2

《風のアルビオン》 ヤマグチノボル



ゼロの使い魔

Zero no Tsukaima

Noboru Yamaguchi

Ilustraciones por Eiji Usatsuka



Derechos de autor

Trabajo original de Noboru Yamaguchi.
Ilustraciones originales por Eiji Usatsuka.
Traducción japonés-inglés de Baka-Tsuki.

Distribuye esta obra de manera libre, sin ánimo de lucro, sin modificar su contenido y citando a los autores originales y al equipo que ha trabajado en la traducción. Si es licenciada en tu país, por favor, deja de distribuir esta traducción.

Gracias.

Equipo

Traducción de **Kapia**, **Pingüino** y **Chusetto**.
Ilustración del índice por **Crash**.
Corrección y presentación (2014) por **Slayer**.



Noboru Yamaguchi

Noboru Yamaguchi (Japón, Prefectura Ibarki, 11 de febrero de 1972 - 4 de abril de 2013) fue escritor de novelas ligeras orientado a un público joven y diseñador de escenarios de videojuegos. Ganó fama y prestigio a raíz de la novela ligera y novela visual *Zero no Tsukaima*.

En julio del 2011 se informa de que Noboru Yamaguchi padece de un cáncer avanzado descubierto en febrero de ese año y que no podía ser tratado en ese momento. Debido a las operaciones a las que se sometió tuvo que cesar el trabajo con su novela en varias ocasiones. Yamaguchi falleció el 4 de abril del 2013 a la edad de 41 años.

* ÍNDICE *

* Capítulo 1	
Un bote secreto	8
* Capítulo 2	
La tristeza de Su Majestad	20
* Capítulo 3	
La petición de una amiga de la infancia	35
* Capítulo 4	
Ciudad Portuaria: La Rochelle	48
* Capítulo 5	
Un día de descanso antes de partir	65
* Capítulo 6	
El País Blanco	83
* Capítulo 7	
El príncipe de un país agonizante	98
* Capítulo 8	
La víspera de la batalla final en Newcastle	106
* Capítulo 9	
La batalla final	121

ゼロの使い魔

2

《風のアルビオン》 ヤマグチノボル

ゼロの使い魔2

風のアルビオン

ヤマグチノボル

MF文庫



Capítulo 1

Un bote secreto

Louise descansaba en su cama. Soñaba que estaba de vuelta en su tierra natal a tres días de viaje desde la Academia Tristain, el lugar donde había nacido.

La joven Louise de su sueño estaba corriendo cerca de la casa, constantemente siendo comparada con sus hermanas, a quienes les iba mejor que a ella.

—Louise, ¿Dónde estás? ¡Sal ahora mismo! —gritaba su madre. En su sueño, Louise estaba siendo reprendida debido a sus pobres resultados en sus estudios de magia. Siempre estaba siendo comparada con sus hermanas, quienes obtenían mejores resultados.

Louise vio un par de zapatos bajo los arbustos.

—¡La señorita Louise realmente no sirve para la magia!

—Es verdad. ¿Por qué no puede ser como sus dos hermanas mayores que sí son buenas magas?

Louise, después de haber escuchado esto, se sintió triste y desalentada al mismo tiempo que mordía sus labios. Los sirvientes habían empezado a buscarla entre la vegetación. Louise intentó con todas sus fuerza escapar de ahí. Se retiró a un lugar que ella llamaba el ‘jardín secreto’: el lago central.

El ‘jardín secreto’ era el único lugar donde Louise se sentía cómoda. Era tranquilo, sin nadie más alrededor. Había flores por todas partes y las aves se reunían en los bancos cercanos al lago. Y en medio del lago había una pequeña isla donde se encontraba una pequeña casa hecha de mármol blanco.

Junto a la isla había un pequeño bote que servía originalmente para pasar el tiempo, pero ahora estaba maltrecho y olvidado. Sus hermanas mayores habían crecido y estaban ocupadas estudiando magia. Su padre, que se había retirado de sus obligaciones en el ejército, ahora pasaba sus días con los nobles que vivían cerca. El único pasatiempo de su padre era cazar. El único interés de su madre era enseñar a sus hijas y no le importaba nada más.

Por eso, aparte de Louise, nadie más venía al lago olvidado y mucho menos recordaban el pequeño bote. Es por esto que siempre que Louise era reprendida venía a este lugar.

En el sueño de Louise, su versión más joven saltó al bote y se acurrucó con una sábana que ya tenía preparada.

Mientras se metía bajo la sabana, un noble que vestía una capa apareció desde

la isla cubierta de neblina.

El noble tenía unos dieciséis años. En el sueño de Louise, ella tenía sólo seis años, había una diferencia de diez años entre ellos.

—¿Has estado llorando, Louise? —Su cara no se podía ver porque estaba cubierta con un gran sombrero.

Pero Louise sabía exactamente quién era él. Era el vizconde, el noble que acababa de heredar las tierras que rodeaban su tierra natal. Louise sintió algo cálido por dentro. El vizconde era el hombre de sus sueños. A menudo asistían juntos a banquetes y, además, sus padres ya habían arreglado el compromiso.

—¿Eres tú, vizconde?

Louise se cubrió la cara, no quería que el hombre de sus sueños la viera llorando. Sería una vergüenza.

—Fui invitado por tu padre, para hablar de algo relacionado con el compromiso.

Al escuchar esto, Louise se sintió aún más avergonzada, hasta tal punto que ni se atrevía a levantar la cabeza.

—¿En serio? Pero eso no será posible, vizconde.

—Louise, mi pequeña y delicada Louise, ¿no te gusto? —dijo el Vizconde bromeando.

Louise ladeó suavemente la cabeza.

—No, no es eso. Es que todavía soy joven y no estoy lista —dijo desconcertada.

La cara escondida bajo el sombrero reveló una sonrisa y le extendió la mano a Louise.

—Vizconde.

—Señorita, por favor, tome mi mano. Rápido, el banquete está a punto de empezar.

—Pero...

—¿Te han regañado nuevamente? No te preocupes. Hablaré con tu padre —dijo el Vizconde.

Louise asintió, se levantó y acercó su mano a la del Vizconde. «Qué manos tan grandes». ¿No son esas las manos que siempre había soñado coger?

Justo cuando estaba a punto de tocar la mano del vizconde, una repentina ráfaga de aire hizo volar el sombrero de la cabeza de su cabeza.

—¡¿Eh?! —Louise observó perpleja su cara. Como era un sueño, Louise había regresado a su forma original de dieciséis años. —Qué... ¿Qué estás haciendo?

La persona bajo el sombrero no era el vizconde, sino su familiar, Saito.

—Louise, ven rápido.

—El tema no es si voy o no. ¿Por qué estás tú aquí?

—No seas de mente tan cerrada ¿acaso ya te has enamorado de mí? —respondió Saito, que estaba insolentemente vestido con las ropas del vizconde.

Le hace preguntarse a uno de dónde saca tanta confianza.

—No seas estúpido, en aquel momento estaba confundida, ¡más te vale que dejes de soñar!

—No te inventes excusas, mi Louise.

—¡¿Quién es tu Louise?!

Saito hizo como si no la escuchara y se acercó más a ella.

—¡Idiota! ¡¿Qué estás haciendo?!

Ignorando sus quejas, Saito procedió y levantó a Louise, que estaba en el bote, y la llevó a sus brazos.

—¿Por qué tienes que ser tú? —preguntó Louise frustrada, mientras golpeaba a Saito. Pero Saito no se enfadó, en vez de eso, su sonrisa se hizo más grande. Esto hizo que Louise se sonrojara de la vergüenza. No sabía la razón exacta, pero se sentía bien en brazos de Saito. Esto hizo que estuviera más ansiosa aún.

Saito, que estaba en su cama, abrió lentamente los ojos. Las lunas gemelas, que estaban llenas, brillaban e iluminaban fuertemente la habitación. Louise, durmiendo en su cama, gimió como si estuviera teniendo una pesadilla.

Saito rogó que no se despertara. Se levantó en silencio y se acercó lentamente a la durmiente Louise.

—Ssssh... —Saito dio la vuelta y puso su dedo índice en sus labios.

—¿No quieres que hable? ¿Por qué no?

—Ssssh... —Saito ladeó la cabeza, una vez más dibujó una línea a través de sus labios con el dedo corazón y miro a su compañero Derflinger, que estaba molesto.

—No te perdonaré por ignorarme. Mi compañero se levanta en medio de la noche sin decirme el porqué. ¡Eso me enfada y me deprime!

Después de decir esto, Derflinger sacudió su cuerpo como si estuviera enojado. «Qué espada tan complicada».

Despertada por el sonido de la espada Louise se dio la vuelta y abrió los ojos. El corazón de Saito dio un salto. Sentándose, Louise lo empezó a regañar.

—¡No te creas tanto! Más te vale que empieces a limpiar. ¿No ves que todo está lleno de polvo? ¡No me digas que ya lo hiciste! ¡Eres tan idiota!

El cuerpo de Saito estaba completamente congelado, como si le hubieran lanzado

un hechizo de endurecimiento. Pero después de que Louise terminó de regañar a Saito se acostó una vez más y se durmió. Aparentemente, sólo estaba hablando dormida. Aun en sus sueños, Louise le daba órdenes a Saito. Saito se sintió aliviado y triste al mismo tiempo. Derflinger, que había estado mirando a Saito todo el tiempo, dejó salir un triste suspiro.

—Está hablando dormida, ¿eh? Pero no parece que sea música para tus oídos, Saito.

Saito miró enfadado a Derflinger, quien casi arruina su plan; caminó rápidamente hacia él y dijo:

—¡Más te vale que te calles, idiota!

—Te has pasado. ¡No te perdonaré! Si mi compañero quiere que me calle me callaré! Pero despertarse repentinamente en medio de la noche y no querer decir por qué implicará que sufrirás un castigo, aun si me dices ahora las razones.

La curiosidad de Derflinger equiparaba a la de su compañero. Parece que quería saber las razones por las que Saito se levantó en medio de la noche, sin importar lo que costará.

Saito suspiró, y señaló a la durmiente Louise.

—¿Qué pasa con la hija del noble? ¿Qué estás pensando, compañero?

Saito usó sus manos para hacer un gesto parecido al de un corazón

—¿Y eso qué significa?

—Representa el amor.

—¿La chica está enamorada de ti, compañero?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

Saito se levantó y bailó sin hacer ruido.

—Ah. ¿Te refieres al baile?

—¿Viste la expresión de Louise mientras bailábamos, no?

—Sí, la vi.

—Su cara estaba tan roja —dijo Saito con la mirada perdida.

—Sí, estaba muy roja.

—Parecía querer tomar mis manos y no soltarlas nunca.

—¡¿Estás seguro?!

—Derf, sólo eres una pieza de metal, nunca entenderías el corazón de una chica. Si una chica mira a un chico así eso quiere decir que le está diciendo indirectamente que le gusta —dijo Saito, mientras golpeaba la espada.

—Es cierto, no soy más que una espada y no entiendo nada sobre las relaciones interpersonales. Pero si tú lo dices compañero, entonces debe ser verdad.

Saito asintió felizmente y dijo:

—¡Realmente eres sensible, Derflinger!

—Entonces, mi buen compañero, ya que estás seguro de que está enamorada de ti, ¿vas a hacerla tu novia?

—¡Sí! ¡Estoy seguro de que le gusto y me gustaría que fuera mi novia!

—Eso es imposible. He estado por aquí por mucho tiempo y es la primera vez que he escuchado de un familiar teniendo un amorío con su maestro. ¡Eres increíble!

—Ah, eso sienta bien. Más, elógiame de nuevo.

—Mi compañero, ¡eres fantástico!

Saito se levantó y preguntó alegremente.

—Derf, ¿quién es el hombre más atractivo del mundo?

—Por supuesto que tú, compañero.

Los elogios se fueron justo a la cabeza de Saito. Sintió como si el mundo entero lo estuviera animando. Le hace preguntarse a uno si tiene algún problema con su cociente intelectual.

—Louise es muy afortunada de que me he encariñado con ella. Yo, el gran y apuesto yo.

—Si esta arrogante chica está enamorada de ti, ¿entonces por qué tiene que regañarte hasta en sus sueños?

Derflinger quería seguir expresando sus opiniones, pero Saito lo detuvo.

—Louise en realidad es muy terca. No desnudará su corazón tan fácilmente.

—¿Con que así es?

—Si se lo pidiera, definitivamente me respondería ‘¡¿Qué dices?! ¡Familiar estúpido!’

—¿Verdaderamente estás seguro de conocer lo que realmente siente, compañero?

—¡Claro que sí! Aunque siempre lo niegue, la verdad es que quiere desesperadamente que la ‘conquiste’. Ya está profundamente enamorada de mí, pero Louise es demasiado terca, no me dirá directamente que le gusto por su orgullo.

—Compañero, debes ser un genio por haber deducido esto.

—Así que ahora, voy a representar al planeta Tierra y a hacer mía esta belleza de Halkeginia.

Derflinger se sacudió, demostrando que estaba de acuerdo.



—Si es así, entonces me callaré.

Saito le agradeció a Derflinger y se acercó una vez más a Louise.

Louise seguía profundamente dormida. No importa desde qué ángulo se viera a Louise, todavía lucía tan hermosa como siempre. Saito respiró profundo, la habitación estaba llena de una encantadora fragancia. Saito, temblando ligeramente, levantó la sabana de Louise. La luz de luna brillaba sobre Louise que llevaba puesto un camisón. Aunque estaba vestida, todavía se podía sentir su suave piel a través de la ropa. Aunque sólo un poco sus senos se habían desarrollado. Además, a Louise no le gustaba usar ropa interior cuando dormía. Saito sabía esto extremadamente bien, él era quien preparaba la ropa interior todas las mañanas. Saito estaba tan conmovido que casi salen lágrimas de sus ojos. «De aquí en adelante, la pequeña y hermosa chica finalmente será mía» pensó. Había estado esperando este momento toda la semana, desde el baile.

—Buen provecho —dijo al acercarse a la durmiente Louise mientras se frotaba las manos. Luego se metió bajo las sábanas. —Ah, Louise, Louise tu piel es tan suave. Ja, ja, Saito, idiota...

Saito no sabía por qué se llamó a sí mismo idiota, pero cada vez se excitaba más. Abrazó a Louise sin pensarlo dos veces y la besó en la mejilla. No parecía que Louise se fuera a despertar por ahora, siempre dormía profundamente.

—Louise, mi querida Louise, tu cara. Tienes la cara más hermosa del mundo.

Después de decir eso justo cuando Saito estaba a punto de levantarle el camisón Louise se levantó repentinamente. Al principio, Saito estaba sorprendido, pero se recuperó rápido y abrazó firmemente a Louise.

—Qué... ¿Qué estás haciendo?!

Louise se dio cuenta inmediatamente que tenía que luchar para librarse de los brazos de Saito.

—¿Es que no puedes quedarte quieta?

—¿Por qué... por qué... estás abrazándome?

—¿Qué dices? ¡Pensé que yo te gustaba! —Saito miró frustrado a Louise. Louise sintió su enfado y dejó de luchar.

—¿Qué? —Saito puso sus manos en los hombros de Louise y preguntó — ¿No estás enamorada de mí?

—¿Qué... qué locuras estás diciendo?

—No pasa nada, Louise, entiendo cómo te sientes. Yo soy quien más te comprende. No estés nerviosa, relájate. Saito acercó lentamente sus labios a los de Louise

cuya cara se hacía cada vez más pálida.

«¿Yo? ¿Enamorada de ti?»

El sueño de Louise pasó frente a sus ojos como una película. Saito hacía lo mismo que en su sueño, hablándole de esa manera tan insolente. Gracias a eso, cuanto más miraba Louise a Saito, más se enfadaba. Ambos, el Saito de su sueño y el Saito de la realidad, la enfadaban, la enfadaban mucho. Se podría decir que era cólera pura.

Louise ahora estaba temblando de rabia, pero Saito pensó que era por timidez porque Louise no tenía experiencia en esto.

—¿Sigues nerviosa? Esta también es mi primera vez. Relájate mientras me quito el camisón.

Louise sintió a Saito tomándola de la cintura. Tan rápida como una salamandra de fuego atrapa a su presa, Louise levantó su pierna izquierda y golpeó a Saito en la entrepierna.

—¡Aaaarh!

Saito sintió como su columna transportaba el insoportable dolor desde su ingle hasta su cerebro. A Saito, que no podía soportar el dolor, le empezó a brotar espuma de la boca y cayó rodando de la cama. Louise se levantó lentamente y cogió el látigo para caballos que tenía junto a su cama. Saito, viendo el látigo, intentó escapar, pero Louise ya tenía un pie sobre su cabeza.

—¡¿Qué pretendías que hiciera hace unos segundos?!

Saito, recobrándose lentamente de su dolor, se las arregló para hablar.

—¿No éramos como amantes susurrándose palabras dulces?

Louise usó su pie para aplicar más presión en la cabeza de Saito y le respondió.

—Te estás haciendo ilusiones.

—¿Eso quiere decir que estoy equivocado? ¿No te gusto?

—¿Que a quién le gusta quién?

—Bueno, ¿no le gusto, señorita Louise?

—Ja, ja, por favor, dime una razón por la que creas eso, pero que sea fácil de entender, de otra manera no sería capaz de decir lo que te podría pasar.

—Bueno, durante el baile me miraste, a tu familiar, con esos ojos que ansiaban amor.

—¿Y es por eso que crees que me gustas y por lo que subiste a mi cama? —respondió Louise, con la cara roja

—Así es, señorita Louise. ¿Está equivocado su humilde familiar?

—Definitivamente estás equivocado, nunca he escuchado de un familiar su-
biendo a la cama de su amo.

—Lo recordaré la próxima vez.

Louise dejó salir un suspiro y le habló en un tono que mostraba lástima hacia Saito.

—No habrá una próxima vez.

—¡Ama! ¡Mire! ¡Mire! ¡Las lunas gemelas están hermosas hoy! —dijo Saito desesperado.

—Como sea, ya es tarde... —dijo Louise con una voz que temblaba de ira.

Bajo la luz de las lunas gemelas los gritos de dolor de Saito se escucharon a muchos kilómetros de distancia.

Al mismo tiempo que a Saito le daban una paliza, Fouquet miraba distraída el techo en algún lugar muy lejano de la academia en la Prisión Genoa de la Ciudad de Tristain. Ella era una maga triangular de tierra que había sido atrapada por Saito y compañía hace dos días por el robo del Báculo de la Destrucción. Como era famosa por robar tesoros incalculables de varios nobles, fue enviada a la prisión Genoa, la prisión de máxima seguridad localizada en la ciudad de Tristain.

Sería acusada en la corte la próxima semana. Como había causado una gran vergüenza a los nobles de todo el país, probablemente sería exiliada o se le daría la sentencia de muerte. De cualquier manera, no se le permitirá volver a Tristain nunca más. Al principio, pensó en escapar, pero pronto olvidó esa idea. Dentro de su celda no había nada a excepciones de un catre y una mesa hechas de madera. Incluso los palillos que utilizaba para comer estaban hechos de madera. Las cosas serían muy diferentes si hubiera siquiera una cosa hecha de metal, como una cuchara.

Aunque quería convertir las paredes y barras de hierro de la celda en arena usando su alquimia, sin su varita que había sido confiscada, eso no sería posible. Los magos están indefensos sin sus varitas. Además, las paredes y barras de la prisión habían sido hechizadas especialmente para resistir magia, así que aunque usara la alquimia no podría escapar.

—Son muy crueles por encerrar aquí a una mujer débil como yo—Fouquet se quejó. Entonces pensó en el joven que la había capturado. «Ese chico es bastante fuerte, no puedo creer que sea un humano normal y corriente. ¿Quién es exactamente? Pero eso es algo que ya no me concierne»—. Hora de dormir —Fouquet cerró sus ojos y se recostó.

Justo cuando había cerrado los ojos los abrió rápidamente de nuevo. Fouquet

escuchó a alguien acercándose al calabozo donde estaba. Escuchó un ruido peculiar, como el de unas espuelas. Dedujo que no podía ser un guardia porque los guardias no usan espuelas en sus botas. Fouquet se sentó rápidamente.

Una persona usando una capa negra apareció junto a su celda. Su cara no se podía ver porque estaba cubierta con una máscara blanca, pero se podía ver una varita larga bajo la capa. Era un mago.

—¡Me sorprende tener un visitante a estas horas de la noche! —dijo Fouquet de una manera indiferente.

El hombre con la máscara blanca no respondió. En vez de eso, miró fríamente a Fouquet. Ella supo instintivamente que la persona estaba contratada para asesinarla. Algunos de los nobles a quienes había robado debieron de haber pensado que sentenciarla en la corte era un problema y habían decidido contratar a un asesino para matarla. Muchos de los objetos que había robado de la familia imperial probablemente eran a su vez objetos robados, y para no dejar salir la verdad a la luz los de la familia imperial habían decidido silenciarla.

—Bueno, como puedes ver este no parece el lugar adecuado para atender a alguien. Pero creo que no has venido a beber té, ¿no es así? —dijo Fouquet.

Fouquet reflexionó. «Aunque no tengo mi varita no me rendiré sin dar pelea. No soy solo buena con la magia, soy bastante buena en el combate cuerpo a cuerpo. Pero si decide usar magia estoy perdida. Por lo tanto, debo engañarlo para que entre a mi celda».

En ese momento, el hombre de la capa se dispuso a hablar.

—¿Eres Fouquet, *de la tierra derribada*?

Su voz era fuerte y juvenil.

—No estoy segura de quién me dio ese apodo, pero sí, soy Fouquet, *de la tierra derribada*.

El hombre de la capa levantó ambas manos, mostrando que no tenía intenciones hostiles.

—Tengo algo que me gustaría decirte.

—¿Y qué es? —respondió Fouquet con un tono de sorpresa—. No me digas que piensas hablar en mi defensa. Qué raro eres.

—Estaría feliz de hablar en tu defensa, mi querida Matilda de Saschen-Gotha. La cara de Fouquet empalideció.

—Ese es un nombre que he olvidado, o más bien, que fui forzada a olvidar. No debería haber nadie en este mundo que lo conozca. ¿Quién eres?

El hombre de la capa no respondió a sus preguntas.

—Matilda, ¿te gustaría servir a Albión nuevamente? — preguntó.

Fouquet había perdido su templanza.

—¡Eso es imposible! —contestó—. ¡Nunca serviré a aquellos que asesinaron a mi padre y destruyeron mi hogar!

—No lo malinterpretes, nadie te está pidiendo que sirvas a la familia real de Albión. Pronto serán derrocados.

—¿A qué te refieres?

—Se está llevando a cabo una revolución. Vamos a derrocar a la débil e indefensa familia imperial y serán reemplazados por los nobles que sean competentes, como nosotros.

—¿Pero no eres parte de la nobleza de Tristain? ¿Qué tienes que ver con una revolución en Albión?

—Somos un consorcio de nobles sin fronteras que estamos preocupados por el futuro de Halkeginia. Deseamos unificar Halkeginia y recuperar la tierra santa que el Fundador Brimir una vez pisó.

—Por favor, deja de decir tonterías —dijo Fouquet dibujando con una mueca—. Si ese es el caso, ¿para qué me necesita tu consorcio de nobles sin fronteras? Sólo soy una prisionera.

—Necesitamos magos hábiles ahora más que nunca, ¿nos ayudarás, Fouquet, *de la tierra derribada*?

Fouquet movió las manos y respondió.

—Por favor, deja ya de soñar. ¿Pretendes unificar Halkeginia?

—Unificar el reino de Tristain, Germania, Albión y Gallia, aparte de otra cantidad de pequeños reinos que siempre están en guerra los unos con los otros, sería un sueño de una noche de verano.

—¡Hmph! Recuperar la tierra santa, ¿cómo se enfrentarían a los todopoderosos elfos?

La tierra santa ha estado en posesión de los elfos que viven al norte de Halkeginia por cientos de años. Desde entonces, los humanos han empezado incontables cruzadas para recuperar la tierra santa, pero han fallado miserablemente en cada una. Los elfos, distinguidos por sus orejas puntiagudas y su cultura única, tienen largos periodos de vida y son extremadamente buenos con la magia. Todo eso hace a los elfos guerreros altamente efectivos. El que los hombres puedan derrotarlos es algo muy difícil.

—No me gustan los nobles y no tengo interés en Halkeginia. Recuperar la

tierra santa... ¡Los elfos se pueden quedar allí si les da la gana!

El hombre de la capa negra sacó su varita y contestó.

—Te dejaré escoger, Fouquet, *de la tierra derribada*.

—Escucho.

—O te vuelves nuestra compañera o...

Fouquet terminó la frase por él.

—¿O moriré inmediatamente en este lugar? ¿Estoy en lo correcto?

—Así es. Ya que sabes nuestro secreto, no te puedo dejar vivir.

—Vosotros, los nobles, sois un montón de egocéntricos. Nunca considerarían los sentimientos de otras persona —dijo Fouquet riendo—. Para aclararme, me estás invitando a unirme a ti, pero en realidad no tengo opción, ¿no?

El hombre de la capa negra respondió riendo.

—Así es.

—Entonces déjame ser parte de tu consorcio. Odio las personas que no saben cómo dar órdenes.

—Vamos, entonces.

Fouquet puso ambas manos en su pecho y preguntó:

—¿Cuál es el nombre de tu organización?

—¿Realmente quieres unirme o sólo estás jugando conmigo?

—Sólo quiero saber el nombre de la organización en la que trabajaré de ahora en adelante.

El hombre de la capa sacó una llave del bolsillo, abrió la celda de Fouquet y respondió.

—Los Reconquistadores.

Capítulo 2

La tristeza de Su Majestad

Ya es por la mañana.

Los compañeros de clase de Louise la miraron con los ojos abiertos de par en par mientras entraba, probablemente porque iba arrastrando tras ella un ser encerrado, encadenado y destrozado. Su cara emitía un aura extremadamente peligrosa y su preciosa frente se curvaba con ira.

Se sentó con rapidez.

—Wow, Louise, ¿qué es lo que llevas ahí? —le preguntó Montmorency *la perfumada* con la boca abierta.

—Mi familiar.

—Oh, cierto, se parece ahora que lo miro de cerca —asintió Montmorency. A pesar de los grandes moratones y la sangre seca que invadían su cara, uno podía aún reconocer que a eso le solían llamar Saito. Su cabeza estaba apoyada en sus muñecas y era llevado como un saco de basura.

—¿Qué hizo?

—Se coló en mi cama.

—¡Oh! —Montmorency exageró su sorpresa jugando con su precioso pelo rizado—. ¡Qué vulgar! Oh, colarse en la cama es tan... ¡Oh! ¡Sucio! ¡Muy sucio!

Empezó a morder su pañuelo mientras murmuraba sobre reputación y ancestros y cosas por el estilo.

Moviendo su cabello rojo encendido Kirche entró a la clase y se quedó mirando a Louise.

—Debe ser tu capacidad de seducción, ¿no, Louise? Sucia, sucia Louise, sedujiste a Saito como una ramera de clase baja, ¿no?

—¿Quién es la sucia aquí? ¡Creía que eras tú! ¡De ninguna manera lo seduciría!

—Vaya, estás herido. Pobrecito, déjame curarte. —Kirche abrazó la cabeza de Saito. Sus grandes pechos casi lo sofocaban, pero no ofreció resistencia; más bien le encantó aquel repentino cielo que se abrió ante él.

—Ay... Ay... Ay...

—¿Estás bien? ¿Dónde te duele? Te curaré con un hechizo.

—Deja de mentir. No puedes usar hechizos de curación tipo agua, ¿verdad? Tu nombre rúnico es 'ardor', como ardor de estómago. Así que enfríate un poquito —dijo

Louise indignada.

—Es *ardiente*. Ar-dien-te. No sabía que tu memoria era también Zero —Kirche miró al pecho de Louise—. ¡Parece que el nombre Zero no se aplica solo para tus pechos y tu magia!

La cara de Louise se puso roja en un instante. A pesar de ello, se rió fríamente mordiendo el labio.

—¿Por qué tengo que aceptar lo que dice alguien que sólo puede fanfarronear de sus pechos? ¿Estás diciendo que todo lo que vale en una mujer es el tamaño de sus tetas? Esa es una manera asquerosa de pensar. Tu cerebro debe estar vacío o algo, todos los nutrientes se fueron a tus pe-pechos. Tu ce-cerebro debe...de-debe e-estar vacío.

Aunque intentaba aparentar tranquilidad, su voz temblaba. Parecía que le habían ofendido de forma personal.

—Tu voz te está temblando, Vallière —Kirche cogió gentilmente en brazos a Saito, lleno aún de heridas y rasguños, y tocó su cara con su pecho—. ¡Oh, querido! ¿Crees que Kirche *la de las tetas grandes* es estúpida?

—N-no. ¡Eres muy inteligente! —Saito estaba en éxtasis con la cabeza hundiéndose entre los pechos de Kirche. La ceja de Louise se arqueó ante eso y tiró con violencia de la cadena que tenía en la mano.

—¡Ven aquí!

Saito, con la cabeza, las muñecas y todo el cuerpo atado, se golpeó secamente contra el suelo. Louise le puso el pie en la espalda y le habló fríamente.

—¿Quién te ha dado permiso para hablar en humano? Se supone que tienes que decir 'guau', chucho.

—Guau. Sí, señora —replicó Saito muy bajito.

—Perro estúpido. Hazlo otra vez. ¿Cuando quieras decir 'sí', qué haces?

—¡Guau!

—Exacto. Dices 'guau' una vez. ¿Y cuando quieras decir 'entiendo, mi ama'?

—¡Guau, guau!

—Bien. Dices 'guau' dos veces. ¿Y qué pasa con 'quiero ir al baño'?

—¡Guau, guau, guau!

—Exacto. Dices 'guau' tres veces. Incluso para un perro estúpido es muy buen vocabulario, así que no hace falta decir nada más, ¿entendido?

—Guau.

—¡Un querido que ladra es precioso también! —dijo Kirche acariciando la bar-



billa del pobre Saito—. Oh, puedes venir a mi cama esta noche. ¿Te apetece? ¡Puedo dejar que chupes un montón de sitios que te gustarán!

Saito de sopetón de apoyó sobre sus rodillas, moviendo la cola, que era una escoba que Louise le había atado la noche anterior. Incluso tenía orejas hechas de harapos en su cabeza.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

Louise tiró en silencio y con fuerza de la cadena hacia sí.

—Serás... —y le plantó el pie encima.

¿Acaso no he dicho 'guau' como me has dicho que haga? —Saito ya había tenido suficiente, puso su cara de 'ahora te voy a dar una lección' y caminó hacia Louise. Lo único que tuvo que hacer Louise fue enredar sus piernas con la cadena y Saito cayó con un ruido sonoro.

—No te diferencias en nada con los perros en sus estados pasionales. No solo le moviste la cola a una Zerbst, sino que también intentaste atacar a tu propia ama. Despreciable. Muy, muy, muy, muy mal hecho —Louise cogió el látigo de su mochila y empezó a pegarle con fuerza a Saito con él.

—¡Ouch! ¡Para! ¡Para! ¡PARA!

Con el cuerpo atado, Saito sólo podía rodar por el suelo.

—¿Ouch? ¿No es 'guau'? ¡Es 'guau'! ¿No dicen 'guau' los perros?

El sonido de los latigazos retumbaba a través del salón de lectura. El cabello de Louise se arremolinaba mientras perseguía a Saito que trataba de huir gateando y le golpeaba sin parar. Saito se quejaba con un débil 'guau' cuando le caía un golpe. Nadie hubiese creído que era él el Familiar Legendario .

Los estudiantes de clase veían esa escena tan vergonzosa y se preguntaban, ¿De verdad es este plebeyo el que venció a Guiche *el Bronce*? ¿De verdad es el que ha capturado a Fouquet *de la Tierra Derribada*?

¡CRACK! ¡CRACK!

Los estudiantes miraban en silencio cómo ella le aporreaba sin cesar. Louise, que tenía toda su atención puesta en azotar a Saito, se dio cuenta de repente de que todos la estaban mirando y su cara se puso roja al instante. Guardó el látigo precipitadamente y se cogió las muñecas.

—¡L-La disciplina acaba aquí!

«Sabemos que lo está disciplinando, pero caray... » Los alumnos, horrorizados por la escena, giraron sus cabezas.

—¿No eres tú la 'ardiente', Vallière? —dijo Kirche aburrida.

Louise la fulminó con la mirada. Saito, con un continuo dolor, se desmayó y simplemente se quedó en el suelo como sin vida. La puerta del profesor se abrió y apareció el Profesor Kaita.

Los estudiantes se sentaron. El profesor Kaita era el que había regañado a la profesora Chevreuse por haberse quedado dormida durante el incidente de Fouquet y al que Osmond había dicho 'te enfadas fácilmente'. Con el pelo largo de color negro azabache y una capa muy oscura, cada movimiento suyo daba una sensación poco amistosa e incómoda. A pesar de ser joven, por su trato antipático y su mirada fría poseía mala reputación entre los alumnos.

—Empecemos con la clase. Como todos sabéis, mi nombre rúnico es 'Ráfaga'. Kaita, *la Ráfaga* —miradas extrañadas le envolvieron y, satisfecho, continuó—. ¿Sabe usted, señorita Zerst, cuál es el elemento más poderoso?

—¿El elemento del vacío?

—No estoy preguntando por leyendas. Quiero algo realista.

—Entonces tiene que ser el elemento del Fuego, profesor Kaita —respondió Kirche con confianza añadiendo su irresistible sonrisa.

—¿Oh? ¿Y por qué cree eso?

—El calor y la pasión pueden quemar todas y cada una de las cosas, ¿no es así?

—Me temo que no es así —dijo Kaita, sacando su varita del cinturón—. Vamos a probarlo. Atáqueme con su mejor ataque elemental de fuego.

Kirche se quedó sorprendida. «¿Qué está haciendo este profesor?»

—¿Qué pasa? Creo recordar que usted trabaja mejor con hechizos de fuego, ¿me equivoco? —Kaita lanzó su desafío.

—No va a ser una pequeña quemadura —Kirche guiñó el ojo.

—No hay problema. Demuéstreme lo que sabe hacer. ¿Acaso el color llameante del pelo rojo de los Zerst es sólo cuestión de apariencia?

La usual sonrisa de Kirche desapareció. Cogió su varita de su escote, su cabello largo, feroz y carmesí, con las puntas moviéndose y crepitando como si saliesen llamas de él. Agitó su varita y de su estirada mano derecha apareció una pequeña bola de fuego. Mientras Kirche recitaba el hechizo la esfera de fuego se expandió convirtiéndose en una gran bola de un metro de diámetro. Los estudiantes se escondieron bajo sus mesas, asustados. Kirche giró sus muñecas hacia su pecho y liberó la bola de fuego. Kaita no hizo amago de esquivar la gigantesca bola de fuego que se dirigía hacia él. Alzó su varita y la agitó, como si blandiese una espada. Un viento feroz comenzó a

soplar de pronto y dispersó al instante la enorme bola de fuego. Incluso derribó a Kirche que se encontraba en el otro extremo de la habitación.

—Escuchadme todos, ahora os diré por qué el viento es el elemento más poderoso. Es muy simple. El viento puede deshacerlo todo: fuego, agua y tierra. Ninguno puede mantenerse contra vientos lo bastante fuertes —anunció Kaita de forma enérgica—. Desafortunadamente la realidad no me permite experimentarlo, pero incluso el vacío no podría resistirlo. Así es el elemento viento.

Kirche se levantó disgustada y cruzó los brazos. Kaita no le prestó atención y continuó.

—El viento invisible será el escudo que proteja a todo el mundo y, si se requiere, la lanza que ahuyentará a los enemigos. Y otra razón por la que el elemento del viento es el elemento más poderoso es... —alzó su varita y recitó el conjuro—. ¡YOBIKI-SUTA DERU WIND...!

Sin embargo, en ese preciso momento la puerta del aula se abrió y un nervioso Colbert entró. Estaba vestido extraño, con una peluca grande y dorada sobre su cabeza. En una observación más detallada su traje tenía los más intrincados bordes y decorados. Todos se preguntaron qué hacía vestido de esa forma.

—¿Profesor Colbert? —Kaita alzó una ceja.

—Eh, siento interrumpirlo profesor Kaita.

—Estamos en clase —replicó impaciente Kaita, mirando fijamente a Colbert.

—Las clases de hoy están canceladas —anunció Colbert severamente. Hubo un estallido de júbilo por parte de los estudiantes. Para detenerlo, Colbert agitó ambos brazos y continuó—. Tengo algo que deciros a todos —Colbert inclinó exageradamente la cabeza hacia atrás y la peluca se resbaló hasta el suelo. La tensión que Kaita había construido se rompió al invadir la clase las carcajadas.

Tabitha, sentada en primera fila, señaló la cabeza calva del profesor.

—Reluciente —dijo de repente.

Las risas ganaron intensidad, Kirche, apoyándose en el hombro de Tabitha lloraba de la risa.

—¡Parece ser que puedes hablar si abres la boca!

—¡SILENCIO! —gritó Colbert, ruborizado—. ¡Solo los plebeyos se ríen a carcajadas! ¡Los nobles sólo ríen disimuladamente con las cabezas agachadas, incluso cuando es algo muy gracioso! ¡Si no lo hacéis la Corte Real cuestionará los resultados en la educación de nuestra escuela!

Ante tales palabras la clase finalmente se calló.

—Muy bien, atentos. Hoy sería el día más importante para la Academia de

Magia de Tristain. Hoy es el cumpleaños de nuestro Gran Fundador Brimir, un día festivo —el rostro de Colbert se puso serio y colocó sus manos tras su espalda—. Es muy probable que la hija de Su Majestad, la hermosa flor de la que nosotros los tristainianos podemos presumir ante todo Halkeginia, la Princesa Henrietta, vaya a pasar por aquí para nuestra gran suerte y regocijo en su viaje de vuelta de Germania.

El aula se llenó de susurros y cuchicheos.

—Por lo tanto, no debemos permitir que haya ningún fallo. Como son noticias repentinas ya hemos comenzado los preparativos para recibirla como mejor podamos. Por ello, las clases de hoy serán canceladas. Todos los estudiantes, por favor, debéis vestiros con vuestros mejores ropajes y os reuniréis en la entrada principal —dijo Colbert. Los estudiantes asintieron a la vez. Colbert asintió a su vez y anunció fuertemente—. Esta es una oportunidad excelente para que Su Majestad, la Princesa, sepa que todos habéis madurado como nobles modélicos. ¡Todo el mundo debe prepararse para que Su Majestad sea testigo de este hecho! ¡Retiraos!

Cuatro corceles con cascos dorados guiaban silenciosamente el carruaje hacia la academia de magia. El carruaje estaba exquisitamente adornado con esculturas de oro, plata y platino. Esas esculturas son los Sellos Reales. Uno de ellos, un unicornio con un báculo de cristal cruzado, señalaba que el carruaje pertenecía a Su Majestad la Princesa.

Uno podía ver, si miraba con detenimiento, que los sementales que conducían el carruaje no eran caballos normales. Eran unicornios, como el del Sello Real. Los unicornios, que según la leyenda sólo permitían a las doncellas más puras montarlos, eran los indicados para guiar el carruaje de la Princesa. Las ventanas del carruaje tenían rebordes de mármol y cortinas, como si prohibieran las miradas desde fuera. Detrás del carruaje de la Princesa estaba el Cardenal Mazarin, quien había mantenido la autoridad política con puño de hierro desde que Su Majestad hallara la muerte. El esplendor de su carruaje no desmerecía nada del de Su Majestad la Reina. De hecho, el suyo estaba incluso más adornado. La diferencia entre estos dos carruajes mostraba claramente quién tenía actualmente mayor autoridad en Tristain.

Rodeando los dos carruajes estaba la Guardia Real, una división de magos guardianes. Compuesta de las familias nobles más pudientes la Guardia Real Mágica es el orgullo de todos los nobles del país. Todos los nobles hombres soñaban con vestir

la capa negra de la Guardia Real Mágica y todas las mujeres nobles soñaban con ser sus esposas. La Guardia Real es el símbolo de prosperidad de Tristain.

El camino estaba lleno de flores, y los plebeyos ovacionaban a la Princesa desde la carretera. Cada vez que la comitiva pasaba ante ellos, se podía escuchar '¡Larga vida a Tristain! ¡Larga vida a la Princesa Henrietta!', incluso '¡Larga vida al Cardenal Mazarin!', pero palidecían en comparación con los gritos a la Princesa. No le tienen mucha estima porque se rumorea que tiene sangre plebeya. Aunque los hay que dicen que es un rumor suscitado por los envidiosos. Cuando las cortinas del carruaje se abrían, los gritos aumentaban al ver a la joven princesa. Y ella le devolvía su genial sonrisa a la gente.

Henrietta cerró las cortinas y suspiró profundamente mientras la sonrisa de rosa que había dedicado a la multitud desaparecía. Todo lo que quedaba era una profunda nostalgia y una tristeza no acordes con su edad.

La Princesa tiene diecisiete años. Con una figura delgada, brillantes ojos azules y una nariz alta, es una belleza cautivadora. Sus pequeños dedos jugueteaban con el báculo de cristal. Poseyendo sangre real era, por supuesto, una maga.

Ni los aplausos por el camino, ni las flores volando en el aire, podían animarla. Parecía tener profundas ansiedades políticas y sentimentales. Sentado junta a ella, Mazarin la observaba mientras jugaba con su barba. Llevaba un solideo y un traje formal gris. Era un hombre delgado y débil de unos cuarenta y tantos años. Su cabello y su barba ya se habían vuelto blancos y sus dedos eran piel sobre hueso, creando una apariencia más anciana de lo que era. Desde que Su Majestad murió su rígida dirección en las relaciones exteriores y las políticas internas lo había envejecido considerablemente.

Había bajado de su carruaje y ahora estaba en el de la Princesa. Quería hablar de política, pero la Princesa sólo suspiraba y no le prestaba atención.

—Esta es la decimotercera vez hoy, Su Majestad —hizo notar Mazarin, molesto y preocupado.

—¿Mm? ¿El qué?

—Los suspiros. Los pertenecientes a la Realeza no deben hacer eso frente a sus subordinados todo el tiempo.

—¿¡Qué!? ¿Realeza? —Henrietta estaba extrañada—. ¿No eres tú el Rey de Tristain? ¿No está Su Alteza al tanto de los rumores en las calles?

—No lo estoy —respondió Mazarin indiferentemente.

Mentía. Él conocía todo lo que sucedía en Tristain, incluso en Halkeginia hasta la cantidad de escamas de los dragones de fuego que vivían en los volcanes. Él sabía todo. Simplemente fingía que no.

—Déjame decírtelo. La Familia Real tendrá belleza, pero no posee su báculo.

—Cardenal, eres tú el que tiene el báculo. *Huesos de pájaro* vistiendo un sombrero gris.

Parecía que las palabras ‘huesos de pájaro’ provenientes de la Princesa le dolían.

—Por favor, no hables de los rumores de los plebeyos con tan poco cuidado. —parpadeó Mazarin.

—¿Por qué no? Son rumores. Me casaré con el Rey de Germania, como me dijiste.

—No se puede evitar. Una alianza con Germania es extremadamente importante para el reino de Tristain —dijo Mazarin.

—Eso lo sé.

—¿Su Majestad entiende la rebelión que se está llevando a cabo en el ‘País Blanco’ de Albió bajo la dirección de esos idiotas? Esa gente parece no poder tolerar la existencia de la realeza en Halkeginia —dijo Mazarin, frunciendo el ceño—. ¡Maleducados! ¡Imbéciles sin refinar! ¡Quieren colgar al pobre Príncipe! Incluso si el mundo entero puede perdonar sus acciones, el Fundador Brimir no lo hará. Yo no los perdonaría. Sin embargo, la nobleza de Albió ha usurpado el poder. Puede que la Familia Real no sobreviva hasta mañana. Una de las tres Realezas establecidas por el Fundador Brimir va a caer, así.... Bah... los países que no pueden solucionar sus disputas internas no tienen derecho a existir.

—La Familia Real albioniana no es como la germaniana. Todos ellos son mis parientes. No tienes ningún derecho a hablar así, ni siendo cardenal.

—Mis humildes disculpas. Le pediré perdón al Fundador Brimir esta noche antes de irme a dormir. Sin embargo, todo lo que le he dicho es la pura verdad, Majestad.

Henrietta se limitó a sacudir la cabeza tristemente. Incluso un gesto como ese irradiaba belleza.

—Lo que se dice es que esos estúpidos nobles Albiómanos tienen la desfachatez de declarar cómo van a unificar todo Halkeginia. Ciertamente, parece que esa gente va a tener en el punto de mira a Tristain después de eliminar a su realeza. Si eso sucede será demasiado tarde si no tomamos decisiones desde ahora —explicó severamente

Mazarin. Henrietta miraba por la ventana al exterior fingiendo no prestar atención—. Prever las acciones de los oponentes y saber contrarrestarlas en la primera oportunidad disponible es política auténtica, su Majestad. Si podemos crear una alianza con Germania, podemos construir un convenio para neutralizar al nuevo gobierno albióniano y asegurar así la supervivencia de este pequeño país.

Henrietta volvió a suspirar. Mazarin abrió la cortina y miró el exterior y vio una sombra de su propio orgullo. Un noble joven de rostro como para quitar el aliento con un sombrero de pluma y una larga barba marchaba con la comitiva. Una medalla de un grifo sujetaba su capa negra y una mirada a su montura señalaba por qué. Tenía la cabeza, las alas y las zarpas de águila; pero el cuerpo y las piernas eran de león. Un grifo.

Este hombre era el líder de una de las tres divisiones de la Guardia Mágica, los Caballeros Grifo, el Capitán Lord Wardes. Su división era la más memorable de la Guardia Mágica entera y especialmente para Mazarin. Ejerciendo una inmensa gala de poderes mágicos, la Guardia Mágica estaba organizada a través de pruebas extremadamente selectivas entre los nobles y cada miembro montaba una bestia mágica de acuerdo al nombre de su división. Eran los símbolos de miedo y orgullo de los tristainianos.

—¿Me llamó, Alteza? —los ojos de Wardes brillaron y se acercó a la ventana del carruaje sobre su grifo. La ventana se abrió despacio. Mazarin sacó la cabeza.

—Wardes, Su Majestad se siente deprimida. ¿Puedes conseguirmos algo para animarla?

—Entendido —asintió Wardes.

Observó el camino con la mirada de un águila. Rápidamente, avistó una pequeña sección de la calle, e hizo que su grifo se dirigiera allí. Sacando su báculo del cinturón, recitó un conjuro y lo movió enérgicamente. Un pequeño torbellino se levantó del suelo recolectando los pétalos esparcidos por el suelo en las manos de Wardes. Regresó al carruaje con el ramillete y se lo presentó a Mazarin.

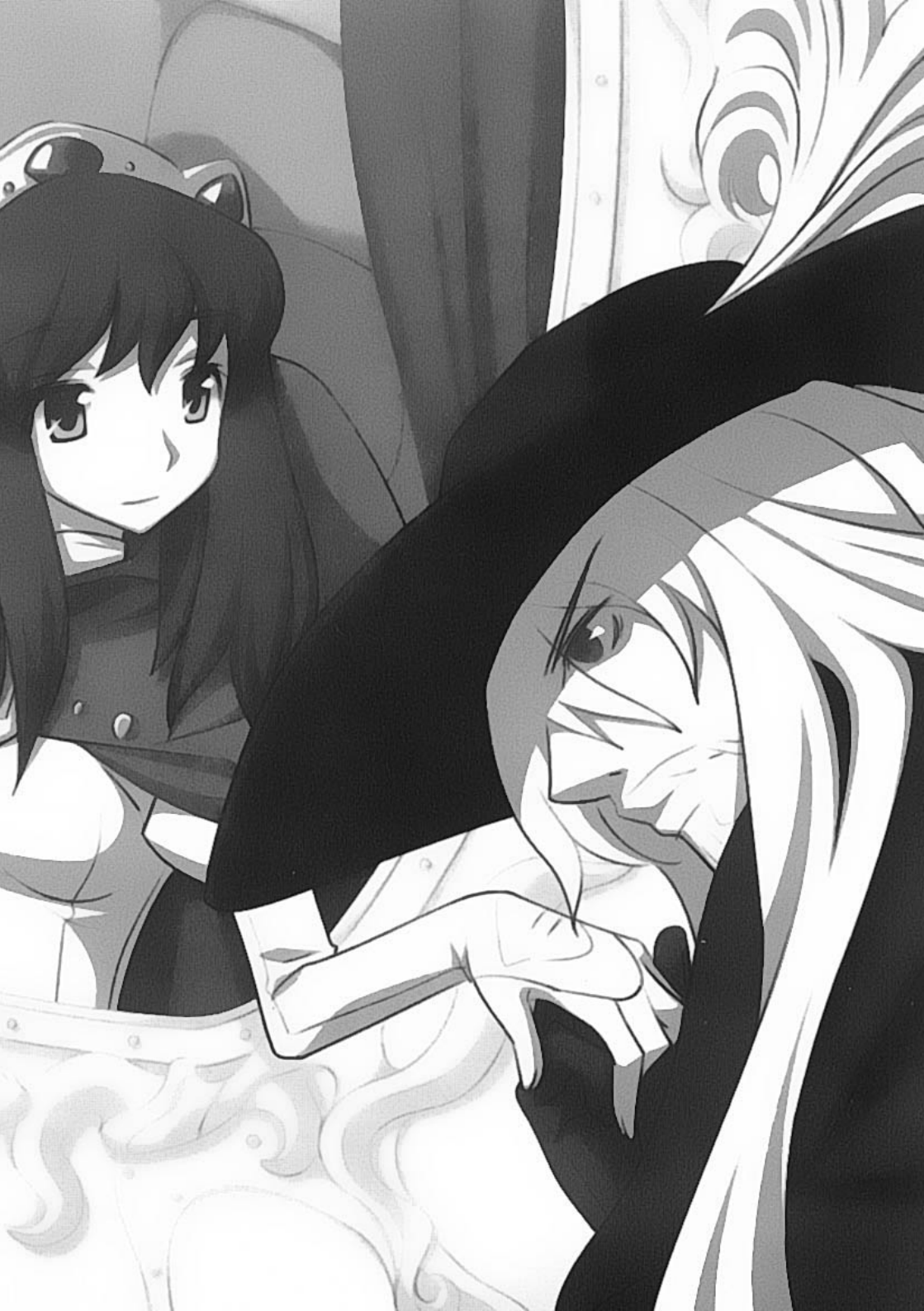
—¿Podría, Capitán, entregárselo usted mismo a Su Majestad? —sugirió Mazarin mesándose la barba.

—Sería en verdad un gran honor. —Saludó Wardes y fue hacia el otro lado del carruaje. La ventana se abrió lentamente. Henrietta extendió su mano para recibirlo, y le enseñó su mano izquierda. Wardes la sostuvo emotivamente y la besó con suavidad.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Henrietta, aún un poco disgustada.

—Lord Wardes, líder de los Caballeros Grifo, Guardia Mágico de Su Majestad —respondió inclinando la cabeza.

—Un modelo de nobleza. Muy amable de tu parte.



—Únicamente soy un siervo de Su Majestad.

—Últimamente hay pocos nobles que dirían eso. Cuando el Abuelo aún vivía, oh... bajo el gran reinado de Philippe III, esa maravillosa caballería era propia de toda la nobleza.

—Son tiempos tristes, Majestad.

—¿Puedo contar con tu sinceridad en estos tristes tiempos?

—No importa lo que suceda, no importa donde esté, en batallas o en los cielos, no importa lo que pueda dejar atrás, correré para servir a Su Majestad.

Henrietta asintió. Wardes saludó una vez más y se apartó del lado del carruaje.

—¿Ese noble es hábil? —preguntó la Princesa a Mazarin.

—Lord Wardes. Su nombre rúnico es 'relámpago'. Incluso en el País Blanco hay poca gente que pueda ser rival para él.

—Wardes... Ese lugar me suena.

—Creo que está cerca de las tierras de Lord Vallière.

—¿Vallière? —Henrietta comenzó a recordar y asintió. Ese nombre se encontraba en su destino, la Academia de Magia—. ¿Sabe el nombre del noble que capturó a Fouquet de la Tierra Derribada, Cardenal?

—Me temo que no.

—¿Pero no va a nombrarlos caballeros? —Henrietta estaba sorprendida. Mazarin, en cambio, parecía aburrido.

—Creo que va siendo hora de cambiar las reglas de la caballería. Uno necesita servir en el ejército para merecerlo. ¿Cómo se puede entregar tan fácilmente el título de caballero por arrestar un ladrón? Por otro lado, parece que pronto peharemos contra Albión al lado de Germania y no sería una buena idea perder la lealtad de nuestros nobles por celos.

—Sin yo saberlo se han tomado muchas decisiones.

Mazarin no respondió. Empezando a murmurar, Henrietta recordó que el nombre Vallière estaba entre los nobles que capturaron a Fouquet. «Todo irá bien, pensó», y se calmó.

—Majestad —dijo Mazarin mirando a la Princesa—, parece que hay un poco de inestabilidad entre la Corte Real y parte de la nobleza —Henrietta tembló—. Algo sobre intervenir en el matrimonio de la Princesa y destruir nuestra alianza con Germania.

Un sudor frío recorrió la frente de Henrietta.

—¿No sabrá nada de ello, ¿verdad Majestad?

—No —respondió molesta Henrietta luego de un largo silencio.

—Tomaré la palabra de Su Majestad entonces.

—Soy la Princesa. No miento —Henrietta dio un suspiro de alivio.

—Es la decimocuarta vez, Su Majestad...

—Es sólo algo de mis pensamientos. Todo lo que puedo hacer ahora es suspirar.

—Como miembro de la realeza, la estabilidad del país está por encima de los sentimientos.

—Siempre ha sido así —respondió Henrietta apáticamente. Miró las flores que tenía en sus manos y agregó, abatida—. ¿No son las flores en el camino una bendición, Cardenal?

—Lo único que sé es que la bendición de la flor se otorga a la persona a la que se la entrega.

Mientras la Princesa cruzaba las puertas de la Academia varias filas de estudiantes alzaron sus báculos a la vez silenciosos y serios. Después de las puertas principales se encontraban las puertas a la torre central. Osmond esperaba para recibir a la Princesa. Cuando los carruajes pararon, los sirvientes se apresuraron a colocar una alfombra roja en la puerta. Los guardias anunciaron su llegada.

—¡La Princesa del Reino de Tristain, la Princesa Henrietta, ha llegado!

El primero en salir, sin embargo, fue el Cardenal Mazarin. Los estudiantes gruñeron, pero Mazarin no les prestó atención y se paró a un lado del carruaje cogiendo la mano de la Princesa mientras ella descendía. Finalmente los estudiantes aplaudieron. Una sonrisa jovial y florida apareció en el rostro de la Princesa cuando se volvió elegantemente y saludaba.

—¿Esa es la Princesa de Tristain? —murmuró Kirche—. Yo estoy más buena. Oh, querido mío, ¿quién crees que es más guapa?

Se volvió hacia Saito, fuertemente encadenado y tumbado en el suelo.

—¡Guau!

—¡No puedo entenderte si ladras! ¿Qué es eso?

Saito miró hacia Louise, quien miraba a su vez atentamente a la Princesa. «Si pudiese siempre estar así de callada, sería tremendamente bella». No importaba cuánto se enfadara, lo mal que lo tratara, incluso si lo trataba como un perro; esa delicada e impactante visión ponían a Saito en trance.

Louise se puso colorada de repente. Saito la observó. ¿Qué pasaba? Se volvió hacia lo que sea que ella estaba viendo. Era un noble apuesto con sombrero montado sobre una bestia mágica con cabeza de águila y cuerpo de león. Louise lo miraba cautivada. Saito lo encontró extraño. «Ese noble parece ser un buen tipo, pero no hay ninguna razón para mirarlo de esa forma y menos sonrojarse. ¿Acaso estoy celoso?», pensó. «No, no puede ser. No tengo ese tipo de relación con Louise», se rebatió él mismo. «No importa», pensó Saito. «Aún tengo a Kirche. Una jovencita con una delantera bien dotada. Una belleza apasionada. Si resulta ser así, Kirche no estaría para nada mal», pensó emocionadamente. «Pero Kirche también estaba sonrojándose viendo al noble. Saito bajó la cabeza sintiendo de pronto todo el peso de las cadenas sobre él empujándole al suelo. Tabitha simplemente leía su libro, como si la llegada de la Princesa no tuviese importancia para ella.

—Y tú sigues así —le dijo a Tabitha.

Ella alzó la cabeza y miró a Louise y Kirche. Volvió a mirar a Saito y solamente murmuró.

—Sólo tres días.

En esa noche Saito estaba tumbado en su cama de paja mirando a Louise. Parecía que ella no podía calmarse. Desde que vio al noble ese día se levantaba un momento y al siguiente se sentaba preocupada por algo mientras abrazaba su almohada. Después de eso, sin decir nada, regresó a su habitación como un fantasma y desde ahí había estado sentándose en su cama así.

—Estás... rara —dijo Saito, pero Louise no respondió.

Se levantó y se movió enérgicamente frente a sus ojos. Ella no reaccionó.

—Bastante rara... —dijo, y tiró del pelo de Louise. Su cabello era muy delicado y muy suave, la clase de suavidad que amenaza romperse con solo tirar de ello. Saito tiró con algo más de fuerza, pero seguía sin reaccionar. Lo mismo para cuando tiró de sus mejillas—. Hora de ponerse el pijama —dijo alegremente a Louise, alcanzando su blusa y desabotonándola despacio.

Ahora estaba en ropa interior. Todavía seguía sin moverse, como si estuviese hechizada. «Qué aburrido. ¿Qué pasa con ella? »

—Maldita sea... —Saito tosió—. Señorita Louise, de mi mundo proviene este arte llamado 'masaje crece-tetas'.

Saito se lo inventó, por supuesto. Se sonrojó.

—Lo sobas así y luego irán creciendo poco a poco. Se puede decir que es un tipo de magia —Saito extendió sus manos como si fuese a abrazarla y empezó a tocarle la espalda—. ¿Qué es esto? ¿Dónde están? ¿Por qué no están? Oh, es la espalda —y luego sacudió su cabeza a propósito—. ¡Caray, qué fallo! Como ambas partes del tronco son planas.

Louise seguía sin moverse, ni siquiera ante este asqueroso acto de Saito.

—Yo... estoy... ¿qué estoy...? ¡IDIOTA! ¡¿QUÉ ACABO DE HACER?!

Después de darse cuenta de eso, Saito agitó su cabeza con fuerza y la golpeó con sus propias manos contra la cama. Estaba muy avergonzado de haber hecho lo que había hecho. Se deprimió. Sabía que como persona ser gritado y regañado a veces era la gloria. Pero si alguien lo decía y dolía entonces era mejor ignorarlo.

Justo cuando se estaba revolcando alguien llamó a la puerta.

—¿Quién podrá ser? —le preguntó a Louise.

Los golpes eran ordenados. Empezaron con dos golpes largos y luego tres cortos. Louise despertó de su trance de pronto. Se puso sus ropas, se levantó y abrió la puerta. Fuera había una chica, enteramente cubierta con un velo negro. Miró alrededor y luego entró cerrando la puerta.

— ¿Tú eres...? —Louise, impresionada, apenas podía hablar.

La chica hizo un gesto de 'silencio' con un dedo sobre su boca y sacó un báculo de su capa negra, moviéndolo suavemente mientras recitaba un hechizo corto. Un brillante polvo inundó la habitación.

—¿Un hechizo de silencio? —preguntó Louise.

—Puede haber oídos y ojos alrededor —asintió la chica del velo.

Después de asegurarse de que la habitación no poseía ningún oído mágico ni ningún agujero para espiar, se quitó lentamente el velo.

Frente a ellos estaba la princesa Henrietta. Saito contuvo el aliento. «Louise es muy hermosa, pero la Princesa puede competir con ella en belleza y encima posee esa admirable elegancia». Louise cayó nerviosamente sobre sus rodillas. Saito no sabía qué hacer y se quedó quieto sin tener ni idea de lo que pasaba.

—Ha pasado mucho tiempo, Vallière —dijo gentilmente Henrietta.

Capítulo 3

La petición de una amiga de la infancia

La princesa Henrietta, quien acababa de aparecer en la habitación de Louise, se veía como si sus emociones estuvieran a punto de desbordarse y abrazó a la chica que se encontraba de rodillas.

—¡Oh! ¡Louise! ¡Louise! ¡Mi querida Louise!

—¿Qué hace Su Alteza? Venir a un lugar tan humilde como este... —dijo Louise respetuosamente.

—¡Oh! ¡Louise! ¡Louise Françoise! ¡Deja de actuar tan formalmente! ¡Tú y yo somos amigas! Somos amigas, ¿no es así?

—No soy merecedora de tales palabras, Su Alteza —dijo con un tono determinado y forzado. Saito, estupefacto, observaba mientras el par de hermosas chicas se abrazaban.

—¡Detente, por favor! ¡Ni el cardenal, ni mi madre, ni ninguno de esos avaros aristócratas de la corte que siempre revolotean con sus caras amables están aquí! Oh, ¿es que no tengo amigos que se abran a mí? ¡Si hasta Louise Françoise, mi vieja amiga a quien tanto extraño actúa tan distante, entonces quiero morir!

—Su Alteza...—Louise levantó el rostro.

—Cuando éramos niñas pequeñas, ¿no ibámos siempre juntas y cazábamos mariposas en el jardín del palacio y al final quedábamos todo sucias de barro?

—Sí, y La Porte, el tesorero, nos regañó por haber ensuciado nuestra ropa —respondió Louise con una cara tímida.

—¡Sí! ¡Eso es, Louise! ¡Discutíamos por unos pastelillos de crema y terminó siendo una verdadera pelea! Oh, siempre que peleábamos era yo quien salía perdiendo. Tú me tirabas del pelo y yo empezaba a llorar.

—No es así, la princesa ganó al menos una vez —dijo Louise con una expresión muy sentimental.

—¡Lo recuerdas! ¡Cualquiera que nos viera diría que era la batalla del Asedio de Amiens!

—Eso fue cuando peleábamos por el vestido que estaba en la habitación de la princesa, ¿no es así?

—¡Sí, cuando jugábamos en nuestra Corte Real imaginaria terminábamos peleando sobre quién haría de princesa! Y fue mi golpe en tu estómago, Louise Françoise, el que lo decidió.

—Me desmayé en presencia de la princesa.

Después de esto, ambas intercambiaron miradas y rompieron en risas. Saito, asombrado, sólo seguía mirándolas. La princesa lucía como una dama, pero en realidad era muy masculina.

—Tantos recuerdos, Louise. Ah, me estoy poniendo nostálgica, se me salen las lágrimas.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Saito, mientras Louise cerraba los ojos en reminiscencia antes de responder.

—Tuve el placer de servir como la compañera de juegos de Su Alteza en los tiempos en que éramos chiquillas. —tras eso, Louise se dirigió a Henrietta—. Pero estoy realmente conmovida porque la princesa recuerde esas cosas. Pensé que ya se había olvidado de mí.

La princesa profirió un profundo suspiro y se sentó en la cama.

—¿Cómo podría olvidarte? En esos tiempos todos los días eran divertidos. No había nada de qué preocuparse —había una profunda tristeza en su voz.

—¿Princesa?

Louise se veía preocupada mientras observaba el rostro de Henrietta.

—Como te envidio. La libertad es una cosa maravillosa, Louise Françoise.

—¿Qué dice? Vos es la Princesa Real, ¿no es así?

—Una princesa nacida en su reino es como un ave criada en una jaula. Vas de aquí para allá según le plazca a tu amo —dijo Henrietta pareciendo muy solitaria mientras miraba la luna fuera de la ventana. Entonces sostuvo las manos de Louise y sonrió dulcemente antes de hablar.

—Me.... me voy a casar.

—Felicidades.

Louise percibió tristeza en su tono de voz apagado. En ese momento, Henrietta notó a Saito, quien había estado sentado en su cama de paja.

—Oh, lo siento. ¿Interrumpí algo?

—¿Interrumpir? ¿El qué?

—Bueno, ¿no es él tu amante? ¡Oh, no! ¡Estaba tan concentrada en mis recuerdos que no me di cuenta de mi imprudencia!

—¿Eh? ¿Amante? ¿Esa criatura?

—Deja de llamarme así —dijo Saito decepcionado.

—¡Princesa! ¡Ese es sólo mi familiar! ¡Ni se le ocurra pensar que es mi amante! —Louise movía violentamente la cabeza negando las palabras de Henrietta.

—¿Familiar? —Henrietta miró a Saito con una expresión indiferente—. Pero parece un humano...

—Soy un humano, Princesa —saludó un desanimado Saito a Henrietta.

Le había dolido cómo Louise se había esforzado tanto para negar que fueran amantes. Aunque en realidad ese era el caso, le dolía igual. Recordó el perfil de Louise mientras miraba aquel joven noble durante el día.

«En todo caso soy un familiar, un terrícola, no un noble. Y me quiero ir a casa. Quiero comer hamburguesa de teriyaki. Sí, y tal vez podría invitar a alguna chica a salir conmigo». Pensamientos dolorosos como estos aparecían uno tras otro como una cadena. Sintiendo un gran peso sobre él, puso las manos en la pared. Tan rápido como se había puesto eufórico sus emociones decayeron. Qué personalidad tan variable.

—Cierto, cierto. Oh, Louise Françoise, puede que hayas cambiado desde nuestros días de niñez, pero sigues siendo la misma.

—No es mi familiar porque quiera.

Saito se veía decepcionado. Henrietta dejó salir otro suspiro.

—Princesa, ¿qué ha pasado?

—No, no es nada. Discúlpame. Oh, qué vergüenza. No es algo que te deba decir, pero yo...

—Por favor, dígame. ¿Qué problemas son la causa de que la princesa, tan alegre como es, suspire de esta manera?

—No, no puedo decírtelo. Por favor, olvida que te dije algo, Louise.

—¡No lo haré! ¿No solíamos hablar de todo? La princesa fue quien me llamó su amiga. ¿No compartirá sus preocupaciones con una amiga?

Después de que Louise hablara Henrietta mostró una sonrisa alegre.

—Me has llamado tu amiga, Louise Françoise. Eso me hace muy feliz.

Henrietta asintió determinada, y empezó a hablar.

—No debes hablar sobre lo que estoy a punto de decirte, con nadie. —Tras eso, miró rápidamente en dirección a Saito.

—¿Debo salir?

Henrietta movió la cabeza.

—Un mago y su familiar son uno solo. No veo razón para que tengas que salir.

Y con un tono triste empezó a hablar.

—Me casaré con el emperador de Germania.

—¿De Germania?! —Louise, quien despreciaba Germania, gritó sorprendida—. ¿Ese país de bárbaros presuntuosos?!

—Sí. Pero no se puede evitar. Debo hacerlo para consolidar nuestra alianza. Henrietta le explicó las políticas de Halkeginia a Louise. Hubo una insurrección entre los nobles de Albión, y parecía que la Familia Real pronto sería derrocada. Si los rebeldes ganaran el próximo movimiento sería la invasión de Tristain. Para defenderse de esto Tristain estaba buscando formar una alianza con Germania. Por el bien de la alianza se decidió que la Princesa Henrietta entraría a la Familia Imperial Germana.

—Así que es por eso —dijo Louise con una voz triste. Estaba claro por el tono de Henrietta que no deseaba casarse.

—Está bien. Louise, hace tiempo que abandoné la idea de casarme con la persona que quiero.

—Princesa.

—Esos hipócritas nobles albióñianos no quieren que Germania y Tristain se hagan aliados. Es más fácil romper dos flechas cuando no están atadas... —murmuró Henrietta—. Por lo tanto, hemos buscado frenéticamente cualquier cosa que pudiera interferir con el matrimonio.

—Y han encontrado algo.

Saito no sabía nada sobre la alianza o Albión, pero en todo caso parecía ser algo serio. «Sí, tan grande como Yagoto» pensó Saito mientras asentía.

—¿Entonces qué es esta cosa que podría interponerse en la boda de la Princesa? —preguntó Louise con el rostro pálido, y Henrietta asintió mostrando arrepentimiento.

—Oh, Fundador Brimir, por favor, salva a esta desafortunada princesa —Henrietta se cubrió el rostro con las manos y se hundió en la cama. Saito estaba un poco sorprendido por el gesto dramático. Nunca había visto algo tan pomposo en su vida.

—¡Digáme, por favor! ¡Princesa! ¿Qué es eso que podría interferir con su boda? —dijo Louise agitada sin pensarlo dos veces, como si ella fuera la afectada—.

Con ambas manos en la cara Henrietta parecía sufrir y empezó a murmurar.

—Es una carta que escribí hace tiempo.

—¿Una carta?

—Sí. Si esos nobles de Albión se apoderan de ella, probablemente la enviarían a la Familia Imperial Germana tan pronto como les fuera posible.

—¿Y qué tipo de carta es?

—Eso no te lo puedo decir. Pero si la familia imperial germana la leyera

nunca me perdonarían. El matrimonio fracasaría y, con eso, la alianza con Tristain. Entonces Tristain tendría que enfrentarse solo a las fuerzas de Albión.

Louise dejó salir una exclamación y tomó las manos de Henrietta.

—¿Dónde está esa carta? ¡La carta que haría entrar en crisis a Tristain!

Henrietta negó con la cabeza.

—No está en nuestro poder. La verdad del asunto es que ya está en Albión.

—¡Albión! ¡¿Pero entonces ya está en manos del enemigo?!

—No, el que guarda la carta no está de lado de los rebeldes Albiónianos.

Mientras el conflicto entre los rebeldes y sus congéneres se desarrollaba el Príncipe Wales de la Familia Real...

—¿El Príncipe Wales? ¿*El Príncipe Valiente*?

Henrietta se echó hacia atrás y se posó en la cama.

—¡Oh! ¡Es un desastre! ¡Tarde o temprano, el Príncipe Wales será atrapado por los rebeldes!! ¡Y cuando eso pase la carta saldrá a la luz! ¡Y todo se vendrá abajo! ¡Se arruinará! ¡Sin una alianza Tristain tendrá que luchar solo contra Albión!

Louise contuvo el aliento.

—Entonces, princesa, el favor que me está pidiendo es...

—¡Imposible! ¡Imposible, Louise! ¡¿Cómo podría hacer algo tan terrible?!

¡Todo es tan confuso! ¡Cuando lo pienso, no podría pedirte que hagas algo tan peligrosos como ir a Albión mientras el conflicto entre nobles y los de la familia real continúa!

—¿Pero qué dice? Ya sea a las entrañas del infierno, a las mandíbulas de un dragón, si es por el bien de la princesa, ¡iría a donde hiciera falta! ¡No hay manera de que la tercera hija de la Casa de la Vallière, Louise Françoise, pase por alto esta crisis para la princesa y para Tristain!

Louise se arrodilló y bajó reverentemente la cabeza.

—Por favor, déjeme esto a mí, la que capturó a Fouquet *de la Tierra Derribada*.

Saito, que estaba recostado con su brazo contra la pared, se dio la vuelta para ver a Louise y se quejó.

—Oye, ¿ese no fui yo?

—Eres mi familiar.

—Guau.

—El logro de un familiar es el logro de su amo —dijo Louise llena de confianza.

—¿Y el error del familiar?

—Ese sería error tuyo, ¿no crees?

Aunque se sintió engañado, era inútil objetarle algo a Louise cuando tenía su usual actitud amenazante, así que Saito sólo asintió con poco entusiasmo.

—¿Eso quiere decir que me ayudarás? ¡Louise Françoise! ¡Eres una gran amiga!

—¡Por supuesto! ¡Princesa! —Louise tomó las manos de Henrietta, quien habló apasionadamente y luego empezó a llorar.

—¡Princesa! ¡Yo, Louise, eterna amiga de la princesa, seré siempre su confidente! ¿Ha olvidado mi voto de eterna lealtad?

Saito estaba boquiabierto mientras miraba sorprendido a las dos. Era como la conversación entre dos personas que se embriagaban con sus propias palabras. «Ah, así que así son los nobles y las princesas. Qué fastidio» se convenció Saito mientras observaba la escena.

—Louise. Siento molestarte mientras estás reafirmando tu amistad y todo eso.

—¿Qué?

—No hay problema con ir a Albién en mitad de una guerra, ¿pero de qué serviré yo ahí?

—Te compraremos una espada. Lo menos que podrías hacer es usarla.

—Sí. Me esforzaré —Saito bajó la cabeza tristemente.

Pensándolo bien, no habían hablado sobre las runas del legendario familiar Gandárlf que habían aparecido en su mano izquierda. «Pero aun si le dijera sería un desperdicio», pensó Saito. «Legendario o no, me trata igual como a un perro».

—¿Entonces debemos ir a Albién, encontrar al Príncipe Wales y volver, Princesa?

—Sí, así es. Tengo confianza en que vosotros, los que capturasteis a Fouquet de la Tierra Derribada, seréis capaces de cumplir con esta difícil misión.

—Como desee. ¿Cuán urgente es la misión?

—He escuchado que los nobles de Albién han logrado arrinconar a los de la familia real. Es cuestión de tiempo antes de que sean derrotados.

El rostro de Louise se mostraba serio mientras le hacía una reverencia a Henrietta.

—Entonces partiremos mañana.

Después de esto, Henrietta fijó la mirada en Saito. El corazón de Saito saltó.

Aunque Louise también era encantadora y bella la princesa Henrietta era tan hermosa que casi deja salir un sonido de sorpresa. Su pelo de un tono violeta, su flequillo cortado a la altura de las cejas era precioso y ondulaba elegantemente. Sus ojos azules brillaban como los mares del sur. Piel blanca sobre la cual flotaba una sensación de pureza, una nariz como una fina e invaluable escultura. Saito miraba a Henrietta como si estuviera en trance. Louise observaba la escena con una mirada escalofriante. Parece que no estaba de buen humor.

«¿Por qué me miras así, Louise? Ah, ¿será porque estoy observando con admiración a la princesa? ¿Será posible que estés celosa? ¿Pero no eras tú quien se sonrojaba al ver al noble del sombrero de plumas y estabas como en otro mundo? Es gracioso lo celosa que te estás poniendo, Louise». Saito movió la cabeza. «¿No soy acaso sólo tu familiar en vez de tu amante? ¿Que nunca será más que un perro para ti? Sólo soy tu perro así que, ¿por qué me estás mirando así, Louise? Ah, ¿es porque soy tu perro? ¿Es porque alguien como yo, alguien que está al nivel de un perro, la está mirando? Mis disculpas. Por favor, perdóname por haber nacido. Guau».

La cabeza de Saito dio vueltas por unos dos segundos. Louise apartó la mirada de Saito con un 'hmp'. Saito apartó la mirada también. Henrietta no notó el sutil intercambio entre Saito y Louise, y empezó a hablar con una voz alegre.

—Señor familiar de confianza.

—¿Sí? ¿Te refieres a mí?

Después de que Henrietta le llamara confiable el entristecido Saito se alegró.

—Nah, estás exagerando. Trátame como a un perro.

—Por favor, sigue cuidando de mi más preciada amiga—Y entonces alargó la mano gentilmente.

«¿Un apretón de manos?» pensó Saito, pero su mano estaba con la palma hacia abajo. «¿Qué tipo de gesto es?»

Louise habló con un tono de sorpresa.

—¡No haga eso! ¡Princesa! ¡Ofrecerle su mano a un familiar!

—No hay problema. Está persona actuará por mi bien y sin recompensa no tendré su lealtad.

—Ah...

—¿Ofrecer tu mano? ¿De la manera como lo hacen con los perros? ¿Así es como tratáis a vuestros perros? —Saito se encorvó y bajó la cabeza—.

—No, estás equivocado. Oh, esto es porque eres un perro... un perro plebeyo que no sabe nada. Cuando ofrece su mano eso quiere decir que la puedes besar,

para simplificarlo.

—De eso se trata. Qué directo.

Saito estaba boquiabierto. Nunca pensó que le estaría permitido besar a una princesa de otro mundo. Henrietta le sonrió dulcemente a Saito. La sonrisa de Saito aparentaba ser seria para otras personas pero tenía algo diferente en mente. «Con mucho gusto. Gustarle a una princesa así no es del todo malo», pensó. Saito le sonrió a propósito a Louise. Louise murmuró algunas palabras y apartó la cara.

«Ah, ¿qué? O sea que SÍ estás celosa. Sólo mírate. Esto es lo que obtienes por quedarte atontada y sonrojarte mirando a ese noble del sombrero de plumas» pensó Saito.

Tomó la mano de Henrietta, y la acercó firmemente hacia él.

—¿Eh?

Henrietta abrió distraídamente la boca en señal de sorpresa. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, Saito juntó sus labios contra los de Henrietta.

—Mm...

«Qué labios tan tiernos y pequeños». Los ojos de Henrietta se abrieron como platos y luego se volvieron blancos. La fuerza abandonó su cuerpo a medida que se deslizaba de las manos de Saito hacia la cama.

—¿Se ha desmayado? ¿P-por qué?

—¡¿Qué le has hecho a Su Alteza?! ¡Tú p-p-perro!

—¿Guau?

Cuando Saito dio la vuelta la suela del zapato de Louise volaba en dirección suya. Saito recibió la patada voladora de Louise con la cara y cayó dando tumbos al suelo.

—¡¿Y eso por qué?!

Cuando Saito dijo eso Louise pateó enojada su cara.

—¡Fue su mano lo que te ofreció! ¡La parte superior! ¡Un beso en la parte superior de su mano! ¡¿Por qué tenías que besarla en los labios?!

Louise estaba tan enojada que parecía echar fuego.

—¡Qué sé yo! No sé nada sobre las reglas de este lugar —dijo con las manos extendidas mientras le pisoteaban la cara. Que le pisaran era algo de lo que ya tenía experiencia.

—T-t-t-tú, tú, tú, perro... —La voz de Louise temblaba de furia.

Henrietta se levantó de la cama mientras se sacudía la cabeza. Louise se arrojó rápidamente ante ella. Entonces tomó la cabeza de Saito y la hundió en la

cama.

—¡L-lo siento! ¡El mal comportamiento de mi familiar es mi mal comportamiento! ¡Dilo tú también! ¡Discúlpate!

La siempre orgullosa Louise se estaba disculpando. Y para colmo temblaba. «Si no hago lo que dice seguramente me hará la vida imposible después».

—Lo siento. Sólo lo hice porque me dijiste que te besara.

—¿Y dónde encontrarías a alguien que iría a besar directamente a los labios al escuchar eso?!

—Justo aquí

Louise golpeó a Saito con el puño.

—Qué olvidadizo eres. ¿Quién te ha dado permiso para hablar en humano? Sólo ladra. Perro. Vamos, ladra te digo. Miren todos al perrito. Perro estúpido. —Entonces pisoteó la cabeza de Saito y la presionó contra el suelo.

—N-no pasa nada. Después de todo, la lealtad debe ser recompensada —Henrietta bajó la cabeza haciendo un gran esfuerzo por parecer calmada. En ese momento la puerta se abrió de golpe y alguien entró volando.

—¡Vos! ¡La princesa! ¡¿Qué cree que está haciendo?!

Era la persona contra quien Saito luchó en el duelo, Guiche de Gramont. Con la siempre presente rosa falsa en su mano.

—¿Y tú qué quieres? —dijo Saito desde el suelo mientras Louise le seguía pisoteando la cara.

—¡Guiche! ¡Tú! ¿Nos espiabas? ¡¿Escuchaste nuestra conversación?!

Sin embargo, Guiche no respondió la preguntar del par, sólo se quedó de pie, ido.

—En mi búsqueda de aquéllas semejantes a las rosas, la adorable princesa me guio a este lugar. Y entonces presencié un robo por decirlo así a través de la cerradura. Ese plebeyo idiota robándote un beso... —Guiche agitó su rosa falsa y gritó—: ¡Pelea contra mí en un duelo! ¡Tú! ¡Sabandija! Saito se levantó y conectó su puño en la cara de Guiche.

—¡Agh!

—¡Entonces un duelo será, estúpido! ¡Todavía recuerdo cómo me rompiste el brazo! ¡Venga! ¡Vamos! —Saito le dio una patada a Guiche mientras éste estaba en el suelo. Se sentó sobre él y empezó a retorcerle el cuello.

—¡E-eso no es justo! ¡Tú! ¡Gah!

—¿Y ahora qué hacemos? Este tipo escuchó la historia de la princesa. ¿Ha-

ce mos que lo cuelguen? —Si su oponente era un hombre Saito podía ser muy serio—. Eso sería lo mejor. Qué lástima que haya escuchado la conversación.

Guiche cogió fuera de guardia a Saito y se incorporó.

—¡Su Alteza! A toda costa, por favor, elíjame a mí, Guiche de Gramont, para cumplir esta misión.

—¿Oh? ¿Tú?

—Tú, a dormir. —Saito barrió las piernas de Guiche y éste cayó estrepitosamente.

—¡Dejenme unirme a su grupo! —gritó Guiche mientras caía.

—¿Por qué?

La cara de Guiche enrojeció.

—Quisiera servir de algo a Su Alteza.

Saito percibía algo raro en la súbita aparición de Guiche en el lugar.

—¿Estás enamorado? ¡¿De la princesa?!

—No digas cosas tan groseras. No es nada más ni nada menos que el deseo de servir de algo a Su Alteza.

Sin embargo, la cara de Guiche ardía intensamente mientras decía eso. Juzgando por la mirada apasionada con la que miraba Henrietta ciertamente estaba bajo su encanto.

—Pero tienes novia tú. ¿Quién era esa? Uh, Monmon algo...

—Es Montmorency.

—¿Y qué pasa con ella?

Pero Guiche permaneció callado. «Ah, ya veo» pensó Saito.

—¿Te dejó? Apuesto a que te dejó.

—¡C-calla! ¡Todo fue culpa tuya!

Todo fue por el asunto del perfume en el comedor. Cuando fue descubierto saliendo con dos chicas a la vez Guiche fue bañado con vino en la cabeza por cortesía de Montmorency.

—¿Gramond? Ah, ¿del General Gramond? —Henrietta clavó la mirada en el distraído rostro de Guiche.

—Soy su hijo, Su Alteza —Guiche se levantó e hizo una reverencia.

—¿Dices que también deseas ayudarme?

—Sería una bendición inesperada si me volviera parte de esa misión.

Henrietta sonrió ante la entusiasta expresión de Guiche.

—Gracias. Tu padre es un gran y valiente noble y parece que has heredado

su sangre. Entonces, por favor, ¿ayudaría a esta desafortunada princesa, señor Guiche?

—¡Su Alteza me ha llamado por mi nombre! ¡Su Alteza! ¡La adorable flor de Tristain me ha sonreído! —Guiche, extremadamente emocionado, se cayó de espaldas desmayado.

—¿Estará bien?

Saito pinchó a Guiche con el dedo. Louise ignoró la intromisión y habló seriamente:

—Bueno, entonces mañana por la mañana partiremos hacia Albión.

—Hemos oído que el Príncipe Wales ha levantado un campamento cerca de New Castle, en Albión.

—Entendido. He viajado a lo largo de Albión con mis hermanas, así que estoy familiarizada con la geografía del lugar.

—Será un viaje peligroso. Si los nobles de Albión descubren vuestra misión, harán todo lo posible por deteneros.

Henrietta se sentó en el escritorio y con la pluma de Louise y un pergamino escribió una carta. Rápidamente leyó la carta que ella misma había escrito, antes de empezar a mover la cabeza tristemente.

—¿Princesa? ¿Ocurre algo? —dijo Louise pensando que algo había pasado—.

—N-no es nada —se sonrojó Henrietta, luego asintió como si hubiera llegado a una decisión y entonces añadió otra línea al final. Tras eso, murmuró suavemente—. Fundador Brimir, por favor, perdona a esta princesa egoísta. Aunque mi país está en crisis no puedo evitar escribir esta frase. No puedo mentir a mis propios sentimientos.

La expresión facial de Henrietta daba la impresión de que acabara de escribir una carta de amor y no un mensaje secreto. Louise no pudo decir nada más y sólo miró callada a Henrietta. Enrolló la carta que había escrito. Movié su báculo y de la nada apareció cera en la carta enrollada y un sello la presionó. Entonces entregó la carta a Louise.

—Cuando te encuentres con el Príncipe de la Corona, Wales, por favor, entregale esta carta. Debe devolver inmediatamente la carta en cuestión.

Tras eso, Henrietta se quitó el anillo del dedo anular de la mano derecha y se lo dio a Louise.

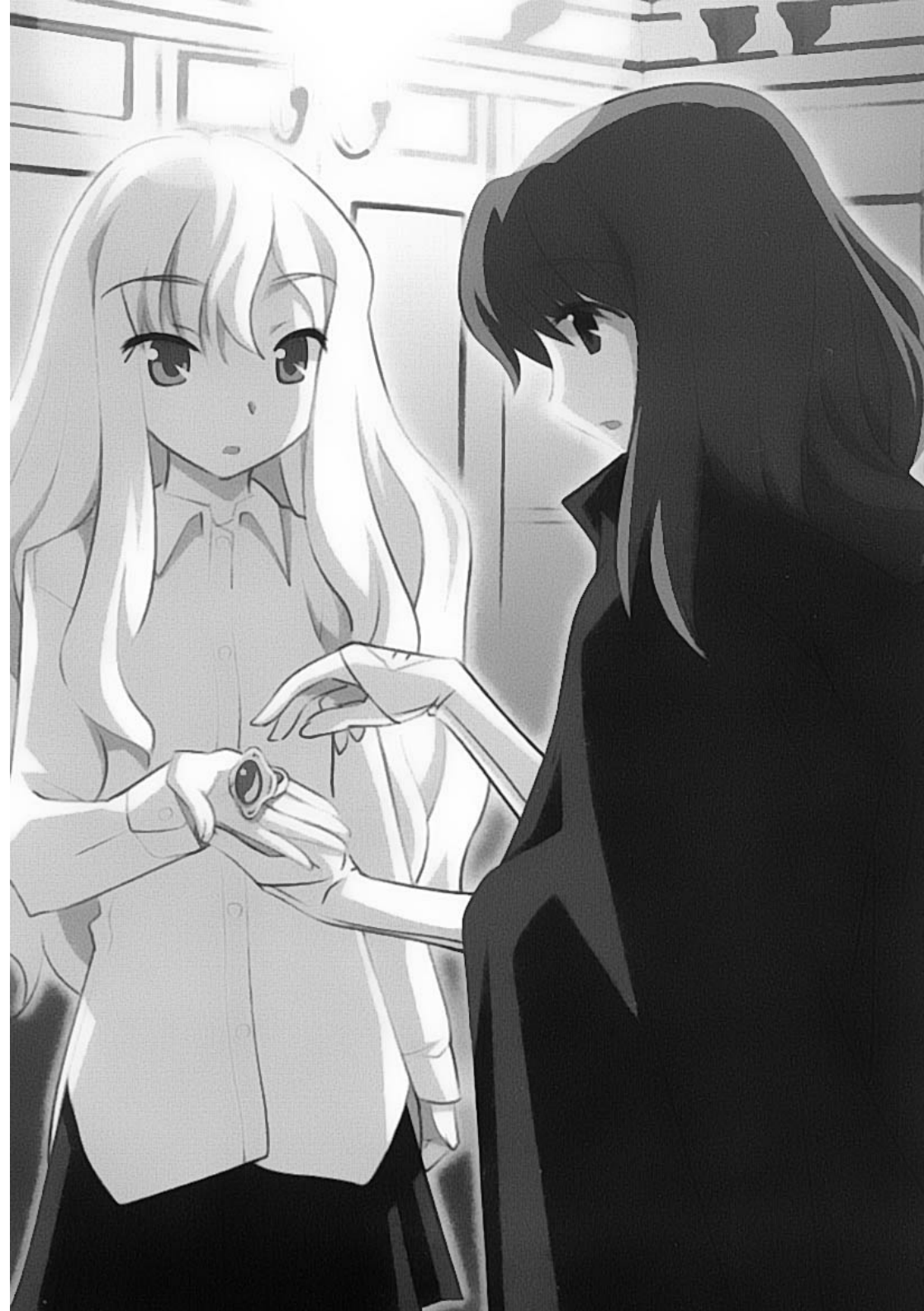
—Este es un “Rubí de Agua” que recibí de mi madre. Como mínimo debería funcionar como un amuleto de buena suerte. Si tienes algún problema de dinero, por

Zero no Tsukaima

favor, vendelo.

Louise bajó la cabeza en silencio.

—Esta misión es por el futuro de Tristrain. Por esta razón, el anillo de mi madre os protegerá de los fuertes vientos que soplan en Albión.



Capítulo 4

Ciudad Portuaria: La Rochelle

Aunque acababa de amanecer, Saito, Guiche y Louise ya habían empezado a preparar las sillas de sus caballos. Colgando en la espalda de Saito, estaba Derflinger. Por lo larga que era, no se la podía colgar de la cintura.

Louise llevaba puesto su uniforme de la academia, la única diferencia es que ahora tenía botas de montar en vez de zapatos normales. Juzgando por eso, parecía ser que pasarían mucho tiempo a caballo.

«¿Cuán lejos estará Albión? Todavía no me he acostumbrado a montar a caballo. Probablemente me dolerán las caderas» pensó.

Justo antes de salir, Guiche habló de una manera un poco extraña:

—Tengo algo que pedir.

—¿Qué quieres? —respondió Saito hostilmente mientras ponía sus pertenencias sobre la silla. Todavía no podía perdonar a Guiche por haberlo dejado tan malherido durante la pelea que tuvieron hace un tiempo.

—Me gustaría traer a mi familiar.

—¿Acaso tienes un familiar?

—Por supuesto que sí, todos los magos tienen uno.

Louise y Saito se miraron. Luego miraron nuevamente a Guiche.

—¿Y dónde está tu familiar ahora mismo?

—Aquí —respondió Guiche señalando al suelo.

—Pero si no hay nada en el suelo —dijo Louise.

Guiche respondió golpeando el suelo con sus zapatos. Y en ese momento, una gran criatura marrón emergió.

—¡Verdandi! ¡Oh, mi linda Verdandi!

Estupefacto, Saito preguntó.

—¿Qué demonios es esta criatura?

—¿A qué te refieres con 'criatura'? Esta es mi linda Verdandi.

—¿Así que esa cosa grande es tu familiar?

Después de mirarlo detenidamente, la gran criatura marrón resultó ser un topo con el tamaño equivalente al de un pequeño oso.

—Sí. Ah, mi Verdandi, te ves igual de hermosa desde cualquier ángulo que te mire. ¿Comiste tu merienda de gusanos antes de venir? —El topo gigantesco asintió felizmente en respuesta.

—¿Sí? ¡Maravilloso! —dijo Guiche frotando su mejilla contra la de su familiar.

—De hecho no creo que la puedas traer con nosotros —dijo Saito con repugnancia.

—Es cierto, Guiche. Esta criatura se mueve bajo tierra, ¿no?

—Así es. Aunque es un poco más grande de lo usual, Verdandi sigue siendo un topo.

—¿Cómo la vamos a llevar? Todos vamos en caballos —dijo Louise un poco perturbada.

—No hay problema. Verdandi se mueve muy rápido bajo tierra. ¿No es así, Verdandi? —El gran topo asintió.

—¡Pero vamos a Albión! ¡No podemos llevar criaturas que se muevan bajo tierra! —explicó Louise.

Guiche, tras escuchar esto, se arrodilló y respondió.

—No puedo soportar separarme de mi querida Verdandi. ¡Oh! El dolor...

Al mismo tiempo, el gran topo parecía estar percibiendo algún olor y se acercaba más y más a Louise.

—¡¿Qué quiere este estúpido topo?!

—De tal amo, tal familiar. Ambos tienen los mismos intereses: las chicas —dijo Saito.

—¡Detente! ¡Detente ahora mismo!

El gran topo derribó a Louise y empezó a olfatearla por todas partes.

—¡Ah! ¡Cuidado por donde olfateas! ¡Detente!

Louise, al estar siendo constantemente pinchada con la nariz del topo gigante, empezó a rodar por el suelo. Tanto rodar desarregló su ropa y expuso su ropa interior. Louise estaba empezando a enfadarse.

Inconscientemente, Saito se concentró en la vista de Verdandi y Louise como si estuviera admirando una hermosa pintura...

—Ah... Qué hermosa escena de un topo gigante jugueteando con una damisela.

—Totalmente de acuerdo.

Saito y Guiche asintieron al mismo tiempo.

—¡Dejad de hablar tonterías, inútiles! ¡Venid a ayudarme! ¡Ah!

El gran topo vio el anillo que Louise tenía en la mano derecha y empezó a picarlo con la nariz.

—¡Topo insolente! ¡No uses tu hocico para olfatear el anillo que Su Majestad

me dio!

—Ya veo. Es el anillo. Verdandi ama las joyas.

—¡Qué pesado!

—Por favor, no llames así a Verdandi. Es por mí que Verdandi busca piedras preciosas y joyas. Para un mago de Tierra, no hay nada mejor que eso.

Louise estaba a punto de explotar, cuando de pronto una ráfaga de viento salió de ninguna parte y alejó a Verdandi.

—¡¿Quién ha sido?! —gritó Guiche agitadamente.

Un corpulento noble con un sombrero de plumas apareció con la débil luz matutina resplandeciendo por detrás de él. Saito se veía sorprendido.

—Ese... ese tipo es...

—¡¿Qué le has hecho a mi Verdandi?!

Guiche sacó rápidamente su varita en forma de rosa pero el noble que llevaba el sombrero de plumas fue más rápido. Antes de que Guiche pudiera recitar algún hechizo, su varita ya estaba lejos de su mano.

—No soy tu enemigo. Estoy bajo las órdenes de Su Alteza para acompañaros en vuestro viaje. La princesa está preocupada de que sean tan pocos los que vayan a Albión, y enviar una tropa de soldados sería demasiado evidente. Por lo tanto, me dieron orden de escoltaros en vuestro viaje —dijo el noble mientras se quitaba el sombrero y hacia una reverencia—. Soy el capitán del escuadrón de los Caballeros Grifo, el vizconde Wardes.

El enojado Guiche se calló. Para la mayoría de los nobles, incluyendo a Guiche, ser capaz de unirse a los Caballeros Grifo significaba un gran prestigio. Wardes miró a Guiche y se disculpó:

—Lo siento por lo que le hice a tu familiar. Pero no podía quedarme sin hacer nada al ver cómo atacaban a mi prometida.

—¡¿QUÉ?!

Saito estaba sorprendido.

—¿Prometida?

—¿Este noble tan majestuoso es el prometido de Louise?

—Vizconde —dijo Louise con la voz temblorosa, antes de levantarse.

—Ha pasado tanto tiempo. Mi Louise, mi querida Louise.

«'¿Mi Louise?!' ¿Qué tipo de broma es esta?» pensó Saito.

Wardes se acercó a Louise con una gran sonrisa en el rostro y la levantó en brazos.

—Realmente ha pasado mucho tiempo —dijo Louise con su cara sonrojada de la vergüenza.

—Tan ligera como siempre. Como una pluma.

—Vizconde, por favor, no diga eso. Hay gente aquí.

Wardes dejó en el suelo a Louise y se puso el sombrero,

—¿Te importaría presentarme a tus acompañantes?

—Em, Ese es Guiche de Gramont y mi familiar, Saito —dijo Louise señalándolos mientras los presentaba a Wardes. Guiche no se atrevía a mirar a Wardes directamente, así que bajó la cabeza. Saito hizo lo mismo, pero de mala gana.

—¿Eres el familiar de Louise? —dijo Wardes con una expresión de sorpresa— Esta es la primera vez que veo a un humano de familiar. Gracias por cuidar tan bien de mi prometida.

—De nada.

Saito aprovechó la oportunidad para examinar a Wardes. Era apuesto. Aunque Guiche también era considerado un chico apuesto siempre está pasando vergüenzas y tomando decisiones irracionales. Hasta frotaba su mejilla con la de un topo gigante. Sin embargo, Wardes no era sólo apariencia. Sus ojos eran como los de un águila: agudos y perspicaces. El bigote que llevaba le hacía parecer más refinado. Además, tenía un cuerpo musculoso y en buena forma. Saito pensaba que todos los magos tenían un cuerpo como el de Guiche, pero ahora le habían demostrado lo contrario. Aun en un combate cuerpo a cuerpo con Wardes, sin usar magia, Saito perdería en cuestión de segundos.

Pensando en todo esto, Saito dio un profundo y largo suspiro. Al ver esto, Wardes se acercó a Saito y le dio una palmadita en la espalda.

—¿Qué pasa? ¿Estás teniendo dudas sobre el viaje? ¡No hay nada que temer! ¿No eres tú quien combatió contra Fouquet de la Tierra Derribada? Con tu coraje, nada es imposible. —Wardes le mostró una gran sonrisa. Con eso, Saito sintió un dejo de remordimiento.

«¿De verdad es tan buena persona? No creo poder compararme con él en ningún aspecto. Así es, creo que Louise se casará pronto con él. Sólo pensar en eso me pone triste». Louise, al no poderse calmar debido a la aparición de Wardes, se sentía inquieta y ansiosa. Saito desvió la mirada, no quería ver a Louise así.

Wardes silbó, y un grifo emergió de las nubes. Era una bestia mítica con la cabeza de un águila y el cuerpo de un león. Y en su espalda tenía alas compuestas de hermosas plumas. Wardes había subido a la espalda del grifo con mucha elegancia y

ahora le extendía la mano a Louise.

—Sube, mi Louise.

Louise bajó la cabeza, dudando y avergonzada, igual que una chica enamorada. Esto puso a Saito aún más celoso.

«¿Qué se cree que está haciendo? ¿'Sube, mi Louise'? ¡¿Tu Louise?! ¡¿Tu Louise?! ¡Qué payaso más irritante! »

Saito, al ser un hombre, tenía que mantener esos pensamientos para él mismo y subió en silencio a su caballo.

Louise, que seguía dudando, fue levantada repentinamente por Wardes.

—Bueno, gente, ¡vamos! —gritó con una mano en las riendas y otra en su varita

El grifo empezó a caminar, seguido por Guiche, que se veía lleno de admiración por Wardes y Saito, que se veía deprimido y abatido.

Mientras miraba al cielo vacío, Saito pensó, «¿cuán lejos estará Albión?»

Desde la ventana del director Henrietta veía a Saito y al resto partir en dirección a Albión. Cerrando sus ojos empezó a rezar.

—Fundador Brimir, por favor, protégelos en su viaje.

A su lado estaba Sir Osman cortándose el vello nasal.

—¿No va a despedirlos, Sir Osman?

—No. Como puede ver estoy ocupado con mi vello nasal, Su Alteza.

Henrietta sacudió la cabeza en desaprobación. Justo en ese momento, alguien golpeó la puerta.

—Adelante —dijo el director.

El señor Colbert entró a la habitación con una expresión ansiosa.

—¡Malas noticias, director!

—Eso lo dices todo el tiempo. ¿Cuál es el problema ahora?

—Me lo han comunicado llos guardias del castillo, ¡Fouquet ha escapado!

—Mm... —dijo Osman, mientras tiraba de su barba.

—Según el soldado que estaba de guardia en ese momento un noble lo dejó inconsciente usando magia de viento. ¡El sujeto aprovechó el momento en que los soldados estaban dispersos protegiendo a la princesa para ayudar a Fouquet a escapar! ¡Esto quiere decir que alguien de adentro es un espía! ¿No son malas noticias?

El rostro de Henrietta empalideció al escuchar las noticias. El viejo Osman le hizo un gesto al señor Colbert pidiéndole que se retirara.

—Vale, vale, escucharemos los detalles más tarde.

Después de que el señor Colbert se fuera Henrietta colocó las manos en la mesa y suspiró profundamente.

—Tenemos un espía entre nosotros. ¡Esto debe ser culpa de la nobleza de Albión!

—Quizá sí... ¡OUCH! —dijo el director mientras se cortaba el vello nasal.

Henrietta lo miró como si no tuviera caso.

—¿Cómo puede estar tan relajado? ¡El futuro de Tristain corre peligro!

—El oponente ha hecho su movimiento. Todo lo que podemos hacer es esperar, ¿no cree?

—Aun así...

—Todo está bien. Si está él será capaz de enfrentarse a cualquier problema que encuentren durante el viaje.

—¿Se refiere a Guiche? ¿O al Vizconde Wardes?

El director negó con la cabeza.

—No me diga que se refiere al familiar de Louise. ¡¿Pero cómo es posible?! ¿No es sólo un plebeyo?

—Su Alteza, ¿ha escuchado alguna vez la historia del Fundador Brimir?

—He leído casi toda la historia.

El director sonrió y respondió.

—Entonces, ¿sabe algo sobre Gandálfr?

—¿No es el familiar más fuerte del Fundador Brimir? No me diga que...

En este punto, el Viejo Osman sintió que ya había dicho demasiado. Quería mantener en secreto todo lo relacionado al secreto de Gandálfr. Aunque confiaba en Henrietta no quería que la Familia Real se enterara todavía sobre Gandálfr.

—Sí, él es tan fuerte y hábil como Gandálfr. Viene de un mundo diferente al nuestro.

—¿Otro mundo?

—Así es. Viene de un mundo diferente a Halkeginia, o debo decir, de un lugar que no queda en Halkeginia. Siempre pensé que este joven de otro mundo saldría adelante. Esa es una de las razones por las que estoy tan tranquilo durante estos tiempos problemáticos.

—Existe un mundo diferente a Halkeginia.

Henrietta miró a la lejanía. La sensación de los labios del joven todavía perduraba en sus labios. Tocándolos con la yema de los dedos, cerró los ojos, sonrió y dijo:
—Entonces déjeme rezar por la brisa que viene de otro mundo.

Les tomó dos días llegar a caballo desde Tristain a la Ciudad Portuaria: La Rochelle. La Ciudad Portuaria está situada en un profundo y estrecho cañón. Por esta razón tiene una pequeña población de trescientos habitantes. Ya que La Rochelle es la puerta de entrada a Albión, el número de viajeros es diez veces mayor que la población local.

Grandes piedras se podían ver a ambos lados del estrecho sendero montañoso. Las gentes habían cincelado las piedras para convertirlas en tabernas y tiendas. Aunque los edificios se veían normales, al inspeccionarlos de cerca era obvio que todos estaban hechos de la misma piedra, una proeza llevada a cabo por magos de tierra de nivel cuadrado.

En la estrecha calle, debido a las piedras que bloqueaban la luz del sol, parecía ser de noche cuando todavía era de tarde. Con cruzar en una esquina, se podía ver un pasadizo aún más estrecho que llevaba a un bar. El cartel tenía forma de barril y tenía escrito el nombre del lugar: 'Bar del Tonel de Vino Dorado'. Sin embargo, nada en el bar se parecía al nombre. El lugar estaba tan deteriorado como una casa abandonada. Había montañas de sillas rotas junto a la puerta.

Casi todos los clientes eran gánsters y mercenarios. Cuando se emborrachan se pelean por cualquier cosa, como quedárseles mirando o cualquier riña insignificante. Y cuando pelean lo hacen con armas. Por lo tanto, es común ver a gente muerta o con heridas graves dentro del bar. El dueño, que no quería ver más heridos ni muertos, impuso una orden en el bar: 'Por favor, usen las sillas cuando peleen'. Cuando se dio la orden, los clientes pudieron comprender la desesperación del dueño, así que empezaron a usar las sillas en vez de las armas cuando peleaban. Y aunque todavía hay heridos ya no hay muertos. Desde ese entonces, las sillas que quedaban destruidas durante las peleas, se apilaban junto a la puerta.

Hoy, el Bar del Tonel de Vino Dorado está lleno de la misma clientela. Casi todos son mercenarios que vienen de Albión que está sufriendo una guerra civil.

—¡El rey de Albión está acabado!

—¿No quiere decir eso que pronto será una república?

—Si es así, ¡entonces hagamos un brindis por la república!

La gente que brindaba eran exmercenarios contratados por los seguidores de la familia real para pelear a su lado. Sin embargo, al darse cuenta de la inminente derrota de sus clientes, decidieron retirarse a este lugar. Esto no es considerado un acto deshonesto: como mercenarios, valoran su vida más que sus creencias y por eso no están obligados a pelear hasta la muerte por sus clientes.

Mientras bebían la puerta del bar se abrió. Una dama un poco alta entró al bar. La capucha que usaba cubría la mayor parte de su cara con excepción de la parte inferior. Sin embargo, con sólo ver esa parte de su rostro ya se podía estar seguro de que era toda una belleza. Como era poco común que una mujer tan atractiva viniera a este lugar sola todos los ojos de la gente del bar estaban puestos sobre ella. La dama, indiferente a todos los ojos que la miraban, pidió un poco de vino y comida y se sentó en la mesa en la esquina del bar. Después de que le sirvieron la comida, pagó inmediatamente.

—Esto, esto es demasiado dinero. ¿Ha echado bien las cuentas?

—Eso incluye el hospedaje. ¿Tienes habitaciones vacías? —respondió con una voz elegante.

El dueño asintió y se alejó de la mesa. Varios clientes masculinos se miraron entre ellos y se acercaron a la mesa.

—Disculpe, señorita, es peligroso que esté aquí sola.

—¡Es verdad! Hay muchos personajes peligrosos por aquí. Pero no se preocupe, nosotros la protegeremos.

Con una sonrisa maléfica en su rostro, uno de los hombres levantó la capucha de la mujer. Se pudieron escuchar silbidos y pitidos una vez la había quitado. La dama era una belleza, con ojos hermosos y una elegante nariz.

La bella dama no era otra que Fouquet de la *Tierra Derribada*.

—¡Realmente es de primera clase! ¡Mira su piel! ¡Tan blanca como el marfil!

Otro cliente intentó levantarle la barbilla, pero ella le alejó las manos. Fouquet sonrió débilmente. Otro cliente se levantó, sacó la daga y la colocó en su rostro.

—¿No se supone que se tienen que utilizar sillas y no armas en este lugar?

—Esto es sólo para asustarte. Las sillas no intimidan a nadie, ¿no crees? No actúes tan inocente. ¿No estás aquí para buscar compañía? Entonces te acompañaremos.

Aun con la daga en la cara, Fouquet no demostraba miedo. Con un movimiento rápido, alcanzó su varita. En un instante, recitó sus hechizos. Y así, la daga que el hom-

bre sujetaba se convirtió en tierra, cayendo sobre la mesa.

—Es... ¡es una noble!

Los hombres se alejaron inmediatamente de ella. Como Fouquet no llevaba una capa, nadie sabía que era una maga.

—Aunque soy una maga, no soy una noble —dijo Fouquet indiferente—. Casi todos ustedes son mercenarios, ¿no?

Los clientes se miraron entre ellos. Si no era una noble, sus vidas no estarían en peligro. Si le hubieran hecho eso a un noble, los habría matado sin reparos.

—Sí... ¿y tú eres? —respondió un veterano del grupo.

—Eso no importa. Para resumir, estoy aquí para contratarlos a todos.

—¿A todos? —Los mercenarios miraron a Fouquet confundidos.

—¿Y esa cara? ¿Es realmente tan raro que quiera contratar mercenarios?

—No, esa no era mi intención. Tienes oro, ¿no?

Fouquet puso sobre la mesa una bolsa llena de oro. Tras inspeccionar su contenido, el veterano dijo:

—Increíble. ¿Es oro Ecu?

Las puertas del bar se abrieron nuevamente. Esta vez, un hombre con una máscara blanca entró al bar. Era el mismo hombre que había ayudado a Fouquet a escapar de prisión.

—Has llegado pronto.

Al ver al hombre, Fouquet respondió con un 'Mm'. Los mercenarios, al ver la vestimenta tan peculiar del hombre, se quedaron sorprendidos.

—Ya han empezado su viaje —dijo el hombre de la máscara.

—He hecho lo que me dijiste y contraté a todos estos hombres. —El hombre de la máscara blanca miró por encima a los mercenarios que Fouquet había contratado—. ¿Todos vosotros erais empleados de la realeza albioniana? ¿No es así?

—Hasta el mes pasado, sí —respondió entusiasmado—. Pero los nobles de la realeza que pronto serán derrotados ya no son nuestros jefes.

Los mercenarios se rieron al mismo tiempo. El hombre de la máscara blanca se rio también.

—Satisfaré todos vuestros deseos monetarios. Sin embargo, no soy como esos nobles que pronto serán derrotados. Si alguien se atreve a escapar de la batalla lo mataré con mis propias manos.

Desde que dejaron la academia de magia, el grifo de Wardes había estado moviéndose sin cesar hacia su destino. Aunque el resto del grupo había cambiado de montura dos veces, el grifo de Wardes, igual que su amo, parecía no cansarse nunca.

—Espera un momento, ¿no vamos demasiado rápido? —preguntó Louise, que estaba sobre el grifo de Wardes. Durante el viaje, Louise le hablaba de una manera más informal a Wardes que cuando se reunieron. Pero eso era parcialmente porque el vizconde lo pidió así—. Guiche y Saito están ya exhaustos.

Wardes se dio la vuelta y vio a Guiche y a Saito. Justo como Louise había dicho ambos sostenían fuertemente sus riendas por miedo a caerse. Parecía que se desmayarían del cansancio antes que sus caballos.

—Pero originalmente había planeado viajar hasta La Rochelle sin detenerme.

—Eso será difícil, tomará dos días llegar a caballo.

—Si ese es el caso, ¿por qué no los dejamos atrás?

—¡No podemos hacer eso!

—¿Por qué?

—¿Acaso no estamos en esto juntos? Además, un mago nunca debe abandonar a su familiar.

—Parece que te importan mucho. ¿Cuál es tu enamorado?

El rostro de Louise se puso rojo inmediatamente.

—Qué... ¡¿Qué enamorado?! —respondió.

—Eso me tranquiliza. Si mi prometida me dice que ya está enamorada de otro, moriría de la decepción —respondió Wardes con una sonrisa.

—Pero eso sólo es algo que acordaron nuestros padres.

—Entonces, ¿te desagradó, mi pequeña y delicada Louise?

—Por favor, ya no soy una niña pequeña —respondió Louise haciendo pucheritos.

—Pero ante mis ojos serás por siempre aquella pequeña y delicada Louise.

Louise recordó ese sueño que había tenido hace unos días donde estaba de vuelta en el jardín de su hogar, La Vallière. El bote secreto en el lago olvidado.

Siempre que estaba allí con una rabieta, Wardes llegaba y la calmaba. El matrimonio lo decidieron los padres de ella. El compromiso fue decidido desde que era pequeña. Aquél con quien se debía casar. Su prometido. En ese momento, todavía no entendía completamente qué estaba pasando. Sólo sabía que, mientras estuviera con el hombre que admiraba, sería feliz. Pero ahora, finalmente, lo entendía todo. Se casa-

ría con Wardes.

—No me desagradas —respondió Louise con un dejo de vergüenza.

—Eso es maravilloso. En otras palabras, ¿te gusto? —Wardes abrazó amablemente los hombros de Louise—. No me he olvidado de ti aun después de tanto tiempo. ¿Todavía lo recuerdas? ¿Después de que mi padre muriera en la guerra?

Louise asintió. Wardes empezó a recordar y a narrarle a Louise cosas del pasado.

—Mi madre había muerto antes, heredé el título y las tierras de mi padre. Como quería hacerme un nombre por mí mismo me fui a la capital. Afortunadamente, Su Alteza tenía una profunda impresión de mi padre que había muerto en batalla, así que me incorporé a los Caballeros Grifo. Entré como un aprendiz. El entrenamiento era difícil en ese entonces.

—Desde entonces, rara vez volviste a tu tierra —respondió Louise cerrando los ojos. Ella también parecía estar inmersa en sus recuerdos.

—Mi casa y mis tierras estaban siendo administradas por mi mayordomo, Gallann, mientras ponía todo mi empeño en servir a la nación. Después de mucho tiempo me gané mi reputación logrando lo que me había propuesto al dejar mi tierra natal.

—¿Qué es lo que te habías propuesto?

—Pedir tu mano una vez me labrara un nombre por mí mismo.

—Estás bromeando, ¿no, vizconde? Eres muy popular entre las chicas, no tienes necesidad de cumplir la promesa que le hiciste a alguien tan insignificante como yo.

Sobre el compromiso con Wardes, Louise lo había olvidado todo hasta que tuvo ese sueño hace unos días. El compromiso de matrimonio con Wardes fue un sueño fugaz. En su opinión fue una decisión tomada por un capricho. Después de que Wardes dejara su hogar hace diez años, Louise no lo había vuelto a ver nunca más. Él se había convertido en parte de su memoria distante. Los recuerdos distantes se habían convertido repentinamente en realidad.

—Este viaje es una buena oportunidad para recobrar esos sentimientos que teníamos cuando eras joven —dijo Wardes con un tono calmado y amable.

«¿Realmente amo a Wardes?» pensó Louise. No le desagradaba y realmente lo admiraba cuando era joven, pero todo era parte de su pasado. Enfrentarse repentinamente con un prometido y un probable matrimonio. No sabía qué hacer. Además, habían estado separados por muchos años, no sabía si realmente seguía teniendo sentimientos hacia él.

Louise miró atrás. Vio a Saito abatido sobre su caballo, parece que estaba cerca de su límite. Louise hizo un gesto con la boca. «¡Bueno para nada!». Una vez hubo pensado eso, se puso ansiosa y su corazón empezó a latir rápidamente.

—Hemos estado a caballo casi un día entero, ¿no se cansa? ¿Los Caballeros Grifo son como monstruos? —preguntó Guiche, también encorvado casi sin vida sobre el caballo.

—Ni idea —respondió Saito letárgicamente. Sentía celos cada vez que Wardes tocaba a Louise. «La ha tocado de nuevo. Esta vez ha abrazado los hombros. ¿Qué pretende este tío? Aunque seas el prometido de Louise, aunque no tengo derecho a detenerte, al menos deberías hacerlo donde no te vea». Cada vez que Saito pensaba en eso se sentía más cansado y su corazón más pesado.

Guiche, al ver a Saito en ese estado, empezó a molestarlo.

—Je, je. No me digas que estás celoso —dijo Guiche riéndose en voz baja.

—¿Eh?! ¿Qué estás insinuando?

—Acerté, ¿eh? —se rió Guiche aún más alto.

—¡Cierra la boca, hombre-topo!

—Ja, ja, ja, ja. ¿Acaso conservas un amor por tu amo que nunca florecerá? Para ser honesto, el amor entre personas de diferentes niveles sólo termina en tragedia.

—¡Deja de decir tonterías! ¿Cómo me podría gustar alguien como ella? Admito que es guapa, pero tiene muy mal carácter.

Guiche miró repentinamente hacia delante.

—¡Mira! ¡Se están besando! —exclamó.

Saito, sorprendido, miró inmediatamente hacia adelante. Sin embargo, Wardes y Louise no se estaban besando. Entonces miró a Guiche, quien a duras penas podía contener las carcajadas.

—¡Aargh! —gritó Saito y se abalanzó sobre Guiche. Ambos cayeron de sus caballos y empezaron a pelearse en el suelo.

—¡Eh! ¡Si seguís peleando os dejaré atrás! —gritó Wardes.

Guiche regresó rápidamente sobre su caballo. Mientras tanto, Saito se dio cuenta de que Louise lo observaba y desvió la mirada. Como habían estado viajando a toda velocidad y habían cambiado varias veces sus cansados caballos por otros nuevos ya habían llegado a las afueras de La Rochelle para el anochecer.

Saito miró sorprendido el alrededor. «¿No se supone que nos dirigimos a un puerto? ¿Por qué sigo viendo montañas por todas partes? Quizá después de cruzar la montaña podremos ver el mar».

Viajando bajo la luz de la luna, Saito y el grupo vio finalmente un estrecho sendero en la montaña. Los edificios que habían sido cincelados en las piedras podían verse a ambos lados del sendero.

—¿Por qué construyen un puerto en la cima de una montaña?

Al escuchar a Saito preguntar, Guiche respondió sarcásticamente.

—No me digas que no sabes dónde está Albión.

Aunque Saito y Guiche estaban acercándose a sus límites físicos, la idea de que una vez llegaran a la ciudad podría descansar les daba la fuerza para entablar una conversación.

—Pues no, no lo sé.

—¿En serio? —Guiche respondió riendo. Pero Saito no se rio.

—No tengo conocimientos sobre este mundo. Y por favor, no asumas que los tengo.

Repentinamente desde la parte superior del acantilado les tiraron antorchas a sus caballos. Las candentes antorchas iluminaron el barranco que estaban a punto de cruzar.

—Qué... ¡¿Qué está pasando?! —chilló Guiche.

Los caballos, asustados por las antorchas, tiraron a Saito y a Guiche de sus espaldas. Mientras caían, una lluvia de flechas cayó sobre ellos.

—¡Es una emboscada! —gritó Guiche.

Saito entró en pánico. Justo cuando iba a desenvainar a Derflinger, que colgaba en su espada, dos flechas más se dirigían hacia ellos.

—¡Waa!

Justo cuando pensaban que estaban perdidos un fuerte viento sopló hacia ellos convirtiéndose en un gran huracán. El mismo huracán atrapó las flechas y las desvió. Wardes levantó su varita.

—¿Os encontrais bien? —gritó Wardes.

—Estoy bien —respondió Saito.

«¡Maldición! El prometido de Louise me acaba de salvar la vida». Ese sentimiento de tristeza se expandía cada vez más causando que Saito se sintiera inferior. Desenvainó a Derflinger. Las runas en su mano izquierda empezaron a brillar nuevamente aliviando el cansancio que sentía.

—Me siento tan solo, compañero. Qué malo eres poniéndome todo el tiempo dentro de la vaina.

Saito miró hacia el acantilado, pero no veía ninguna flecha.



—Probablemente eran ladrones o bandidos —dijo Wardes.

A Louise se le ocurrió una idea.

—¿Podrían ser los nobles de Albión? —exclamó repentinamente.

—Los nobles no usan flechas.

Justo en ese momento, se escuchó un sonido de aleteo. Era un sonido con el que estaban familiarizados. Se podían escuchar gritos desde el acantilado. Podían ver flechas dirigiéndose al cielo nocturno. Sin embargo, todas las flechas eran desviadas con magia de viento. Después de eso, un pequeño huracán creado con magia hizo volar a todos los arqueros.

—Mm... ¿no son hechizos de viento? —farfulló Wardes.

Los arqueros que intentaban emboscarlos cayeron rodando por los acantilados antes de que un tornado mágico los hiciera salir volando. Aterrizaron fuertemente en el suelo, dejando salir gemidos de dolor.

Con las lunas de fondo, apareció una imagen familiar.

—¡Es Sylphid! —gritó Louise confundida.

Era el dragón de viento de Tabitha. Después de aterrizar una chica de pelo rojo saltó del dragón, moviendo su pelo.

—Perdón por haceros esperar.

Louise también saltó del grifo de Wardes y respondió:

—¡¿A qué te refieres con eso?! ¿Por qué estás aquí para empezar?

—Definitivamente no para ayudarte. Cuando vi que te ibas de la academia a caballo esta mañana desperté a Tabitha y os hemos seguido hasta aquí —Kirche señaló a Tabitha que parecía que se acabara de levantar de la cama. Todavía llevaba puesto el pijama, pero no parecía importarle en lo más mínimo y seguía leyendo un libro.

—¡Zerbst! ¡Escúchame! ¡Estamos en una misión secreta que nos confió Su Alteza!

—¿Misión secreta? ¡Deberías habérmelo dicho antes! ¿Cómo iba a saberlo si no me lo dijiste? De todas maneras, agradécelo. ¡He derrotado a aquellos que te emboscaron! —dijo Kirche mientras señalaba al grupo de hombres tirados por los suelos. Eran incapaces de moverse debido a sus heridas y se dedicaban a soltar injurias contra Louise y el grupo. Guiche se les acercó y empezó a interrogarlos. Louise se quedó cruzada de brazos dirigiéndole una mirada asesina a Kirche.

—¡No te equivoques! No estoy aquí para ayudarte. ¿No es así?

Con una pose sugerente, Kirche se recostó sobre Wardes quien seguía montado sobre su grifo, y dijo:

—Tu barba te hace parecer tan masculino. ¿Sabes cómo se siente la pasión? Wardes miró a Kirche y procedió a alejarla con su mano izquierda.

—¿Eh?

—Gracias por venir en nuestra ayuda, pero, por favor, no te me acerques tanto nunca más.

—¿Pero por qué? ¡Si te acabo de decir que me gustas!

Esa era la primera vez que un hombre trataba tan fríamente a Kirche. Usualmente cualquier hombre quedaría anonadado después de unos cuantos halagos de su parte. Pero Wardes no estaba interesado en lo más mínimo. Kirche miró a Wardes boquiabierto.

—Lo siento, pero no puedo permitir que haya un malentendido con mi prometida —dijo Wardes mientras miraba a Louise, cuya cara se puso roja de la vergüenza en un instante.

—¿Qué? ¡¿Ella es tu prometida?!

Wardes asintió. Kirche observó de cerca a Wardes. No lo había notado antes, pero los ojos de Wardes no mostraban ninguna emoción. Era como hielo.

Entonces miró a Saito. Se le veía apático hablando con su espada con desgana. «¿Eh? ¿Está así porque coqueteé con el prometido de Louise?». Mientras pensaba en eso percibió a Saito aún más encantador. Mirándolo corrió hacia él y lo abrazó inmediatamente.

—De hecho, ¡estoy aquí porque estoy preocupada por mi amado!

Saito le dio una mirada desconcertada, pero rápidamente apartó la mirada.

—Mentirosa.

«¿Está celoso?» Pensando en eso, la pasión en el corazón de Kirche ardió fuertemente.

—¡Lindo! ¡Tan lindo! ¿Acaso estás celoso?

—No lo estoy.

—Siento haberme olvidado de ti. Debes estar enfadado, ¿no? —dijo Kirche mientras presionaba sus pechos contra la cara de Saito—. ¡Por favor, perdóname! ¡Puede que me haya fijado en otros hombres, pero al final al único que amo es a ti!

Louise se mordió los labios, tenía deseos de echar a Kirche. No podía tolerar que sedujera a su familiar. En ese momento, Wardes puso su mano en el hombro de Louise. Wardes contempló amorosamente a Louise y le dio una sonrisa.

—Vizconde.

Guiche, que había estado interrogando a los hombres, regresó.

—Vizconde, los hombres admitieron ser ladrones.

—Mm, si sólo son ladrones dejadlos ir.

Wardes montó sin esfuerzo a su grifo llevándose a Louise con él.

—Pasaremos la noche en La Rochelle —anunció—. Mañana al amanecer tomaremos la primera nave en dirección a Albión.

Kirche se sentó detrás de Saito compartiendo el mismo caballo. Guiche seguía montando su caballo. Y en cuanto a Tabitha ella seguía leyendo su libro sobre su dragón de viento.

Frente a ellos, entre dos acantilados, se encontraba la deslumbrante Ciudad Portuaria: La Rochelle.

Capítulo 5

Un día de descanso antes de partir

Habían decidido hospedarse en el hotel más elegante en la ciudad conocida como La Rochelle, pues estaban agotados de cabalgar todo el día. Era un lugar elegante incluso para un noble. Las mesas y el suelo estaban hechos del mismo mármol. El suelo estaba tan limpio que si alguien se mirara en él podía ver el reflejo.

Wardes y Louise habían vuelto del muelle. Wardes se sentó.

—El barco en dirección a Albión sale pasado mañana —dijo.

—La misión es extremadamente urgente —dijo Louise.

Saito y el resto se relajaron finalmente. Ahora sabían que el día de mañana podría descansar.

—Nunca he estado en Albión, así que no sé por qué no sale un barco mañana.

Wardes miró a Kirche.

—El día de mañana las lunas se alinearán y por ese motivo Albión estará más cerca de La Rochelle —explicó.

Wardes puso las llaves en la mesa.

—Descansemos por ahora. Coged las llaves. Tabitha y Kirche en una habitación, Guiche y Saito en otra.

Guiche y Saito se miraron entre ellos.

—Louise y yo compartiremos una habitación —dijo Wardes.

Saito sintió que algo le apretujó el corazón y miró a Wardes.

—Es lo más obvio porque Louise y yo estamos comprometidos —dijo Wardes. Louise miró sorprendida a Wardes y contestó.

—¡P-pero no podemos! ¡Todavía no estamos casados!

Saito asintió con fuerza. «Así es, no deberías dormir con él». Pero Wardes sacudió la cabeza.

—Hay algo importante que debo decirte —dijo a Louise.

Wardes y Louise se quedaron en la mejor habitación del hotel. Se preguntaban quién habría diseñado la habitación pues había una enorme cama de cuatro postes con un delicado encaje colgando de la parte superior.

Wardes se sentó junto a la mesa y abrió una botella de vino, tras lo que se

sirvió un poco en una copa. Entonces bebió y se dispuso a hablar.

—¿Por qué no te sientas y tomas una copa también, Louise?

Louise se sentó y Wardes le sirvió una copa a Louise antes de llenar nuevamente la suya. Levantó su copa.

—¡Salud!

Sin embargo, Louise no levantó la suya y bajó la cabeza.

—¿Tienes la carta de la princesa?

Louise palpó su bolsillo para asegurarse de que seguía allí. «Me pregunto por qué es tan importante. ¿Qué dirá esta carta? ¿Tiene el príncipe una carta ya? Creo que sé lo que dice una pequeña parte. Por ser la amiga de la infancia de Henrietta sé cómo escribe las cartas».

Wardes miraba a Louise. Ella asintió.

—La carta sigue en su lugar. ¿Estás preocupado de que no podamos obtener la carta del príncipe de Albión?

—Sí, estoy muy preocupado —respondió Wardes.

Louise arqueó sus hermosas cejas.

—No te preocupes, todo estará bien, porque estaré contigo.

—Así es, si estás aquí es seguro que no habrá inconvenientes. Siempre ha sido así —dijo Wardes con un tono distante.

—¿Todavía recuerdas la promesa que hicimos ese día en el lago? —preguntó Louise. Wardes asintió.

—¿En el pequeño bote que flotaba en mitad del lago? Siempre ibas allí después de que tus padres te regañaran. Eras como una gatita abandonada.

—¿En serio? Qué cosas tan raras recuerdas.

Wardes respondió alegremente:

—Por supuesto que debo recordar esas cosas. Siempre te comparaban con tus hermanas en términos de magia.

Louise bajó la cabeza apenada.

—Pero creo que está mal. Eres inservible y una fracasada, pero...

—¡Qué grosero eres! —dijo Louise enojada.

—Tienes un poder mágico increíble que nadie más tiene. Lo sé porque soy un tipo diferente de mago —dijo Wardes, ignorando lo que Louise había dicho.

—¡Eso es imposible!

—Sí que es posible, por ejemplo, cuando usas magia...

La cara de Louise se puso roja y dijo:

—¿Te refieres al accidente con Saito?

—Sí, cuando tomó la espada, las runas en su mano izquierda empezaron a brillar. Esas runas son legendarias.

—¿Legendarias?

—Sí, esas runas pertenecen a Gandálfr, el familiar legendario. El familiar que una vez le perteneció al Fundador Brimir. —Los ojos de Wardes brillaban llenos de admiración.

—¿Gandálfr?

—No cualquiera puede controlar a Gandálfr. Tú tienes el poder mágico para hacerlo —respondió Wardes.

—Es difícil de creer. —Louise ladeó la cabeza, pensaba que seguramente Wardes estaría bromeando.

Es cierto que la velocidad de Saito aumentaba considerablemente cuando sostenía un arma y se volvía increíblemente fuerte, pero decir que él era el familiar legendario resultaba difícil de creer. «Si ese fuera el caso, entonces algo debería estar mal. Después de todo soy Louise, *la Zero*. Siempre fallo en todo, no hay forma de que tenga el poder que Wardes dice».

—Te podrías convertir en una gran hechicera. Sí, como el Fundador Brimir, y dejarías tu nombre en la historia. Así lo creo —Wardes miró cálidamente a Louise—. Después de esta misión, cástate conmigo, Louise.

—Ah...

La repentina propuesta había dejado muda a Louise.

—No estoy satisfecho con sólo ser el capitán de los Caballeros Grifo. Quiero ser un noble que algún día logre influir a toda Halkeginia.

—P-pero...

—¿Pero qué?

—Yo... todavía soy... soy...

—Ya no eres una niña, tienes dieciséis años. Has llegado a la edad en que puedes decidir. Tu padre ya está de acuerdo así que... —Wardes se detuvo abruptamente en ese punto y entonces levantó la mirada y se acercó a Louise—. Es verdad, nunca volví a buscarte y por eso debo disculparme. El matrimonio no es algo de lo que se pueda hablar tan a la ligera, eso lo sé. Pero Louise, para mí eres lo más importante.

—Wardes...

Louise lo pensó por un momento. ¿Por qué el rostro de Saito seguía apareciendo? Después de casarse con Wardes, ¿tendría que abandonar a Saito, su familiar?

«No entiendo por qué, pero siento que esto está mal. Si fuera un familiar tipo cuervo o búho no sería tan problemático. Si nadie cuida a este idiota de otro mundo, ¿qué le pasará?» ¿Kirche o aquella criada que siempre alimenta a Saito a escondidas sin que ella lo sepa cuidarán de él? «No entiendo por qué, pero esto es extremadamente molesto», pensó Louise. Había querido tener a Saito para ella sola, como una niña pequeña. «Aunque Saito sea un idiota y a veces me haga enfadar no quiero que sea de nadie más. Es mío».

Louise levantó la cabeza.

—Aun así... Aun así...

—¿Aun así?

—Todavía no soy una hechicera de tu nivel, necesito estudiar más —Louise bajó la cabeza y murmuró—. Wardes, cuando era más pequeña, esto es lo que siempre pensaba, “Debo hacer que todos me reconozcan, ser una gran hechicera y hacer que mis padres se sientan orgullosos” —Louise levantó la cabeza, mirando fijamente al hombre mayor—. Todavía no lo he logrado.

—¿Es porque alguien te ha robado el corazón?

—No tiene que ver con eso, ¡eso nunca pasará! —negó Louise desesperadamente.

—No es importante, entiendo, entiendo. Por ahora no te pediré que me respondas. Pero después de que este viaje concluya, sin duda habré ablandado tu corazón.

Louise respondió asintiendo con la cabeza.

—En ese caso, vamos a la cama, estás cansada, ¿no es así?

De repente, Wardes se acercó a Louise con la intención de besarla. El cuerpo de Louise se tensó al instante y entonces, alejó a Wardes de un empujón.

—¿Louise?

—Lo siento, pero ese tipo de... cosas... —Louise miró orgullosamente a Wardes, y él sonrió amargamente y sacudió la cabeza.

—No tengo prisa.

Louise bajó la cabeza nuevamente. «¿Por qué pasa esto? Wardes es amable, apuesto y fuerte y lo he extrañado todo este tiempo. Pero aun así, no estoy ni un poco feliz después de que me haya pedido la mano».

Alguien ya le había robado el corazón. Pero la mente de Louise se negaba a pensar acerca del culpable.

Afuera, Saito tenía las manos en el marco de la ventana mirando desesperadamente hacia la habitación de Louise y Wardes. Tenía a Derflinger en su mano izquierda, así que su cuerpo se sentía tan ligero como una pluma permitiéndole observar todo lo que pasaba en la habitación. Espiando a través de las cortinas Saito pudo ver a dos figuras sentadas en la mesa. «¿De qué estarán hablando?» Cada vez que el rostro de Wardes se acercaba a Louise, Saito se mordía los labios. Cada vez que parecía que se iban a besar, casi dejaba de respirar. Pero como Louise siempre se negaba a darle un beso, Saito nunca perdía completamente el aliento.

—Ah, acercándose de nuevo ese cabrón, ¡así que así son las cosas! —susurró Saito.

—Qué vergonzoso —murmuró Derflinger.

—Cállate.

—Mi compañero se pega a la ventana como una oruga espiando a la chica de la que está enamorado y a su amante mientras hablan felizmente. ¡Es tan vergonzoso que me duele y casi me hace llorar!

—¡No estoy enamorado de ella! ¿Qué tiene de bueno? Tiene un temperamento violento, me trata como un perro y tiene una personalidad retorcida — gruñó Saito con los dientes apretados.

—¿Entonces por qué espías?

—Sólo estoy preocupado, sólo es eso.

Y con esas palabras, algo cayó de arriba. Algo cayó sobre el hombro de Saito y le cubrió el rostro, haciendo que todo se oscureciera.

—¿Q-qué pasa?

—¿Qué haces aquí? ¿Te gusta pasear por las paredes? Dios, me ha costado una eternidad encontrarte.

Era Kirche quien había aterrizado sobre sus hombros y sus ojos estaban tapados porque su rostro estaba cubierto con su falda.

—¡Oye! ¡Quítate! —dijo Saito mientras se quitaba la falda de Kirche de su cara.

—¿Por qué? ¿No te gusta? Oye, ¿qué estás mirando?

Kirche miró por la ventana y nuevamente se dio la vuelta en dirección a Saito, poniéndole los brazos alrededor.

—No, no espíes a los recién casados, no nos debe interesar. Esto es lo que creo: una cita en la pared es romántico. Mira qué hermosas las luces de la ciudad, ¿no crees que nos están animando?

—Primero quítate.

Los dos se retorcieron intentando apartarse cuando repentinamente las ventanas se abrieron de golpe. Saito se quedó congelado, abrazando la pared como una cucharacha. Allí estaba Louise con las manos sobre las caderas, sólo que esta vez, su hermoso rostro se había retorcido en una máscara endemoniada mirando fijamente a Kirche y a Saito.

—¿Qué haceis en mi ventana?!

Saito tenía la espada en una mano, y con la otra se aferraba al marco de la ventana. Al mismo tiempo, Kirche estaba con las piernas alrededor de los hombros de Saito colgando de él como si de alguna manera la estuviera llevando a caballito. Sin duda esto se veía extremadamente sospechoso, pero también extremadamente inaudito.

—¿No puedes entenderlo después de haberlo visto? Estamos en una cita.

Saito intentó decir algo, pero sus labios estaban cubiertos con las manos de Kirche. Los hombros de Louise empezaron a sacudirse ferozmente.

—Marchaos, marchaos, marchaos, marchaos con vuestro romance a otra parte. Vosotros... ¡Perros callejeros!

—Pero si mi amor quiere tener una cita en este lugar —respondió triunfante Kirche.

En un instante el pie de Louise viajó en su dirección. Kirche se movió y subió a la pared, así que el pie de Louise impactó directamente en la cara de Saito enviándolo a volar. Por suerte, Saito tenía la espada en su mano y la clavó en la pared para evitar caer.

—¿Quieres matarme?! —gritó furioso.

—¡Alguien como tú que no entiende qué es la amabilidad merece morir!

Wardes permanecía sentado en la habitación observando sonriente la escena.

Al segundo día, Saito se despertó cuando alguien llamó a su puerta. Como Guiche seguía durmiendo profundamente en la cama contigua Saito no tuvo más remedio que salir de la cama para abrir.

«Hoy no hay barcos, quería dormir bien» pensó Saito enfadado mientras abría la puerta. Se encontró a Wardes bajando la mirada con su usual sombrero. La razón de esto es que Saito era una cabeza y media más bajo que el caballero.

—Buenos días, familiar.

El que el prometido de Louise lo llamara así le enfurecía.

—Buenos días, partimos mañana, ¿no es así? ¿Tienes algo importante que decirme? —respondió—. Ayer cabalgué todo el día y todavía quiero dormir.

Wardes sonrió ligeramente.

—¿Eres el legendario Gandálfr?

—¿Eh? —Saito miraba sorprendido a Wardes.

Wardes estaba intentando aclarar algo, así queladeó la cabeza.

—Gracias al caso de Fouquet has llamado mi atención. Le pregunté antes a Louise, había escuchado que eras de otro mundo y que eres el legendario Gandálfr.

—Ah. ¿Quién te contó sobre Gandálfr? No creo que el Viejo Osman haya dicho nada.

—La historia y la guerra me interesan mucho. Cuando Fouquet fue capturada me interesé mucho en ti. Entonces investigué un poco en la biblioteca imperial. Los resultados de esa investigación apuntan a que eres Gandálfr, el familiar legendario.

—Oh, ya veo. Eres un erudito.

—Quiero saber cuán fuerte es la persona que capturó a Fouquet, ¿me lo puedes mostrar?

—¿Mostrartelo?

Wardes sacó la varita de su cinturón.

—Llamémoslo así.

—¿Un duelo? —respondió Saito con una sonrisa fría.

—Exactamente.

Wardes y Saito sonrieron juntos. Echando un vistazo al dormido Guiche, reflexionó. «No estoy seguro de cuán fuerte es Wardes, pero ya vencí a Guiche y capturé a Fouquet. Aunque es el capitán de los Caballeros Grifo y parece que tiene grandes habilidades. Pero no debe haber mucha diferencia entre él y yo. Le mostraré a Louise qué es lo que puede hacer Gandálfr».

—¿Dónde quieres pelear?

—Este hotel solía ser un castillo con la tarea de defender a Albión de invasiones. Hay una plaza de armas en el centro.

Ambos se fueron en dirección a la plaza de armas para nobles. La antigua plaza no era más que escombros y estaba llena de barriles vacíos de cerveza y cajas dejadas por todo el lugar. Era difícil creer que hace mucho tiempo el lugar estuviera decorado con banderas reales con báculos cortados en la piedra.

—Quizá no lo sepas, pero antes bajo el reinado de Phillip III este solía ser un lugar donde los nobles llevaban a cabo duelos.

—Ja, ja.

Saito sacó a Derflinger de su hombro y la runa en su mano izquierda se iluminó.

—Hace mucho tiempo el rey todavía tenía el poder de participar en duelos. Esos eran tiempos en que los nobles eran verdaderos nobles. Arriesgaban su vida por fama y honor, peleaban con magia. Pero usualmente peleaban por asuntos aburridos, como por un amor.

De repente, Saito se puso serio, desenvainó la espada, pero Wardes lo detuvo con su mano izquierda.

—¿Qué pasa?

—Hay ciertas reglas concernientes a los duelos. Necesitamos un testigo.

—¿Testigo?

—Cálmate, allí viene uno —respondió Wardes. Louise apareció. Estaba atónita al ver a los dos.

—Wardes, me llamaste y aquí estoy. ¿Para qué os estáis preparando los dos?

—Quiero probar un poco sus habilidades.

—Detened esta tontería. Ahora no es momento para este tipo de estupideces.

—Es verdad, pero el noble quiere un duelo, quiere averiguar si soy fuerte o débil.

Louise miró a su familiar.

—Detente, es una orden.

Saito no respondió, sólo miraba a Wardes.

—¿Qué? ¿Esto es en serio?

—Como ha llegado el testigo, empecemos.

Wardes sacó su varita del cinturón, tomó una posición de combate con la varita apuntando a Saito.

—No soy tan confiable, no sé contenerme —dijo Saito.

Y Wardes respondió riéndose.

—No hay problema, atácame con toda tu fuerza.

Saito sacó a Derflinger y saltó hacia adelante dando un golpe. El caballero esquivó el ataque con su varita, y las dos armas resonaron sólidamente como metal contra metal dejando salir chispas en todas direcciones. Aunque el arma de Wardes era

sólo una pequeña varita era capaz de bloquear la gran espada de Saito sin problemas. Se esperaba que Wardes retrocediera, pero nadie esperaba el huracán que apareció cuando ambos chocaron, y Wardes aumentaba su velocidad mientras arremetía. Saito respondió con un golpe que detuvo el avance de Wardes. Con la capa negra de los Caballeros Grifo ondeando en el viento, el capitán respondió retrocediendo unos cuantos pasos y luego volvió a su posición. «¿Por qué no está usando magia?» pensó Saito.

—No puedes lograrlo. Te estás sobreestimando —murmuró Derflinger.

El corazón de Saito ardía furioso. «Wardes, cabrón. Tiene tanta velocidad como yo cuando las runas de Gandálfr brillan». Con sólo esa demostración Saito se había dado cuenta de la diferencia entre Guiche y Wardes.

—Un caballero Grifo no es alguien que sólo sabe recitar hechizos —respondió Wardes tocándose la punta del sombrero—. La forma en que lanzamos hechizos está creada especialmente para la batalla, la forma en que sostenemos la varita, el movimiento que hacemos para arremeter. El resultado es la manera en que utilizamos nuestras varitas como espadas aunado a la hechicería. Esto es lo más básico para los soldados.

Saito bajó un poco su cuerpo y empezó a hacer girar su espada como un molino de viento. Pero aparentemente Wardes pudo ver a través del ataque de Saito y esquivó el siguiente ataque sin esfuerzo.

—Eres muy rápido, nadie podría saber que eres un plebeyo. Realmente eres el familiar legendario —Wardes bloqueó el golpe de Saito y luego utilizó su varita y la movió hacia la nuca de Saito. Con la cabeza y la nariz incendiada Saito cayó al suelo con un fuerte golpe—. Pero eso es todo, eres rápido pero tus movimientos son los de un principiante. No puedes vencer a un mago real de esta manera.

Saito arremetió tan rápido como una bala, y realizó un nuevo ataque. Pero un paso delante de su salto Wardes esquivó fácilmente a Saito con la velocidad del viento.

—En otras palabras, eres incapaz de proteger a Louise. —Por primera vez, Wardes tomó una posición seria de combate y con una velocidad que hacía imposible que una persona normal lo siguiera lanzó un ataque a Saito. Y justo cuando el chico se había dado cuenta de lo que estaba pasando, recibió el ataque.

—*Dell yill soll la windy* —Wardes recitó el hechizo en voz baja mientras movía la varita con su mano.

Saito se había dado cuenta de que los movimientos y ataques de Wardes seguían un patrón.

—¡Compañero! ¡Malas noticias! ¡Ahí viene la magia! —gritó Derflinger cuando

se dio cuenta de que Wardes susurraba un hechizo.

¡Bam!

Repentinamente las ráfagas se fusionaron creando una fuerza invisible que golpeó a Saito con la fuerza de un martillo, enviándolo a volar a más de diez metros hacia una pila de barriles que se destrozaron al momento en que cayó sobre ellos.

En el instante en que Saito cayó sobre los barriles dejó caer su espada. Mientras intentaba recuperarla Wardes la pisó y golpeó a Saito con su varita.

—¡Quita tu pie! —gritaba Derfflinger.

Pero Wardes lo ignoró.

—¿Ya sabes quién es el vencedor y quién el ganador?

Saito intentó levantarse, pero el dolor no se lo permitió. El chico se dio cuenta en ese momento de que salía sangre de su cabeza.

Louise se acercó temerosa.

—¿Entiendes, Louise? Él no puede protegerte —dijo Wardes calmadamente.

—Acaso... ¿acaso no eres tú el comandante de los Caballeros Grifo? ¿El grupo secreto que tiene la misión de proteger a la reina? ¿No es natural que seas más fuerte?

—Es verdad, ¿pero no te diriges a Albión donde quizá tengas que pelear? Cuando estés rodeado de enemigos fuertes, ¿planeas decirles 'somos débiles, por favor, bajen sus varitas'?

Louise se calló y entonces miró preocupada a Saito. De su cabeza salía sangre fresca y Louise sacó asustada un pañuelo, pero Wardes la detuvo.

—Déjalo, Louise.

Wardes tomó las manos de Louise.

—Pero...

—Dejémoslo ahí un rato.

Indecisa, Louise se mordió los labios por un momento, y con otro apretón de Wardes se marchó.

Habiéndolo dejado atrás, Saito estaba de rodillas incapaz de moverse un poco.

—Derrota total —dijo Derfflinger bromeando.

Saito no respondió. Perder ante Louise lo ponía muy triste.

—¡Pero ese noble es muy fuerte! No te preocupes por eso, compañero. Ese tipo tiene muchas habilidades. Quizá hasta es un mago nivel cuadrado. Aun si perdiste, no es nada de qué avergonzarse.

Pero aun si eso era verdad Saito permaneció en silencio.

—Perder frente a la chica de la que estás enamorado es algo decepcionante, pero no estés tan deprimido o me harás llorar. Oye, recuerdo algo. ¿Qué es lo que era? Pasó hace tanto... ¡Oh, eso! ¡Espera!

Saito metió a Derflinger en su vaina silenciándolo en el proceso. El chico dio un pesado paso mientras se desempolvaba el pantalón.

Esa noche Saito miraba fijamente a la luna desde la ventana del balcón. Gui-che y compañía estaban bebiendo en el bar del primer piso. Mañana se dirigirían hacia Albión así que todos estaban de fiesta. Kirche lo invitó, pero se negó. A Saito no le apetecía beber en este momento.

Aparentemente, el grupo podría marcharse cuando las dos lunas se alinearan, el día en que Albión está más cerca de la tierra.

Saito miraba el cielo estrellado. En el mar de estrellas, la luna rosada se escondía tras la luna blanca y como resultado se veía una brillante luna color melocotón. Esa luna le recordó la de su tierra natal, la luna de la Tierra.

El deprimido Saito no dejó de murmurar, quería ir a casa, quería regresar a su tierra natal. Además, perder ante Wardes frente a Louise hizo a Saito sentir más nostalgia que nunca. Sin darse cuenta, había lágrimas cayendo de los ojos de Saito. Las lágrimas caían por su rostro, pasaban su barbilla y luego caían al suelo. El chico continuó llorando mientras miraba las lunas, y entonces escuchó algo detrás de él.

—Saito.

Al darse la vuelta, pudo ver a Louise de pie tras él con los brazos cruzados.

—Sólo porque perdiste no tienes que llorar, no es apropiado.

En respuesta, Saito se limpió la cara, no quería que Louise viera sus lágrimas.

—No es verdad.

—¿Qué no es verdad?

—Sólo lo hago porque tengo nostalgia. Quiero regresar a la Tierra. Quiero regresar a Japón.

Saito bajó la cabeza.

—Ya lo sé, es mi culpa.

—Me tratas como a un perro.

—No hay nada que pueda hacer para cambiarlo. Soy una noble y si no lo hago habrá rumores.

—¿Cómo puedo regresar a mi mundo? No quiero seguir viviendo en este — murmuró Saito con un tono de disgusto que salía del fondo de su corazón.

—¿Qué? Sabes, tú también eres una molestia para mí.

—Si es así, entonces ayúdame a encontrar una manera de regresar. Prométeme que encontrarás una forma de devolverme a mi mundo original.

—Cuando la misión termine me esforzaré para llevarte a tu hogar.

—¿En serio?

Louise puso sus brazos alrededor del cinturón, asintiendo con una bella expresión.

—Soy parte de la nobleza. Nunca mentiría.

—Pero, ¿y qué pasa si no encuentro una manera de volver?

El rostro de Louise se enrojeció, pero logró endurecer su corazón y respondió:

—Si eso llegara a pasar, te pediría que siguieras sirviéndome.

—¿Aun si estás casada?

—Esto no tiene nada que ver con el matrimonio.

Louise miraba fijamente a Saito.

—Vale, vale. Que una persona como tú, con una personalidad tan horrible, tenga a alguien dispuesto a casarse con ella, ese noble resulta ser un milagro. Tienes suerte —comentó Saito sarcásticamente.

Louise levantó los brazos un poco enfadada.

—¿Qué? ¿No es Kirche la que está enamorada de ti? Esa tonta se pudo enamorar de ti. Olvídalo, no importa lo que diga, ambos sois unos idiotas y sereis una hermosa pareja.

Los dos se dieron la espalda. Louise cerró los ojos, se calmó y prosiguió.

—En resumen, durante el tiempo que estés en Halkeginia eres mi familiar. Así que sin importar si me caso o no es tu deber el protegerme y lavarme la ropa, al igual que otras tareas.

Saito se dio la vuelta para ver a Louise. Bajo el pelo color melocotón los ojos verdes de Louise brillaban ferozmente. Su rostro usualmente pálido estaba afectado por la ira, así que sus labios fruncidos la hacían ver extremadamente hermosa. El corazón de Saito empezó a latir fuertemente mientras la veía. Era verdad que Louise le gritaba, pero era tan hermosa. «¿Pero esto es cierto? ¿Mi corazón sólo late porque es hermosa? Siento que no es solamente eso. No importa lo hermosa o linda que sea, cuando escuchó unas palabras tan hirientes, mi corazón no debería acelerarse». Louise tenía las manos juntas. «La Louise sonrojada. La Louise que me cuidó. Aunque es *la Zero*,

es la Louise que se enfrentó al golem de Fouquet. La Louise avergonzada, la que llora en secreto cuando la llaman Zero. Ocasionalmente Louise demuestra ser una chica con coraje, amabilidad y belleza. Pensó Saito profundamente. «Entonces, ¿por qué es así?» Finalmente entendió la razón por la que había estado mirando la luna todas las noches hasta hoy, pero nunca había pensado en casa. Pero realmente odiaba admitirlo. «¡Esto es un asco! ¿Por qué...?» Saito fue incapaz de detener ese pensamiento.

—¿Por qué no dejas que Wardes te proteja? —preguntó Saito espontáneamente.

—Increíble. ¿Todavía no has superado que perdieles contra él? —Saito permaneció en silencio—. Eres mi familiar, ¿bien? Aunque perdieles debes mantenerte fuerte. Esa expresión de derrota mancilla el nombre de La Vallière.

No era una simple derrota, era perder delante de Louise, y contra su prometido. ¿Cómo podría seguir siendo fuerte? Saito retorció los labios y golpeó enfadado la baranda del balcón.

—Vale, entiendo. Haz lo que quieras. Dejaré que Wardes me proteja —respondió Louise enojada.

—Bien, hazlo —respondió Saito maliciosamente. Eso hizo enfadar a Louise todavía más.

—Él es confiable. No hará que me preocupe. No tengo por qué decírselo a un familiar como tú, pero lo haré. Lo he decidido, me casaré con Wardes.

Louise miró a Saito, pero él permaneció callado, indiferente.

«¿Qué?», pensó Louise.

—Me casaré con Wardes —repitió Louise. Pero Saito seguía callado y no dijo nada. Mantenía su cabeza baja por el enfado.

Al principio esperaba que Saito le dijera algo para detenerla, pero no dijo nada. «¿Qué? ¡¿No eres tú el que se sube a mi cama?!», pensó Louise. Ahora estaba más enfadada, su orgullo había sido herido.

—¡Alguien como tú debería pasarse el resto de la vida mirando la luna! —gritó Louise mientras se iba.

Y justo en ese momento.

—¡Waaa! —gritó Saito. Louise se dio la vuelta y para su sorpresa, algo parecía haberse tragado la luna y no se la veía por ninguna parte.

Bajo la penumbra de la luna, apareció un gigante. Si se le observaba de cerca, la gran sombra resultaba ser un golem hecho de piedra. La persona controlando al golem era...

—¡Fouquet! —gritaron Saito y Louise al mismo tiempo. La figura que estaba sentada sobre el hombro del golem respondió alegremente.

—¡Oh! ¡Qué gran honor que os acordéis de mí!

La espada en el hombro de Saito preguntó.

—¿No deberías estar pudriéndote en la cárcel?

—Alguien tiene un buen corazón. Una belleza como yo debía estar ayudando en las guerras del mundo, así que me dejaron escapar.

Estaba oscuro así que pocas personas podían verlo, pero había una figura con una capa negra que representaba a la nobleza de pie junto a la mujer. ¿Había sido quien la había ayudado a escapar? El noble que apoyaba las acciones de Fouquet permaneció callado. Como la figura llevaba una máscara no se le podía ver claramente, pero parecía ser un hombre.

—Así que no puedes meterte en tus propios asuntos. ¿Qué haces aquí? —Saito blandía su espada con la mano izquierda.

—Estoy aquí para agradecerlos las largas vacaciones que me habéis dado, ¡Os demostraré mi agradecimiento!

Fouquet carcajeó mientras el gran golem pulverizaba la baranda del balcón de un golpe. La baranda había sido cincelada directamente en la piedra, así que parecía que el poder del golem había aumentado considerablemente.

—¡Es roca, no tierra, así que cálmate!

—¡Aquí nadie tiene la intención de calmarse!

Saito tomó a Louise de la mano y huyó, escaparon de la habitación y luego bajaron por las escaleras.

Mientras tanto, la habitación inferior se había convertido en un pandemonio. Un grupo de soldados había irrumpido con la intención de atacar a Wardes y compañía, que estaban bebiendo. Guiche, Kirche, Tabitha y Wardes usaban magia para defenderse, pero había demasiados enemigos. Parecía que cada soldado de La Rochelle había ido a atacarlos. Parecía que estaban perdiendo. Kirche partió una de las patas de la mesa y usó ésta como un escudo para defenderse contra los enemigos. Los soldados ya estaban acostumbrados a combatir contra magos. Mientras peleaban habían observado el rango y estilo de Kirche y sus aliados. Y con esta información pudieron salir del



rango de magia y atacarlos con arcos. Los soldados escondidos en la oscuridad tenían la ventaja de estar en el exterior dificultando la batalla a aquellos que estaban dentro de la habitación. Si alguien se ponía de pie para recitar un hechizo, les respondían con una torrencial lluvia de flechas.

Saito se agachó y corrió hacia la mesa-escudo de Kirche, luego les contó que Fouquet estaba atacando arriba; pero los inmensos pies del gigante ya eran visibles, así que no había necesidad de decirles nada más.

Los otros nobles e invitados se encontraban temblando de miedo bajo el mostrador.

—¿Pero qué le estáis haciendo a mi negocio?! —gritó el gordo dueño del hotel a los soldados.

Pero una flecha impactó en su hombro y lo mandó al suelo.

—Esto se ha complicado. —Al escuchar las palabras de Wardes, Kirche asintió.

—Parece que no están interesados en un simple robo.

—Quizá Fouquet y los nobles de Albión estén tras esto.

Kirche levantó su varita.

—Esos tipos planean que usemos nuestra magia y nos cansemos y luego vendrán a atacarnos —murmuró—. ¿Qué podemos hacer?

—Mis valquirias nos protegerán.

—Guiche, tus valquirias son un pequeño grupo, estos son mercenarios experimentados.

—Si no lo intentamos, no lo sabremos.

—Pero Guiche, si se trata de combate yo tengo mucha más experiencia que tú.

—Pero soy el hijo del General de Gramont, ¿cómo podría perder ante una banda de soldados idiotas? —dijo Guiche.

—Esto es intolerable. Los nobles de Tristain son sólo fuertes de palabra, pero cuando se trata de capacidades de combate, son débiles.

Guiche se levantó, preparándose para recitar un hechizo, pero Wardes lo detuvo tirando de la camisa del joven noble.

—Escuchad todos atentamente —susurró Wardes. Saito y los demás se callaron y escucharon—. Esta misión cuenta como exitosa si la mitad del grupo llega a salvo al destino.

En este momento, la hermosa Tabitha cerró su libro y miró en dirección

a Wardes. La chica usó su varita para señalarse a ella misma, a Kirche y a Guiche.

—Carnada —Luego continuó y señaló a Saito, Wardes y Louise y pronunció una serie de palabras—. Id al muelle.

—¿Cuándo? —preguntó Wardes a la chica.

—Lo llevaremos a cabo en este momento.

—Iremos por la puerta trasera como lo habíamos planeado.

—¿Ah? ¡Ah! —gritaron Louise y Saito sorprendidos.

—Ellos serán los responsables de contener la situación. Debemos confundirlos. Hay que aprovechar ese momento para escapar hacia el muelle. Así de simple.

—Pero, pero...

Saito miró a Kirche. La chica se pasó las manos por el pelo rojo y frunció la boca:

—Bah, no hay nada que hacer. Además, en realidad no queríamos ir con vosotros a Albión.

Guiche olió su rosa.

—Je, puede que muera aquí. ¿Y entonces qué pasaría? Si muero aquí no podré volver a ver a la princesa Henrietta.

Tabitha asintió mirando a Saito.

—¡Id!

—Pero...

Kirche empezó a empujar a Saito.

—Bien, hora de irse. Cuando vuelvas dejaré que me beses.

Y entonces se dirigió a Louise:

—Ah, Louise, por favor, no malinterpretes esto, no estoy aquí para ser tu carnada.

—¡Ya sé! ¡Ya sé! —Pero aun habiendo dicho eso, Louise mantenía baja la cabeza en señal de respeto por Kirche y los demás.

Saito, Louise y Wardes se agacharon y empezaron a correr. Las flechas volaban en su dirección, pero con un movimiento de la varita de Tabitha, un fuerte viento los protegió del ataque.

El grupo salió del bar en dirección a la cocina y de ahí a la puerta trasera. De repente hubo una gran explosión tras ellos.

—Parece que ya ha empezado... —dijo Louise.

Wardes estaba agachado cerca de la puerta, escuchando lo que sucedía afuera.

—Parece que no hay nadie.

Al abrir la puerta los tres saltaron hacia las calles nocturnas de La Rochelle.

—El muelle está por aquí.

Wardes guiaba, Louise le seguía y Saito iba el último.

Bajo la luz de la luna la sombra del trío se extendía y los seguía de cerca.

Capítulo 6

El País Blanco

Kirche se aseguró de que Saito y compañía habían huido para dar órdenes a Guiche.

—Bien, es hora de empezar. Guiche, en la cocina hay una olla llena de aceite, ¿no es así?

—¿Te refieres a esas?

—Sí, tráelas con tus Valquirias.

—No hay problema. —Guiche se escondió tras una mesa agitando su rosa, es decir, su varita.

Los pétalos cayeron lentamente al suelo, y las guerreras de bronce surgieron de allí. Los golems aparecían uno tras otro y se dirigían hacia la cocina. Los soldados apuntaban y lanzaban flechas a las estatuas de Guiche. Las puntas metálicas de las flechas se hundían en el suave cobre, haciendo tambalear a las estatuas. Guiche rio mientras las estatuas llegaban finalmente a la cocina que estaba detrás del mostrador y levantaban la olla.

—¿Puedes hacer que la lancen hacia la entrada? —dijo Kirche mientras miraba un espejo y se aplicaba maquillaje.

—¿Te estás maquillando precisamente en este momento? —dijo Guiche con una expresión de sorpresa, pero aun así ordenó a sus estatuas que lanzaran la olla en la entrada, como le habían ordenado.

Kirche blandió su varita y se puso de pie.

—Lo hago porque la obra está a punto de empezar y si la actriz principal no tiene maquillaje... —agitó la varita en dirección al aceite que ahora estaba rociado en el aire—. ¿No sería una vergüenza?

La magia de Kirche encendió el aceite, las llamas se extendieron por todo el lugar con un estruendo. En un instante, el grupo de mercenarios que hace un momento estaba determinado a vencer se retiraban por el repentino incendio. Kirche agitó su varita una vez más y recitó un hechizo seductoramente. Las llamas ardían con aún más fuerza y se propagaban en dirección a los mercenarios de la entrada, envolviéndolos y haciendo que rodaran doloridos por el suelo. Kirche seguía de pie y movió delicadamente su cabello antes de levantar su varita. Aunque todas las flechas volaban hacia ella, la magia de viento de Tabitha las desviaba de su trayectoria.

—Queridos mercenarios sin nombre, aunque no tengo ni idea de por qué nos

estáis atacando —Kirche sonrió e hizo una reverencia con la cabeza bajo la lluvia de flechas—, por favor, permitid que yo, Kirche, *la Ardiente*, ¡sea vuestra oponente!

Sentada sobre el hombro del gigantesco golem de tierra, Fouquet se mordía disgustada el labio. El grupo al que había ordenado atacar, retrocedía confundido tras ser rodeado por las llamas. Fouquet se dirigió al noble de la capucha y la máscara que estaba sentado tras ella.

—Dios, montar este alboroto por ese pequeño incendio. Las manos contratas no son confiables.

—De todas maneras es suficiente.

—¡Pero así no los puedes vencer!

—No importa si no pueden vencerlos, todo lo que tenían que hacer era separarlos.

—Aun si dices eso no permitiré que esto continúe. Me han humillado gracias a ellos.

El hombre encapuchado no respondió. En vez de eso, se levantó como si no hubiera escuchado nada.

—Bien, entonces voy tras la chica Vallière —dijo a Fouquet.

—¿Y entonces qué voy a hacer yo? —respondió sorprendida Fouquet.

—Lo que te dé la gana. Quema o cocina al resto, lo que quieras. Nos encontraremos en el restaurante de siempre. —El hombre saltó del hombro del golem desapareciendo en la oscuridad como un viento de medianoche suave y escalofriante.

—Aah... qué tipo tan relajado. No sé qué es lo que está pensando —dijo Fouquet disgustada.

Se escuchaban los gemidos de los hombres en la primera planta. Fuertes ráfagas salían del interior extendiéndose y arremolinando las violentas llamas. Hasta los arqueros escondidos en la oscuridad sentían el calor.

—¡Maldición! ¡Ya es suficiente! ¡Sois unos inútiles! ¡Apartaos de mi camino! —gritó Fouquet mirando abajo.

El golem se levantó con un estruendo y se movió en dirección a la entrada lanzando puñetazos mientras avanzaba.

Kirche y Tabitha controlaban las llamas del salón atormentando enérgicamente a los mercenarios en el exterior. El grupo de arqueros también había huido del incendio avivado por el viento de Tabitha, abandonando sus arcos.

—¡Jo, jo, jo, jo, jo, jo, jo, jo, jo, jo! ¡Jo, jo, jo! ¡Jo, jo, jo, jo, jo, jo! —reía Kirche victoriosa—. ¿Lo habéis visto? ¿Lo entendéis ahora? ¡El poder de mis llamas! ¡Si no queréis salir chamuscados es mejor que corráis a casa! ¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Bien, ahora es mi turno!

Tras hacer una impetuosa aparición, Guiche apuntó hacia los enemigos que se retiraban de las llamas preparado para lanzar su *hechizo de alergia*. Y entonces, con un ruido ensordecedor, la entrada y su alrededor desapareció.

—¿Eh?

Un gigantesco golem emergió del polvo y pateó fácilmente las estatuas de Guiche.

—Oh, me olvidaba. La señorita difícil sigue aquí —dijo Kirche en voz baja sacando la lengua.

—¡No seais tan arrogantes, chavales! ¡Acabaré con vosotros! —gritó enfadada Fouquet de pie sobre el hombro del golem.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Kirche a Tabitha. Ésta extendió ambas manos y ladeó la cabeza.

Guiche miró al enorme golem y se hundió en un ferviente pánico, gritando:

—¡Chicas! ¡Atacad! ¡Os digo que atacuéis! ¡Ahora es el momento de que vean el espíritu de la nobleza de Tristain! ¡Mírame padre! ¡Guiche será un hombre! —gritó.

Tabitha lo golpeó con su bastón, enviándolo a volar.

—¡¿Qué crees que haces?! ¡Déjame ser un hombre! ¡En el nombre de Su Majestad la Princesa deja que mi rosa se marchite aquí!

—Bien, debemos irnos.

—¡No! ¡No huiré!

—¿Sabes? Eres la típica persona que muere el primero en una batalla.

Tabitha observó al golem que se acercaba y de repente pareció ocurrírsele algo. Tiró de la manga de Guiche.

—¿Qué?

—Rosa —Tabitha señaló la falsa rosa de Guiche, agitando la mano en el proceso—. Muchos pétalos.

—¡¿Qué piensas hacer con todos esos pétalos?! —gritó Guiche. Kirche le tiró

de la oreja.

—¡Haz lo que Tabitha te dice!

Guiche agitó su rosa molesto, enviando a volar por el aire una gran cantidad de pétalos. Tabitha recitó un hechizo y bajo la dirección de su ráfaga los pétalos se pegaron al golem.

—¡¿Y qué crees que le hará pegarle los pétalos por todas partes?! ¡Sólo lo embellece! —gritó Guiche.

—Alquimia —le ordenó Tabitha concisamente a Guiche.

En el hombro del golem Fouquet veía a su creación llena de pétalos por todas partes y se quejó molesta.

—¿Qué es esto? ¿Un regalo? ¡No os pienso dejar escapar! ¡No importa que adornéis mi golem con pétalos!

El golem levantó un puño, y destruyó de un golpe la mesa que escudaba a Kirche, Tabitha y Guiche. En ese momento los pétalos se convirtieron en líquido. El olor a aceite llegó hasta ella. Como maestra del elemento Tierra, Fouquet reconoció instantáneamente la razón de ello: un hechizo conocido como *alquimia*.

Habían usado la alquimia para convertir los pétalos en aceite. Ya era muy tarde para notar que había algo raro. La bola de fuego de Kirche ya estaba volando en dirección al golem. En un instante, el gran golem quedó cubierto de fuego. Incapaz de soportar por más tiempo el calor de las llamas el golem cayó de rodillas. Los mercenarios huyeron como arañas al ver a su líder perder su posición. Kirche, Tabitha y Guiche se agarraron las manos de la alegría.

—¡Lo hicimos! ¡Ganamos!

—¡G-gané con la Alquimia! ¡Padre! ¡Su Majestad! ¡Guiche ha triunfado!

—¡Ha sido gracias al plan de Tabitha! —Kirche golpeó en la cabeza a Guiche.

Una repugnante Fouquet permanecía de pie delante del golem quemado.

—¿C-cómo os atrevéis? Vencerme dos veces a mí, Fouquet, con magia de tierra.

Daba lástima. Con su hermoso cabello largo chamuscado, su ropa llena de agujeros por todas partes y su rostro requemado, toda su belleza la había abandonado.

—Ajá, con ese maquillaje estás monísima. ¡Ya sabe, señora! ¡Ese tipo de maquillaje le queda estupendo! Pero qué digo ¡Estás muy vieja ya!

Cuando Kirche terminó agitó su varita hacia Fouquet. Sin embargo, parecía haber agotado toda su energía con todos los hechizos que había utilizado en la batalla. Una llama pequeña y débil salió y desapareció en un instante.

—¿Eh? ¿Eso es todo? —Kirche se rascó la cabeza.

Tabitha y Guiche parecían estar pasando por lo mismo. Pero Fouquet no. No recitó ningún hechizo, simplemente avanzó hacia ellos.

—¿Me has dicho vieja?! ¡Sólo tengo 23! —Fouquet apretó los puños y golpeó a Kirche, quien devolvió el golpe sin dudar.

Y así, ambas pelearon como si no hubiera mañana. Tabitha se sentó y, sin absolutamente ningún interés en la pelea que ocurría ante ella, empezó a leer.

Guiche observó a las dos hermosas mujeres pelear, ligeramente sonrojado. Parecía indiferente al hecho que su ropa estuviera hecha un desastre.

Observando desde lejos, los mercenarios empezaron a apostar en la pelea.

Mientras Kirche y Fouquet se golpeaban Saito y compañía corrían hacia el muelle. Su camino era iluminado por la brillante luna. Wardes se dirigió hacia las largas escaleras de cierto edificio y empezó a subir por ellas.

—¿No nos dirigíamos a un muelle? ¿Por qué subimos por una colina? —preguntó Saito. Wardes no respondió.

Después de subir las largas escaleras llegaron a la cima de la colina. Al ver lo que estaba frente a él, Saito dejó salir un sonido de sorpresa. Era un gran árbol con ramas en todas las direcciones. Tenía el tamaño de una montaña. ¿Cuán alto era? La oscuridad de la noche ocultaba la parte superior, pero parecía tener una altura considerable. Saito observaba el árbol como si fuera la Torre de Tokio.

Y entonces, al mirar de cerca entre las ramas, el árbol parecía estar sosteniendo algo aún más grande. «¿Una gran fruta?» Estaba equivocado. Era un barco. Parecía un zepelín atrapado entre las ramas.

—¿Este es el muelle? ¿Y ese es el barco? —preguntó Saito sorprendido.

—Sí ¿en tu mundo no son así? —preguntó Louise sorprendida.

—En mi mundo, los muelles y barcos están en el agua.

—Si hay barcos que zarpan en el agua, hay barcos que lo hacen en el aire —dijo Louise como si fuera obvio.

Wardes corrió hacia las raíces del árbol que eran tan grandes y espaciosas como el vestíbulo de un rascacielos. Probablemente excavaron el interior de un árbol muerto para hacer esto. Era de noche, así que no podían ver a nadie. En cada escalera había paneles metálicos con algo escrito sobre ellos. «Quizá sean señales de la esta-

ción o algo así» pensó Saito.

Wardes empezó a subir por las escaleras frente a él. Un tramo de escaleras de maderas estaba conectado al siguiente. Para dar apoyo, había andamiajes, pero aun así las escaleras se veían bastante peligrosas. Se podía ver las luces de La Rochelle a través de los espacios entre cada escalera.

En un descanso que se tomaron a medio camino, Saito escuchó pasos tras ellos. Se dio la vuelta y una sombra saltó, voló sobre él y aterrizó detrás de Louise. Era el hombre enmascarado que estaba sobre el golem de Fouquet.

—¡Louise! —gritó Saito a la par que sacaba la espada.

Louise se dio la vuelta y el hombre la cogió en un segundo.

—¡Aaaah! —gritó Louise. Saito levantó su espada. «Pero si lo ataco así como así lastimaré a Louise».

El hombre cargó a Louise y saltó como un acróbata, su cuerpo se movía como él lo deseaba. Saito seguía de pie. Tras él, Wardes agitaba su varita. El hombre enmascarado, igual que le había pasado a Saito hace un tiempo, había salido volando al ser golpeado por el *martillo de aire* de Wardes y había soltado a Louise. El hombre se agarró de un soporte, pero Louise caía hacia el suelo. En un instante Wardes saltó de la plataforma y se lanzó hacia Louise como un ave de presa. La atrapó y flotó en el aire mientras la llevaba en sus brazos.

El hombre enmascarado se dio la vuelta y saltó de la plataforma, cayendo frente a Saito. Su complexión no era muy diferente a la de Wardes. Sacó una varita negra de su cintura. Después de asegurarse de que Louise estaba a salvo, Saito se puso en guardia recordando su pelea contra Wardes. Mover la espada de un lado al otro era demasiado peligroso ya que no sabía qué tipo de magia utilizaría su oponente. El hombre agitó la varita y el aire sobre él empezó a enfriarse. El aire helado irritaba la piel de Saito. «¿Qué está haciendo?» El hombre siguió recitando su hechizo. Saito alzó la espada.

—¡Ponte en guardia, compañero! —gritó Derflinger

Mientras Saito se ponía en guardia, el aire se estremeció. Se oyó un estruendo y los relámpagos que salieron del hombre golpearon a Saito directamente.

—¡Nube de tormenta! —gritó Derflinger, entendiendo ahora qué hechizo era.

Una poderosa descarga atravesó el cuerpo de Saito y lo hizo caer de la plataforma.

—¡Gaaaaaaah! —gritó Saito en agonía.

Su muñeca izquierda se sentía como si la hubieran calcinado. La corriente eléctrica había dejado un rastro en su ropa quemada y su muñeca izquierda le dolía

como si estuviera tocando un metal al rojo vivo. Saito se desmayó del dolor y el miedo.

Mientras sostenía a Louise, Wardes recitó el hechizo de volar por lo que Saito aterrizó a salvo sobre el suelo.

—¡Saito! —gritó Louise, observando la caída de su familiar.

Wardes se mordió el labio, se dio la vuelta para enfrentar al hombre enmascarado y agitó su varita. Era el *martillo de aire*. El aire a su alrededor se solidificó convirtiéndose en bloques invisibles y golpearon al hombre de la máscara. El hombre cayó de la plataforma en dirección al suelo.

Louise logró librarse de los brazos de Wardes y corrió hacia Saito. La herida provocada por la corriente eléctrica seguía causando dolor a la mano izquierda de Saito, exactamente donde sostenía su espada. La herida iba desde la manga y subía hasta su codo. Louise, desesperada, puso la oreja sobre su pecho. Su corazón estaba latiendo. Louise dejó salir un suspiro de alivio. Saito había soportado una descarga fortísima, pero había sobrevivido y ahora gemía del dolor.

Saito abrió sus ojos y se incorporó dolorido.

—Q-qué... ese tipo... pero, me duele... ¡gah!

—Eso fue *nube de tormenta*. Un hechizo de viento extremadamente fuerte —dijo preocupado Derflinger—. Ese tipo parece ser un experto.

—¡Ah! ¡Ugh! —El rostro de Saito se retorció de dolor.

Wardes hizo una observación de la condición de Saito.

—Pero tuvo suerte de haber sobrevivido con sólo una herida en la muñeca. Este hechizo suele ser mortal. Mm, parece que tu espada neutralizó parte de la corriente eléctrica, pero no estoy seguro de la razón. ¿La espada no está hecha de metal?

—No tengo ni idea, lo he olvidado —respondió Derflinger.

—Una espada inteligente, ¿eh? Qué peculiar.

Saito se mordió el labio con fuerza. Su herida le dolía, pero el hecho de que no pudo hacer nada para salvar a Louise le dolía todavía más. Además, había dejado que Wardes le robara el espectáculo. No podía permitir que Louise lo siguiera viendo en estas condiciones por más tiempo. Apenas logró levantarse y envainar a Derflinger.

—Vamos. E-esto no tiene importancia.

Detrás del último tramo de escaleras había una rama y sobre esa rama había un barco. Estaba atracado ahí como si nada. Tenía más bien forma de yate y para ha-

cerlo volar tenía alas a los lados. Del barco colgaban un gran número de cuerdas, todas atadas a las ramas. La rama sobre la que se encontraban se extendía hasta la cubierta del barco.

Subieron a bordo y un marinero, que estaba dormido sobre la cubierta, se sobresaltó.

—¡Eh! ¡Ustedes! ¡¿Qué creen que hacen?!

—¿Dónde está el capitán?

—Está durmiendo. Vuelvan por la mañana —respondió el hombre de forma indiferente y medio borracho, y siguió bebiendo de su botella de ron.

Wardes no dijo nada y sacó su varita.

—¿Quieres que un noble repita lo que acaba de decir? ¡Te he dicho que busques al capitán!

—¡U-un noble!! —El marinero se levantó inmediatamente y corrió hacia los aposentos del capitán. Después de un rato trajo de vuelta a un hombre de unos cincuenta y tantos años con un sombrero que parecía ser el capitán.

—¿Qué quieres? —El capitán miró con desconfianza a Wardes.

—Soy el líder de la Guardia Mágica de Su Majestad, el Capitán Wardes.

Los ojos del capitán se desorbitaron y sus palabras tomaron un tono más formal tras enterarse de la identidad de un noble de tan alto nivel.

—Oh, eh, entonces, ¿qué servicios desea que esta nave provea para vos?

—Llévanos a Albión. Ahora.

—¡Tonterías!

—Estas son las órdenes de Su Majestad. ¿Vas a ir en contra de la Corte Real?

—¡No sé qué piensa hacer en Albión, pero no podemos partir hasta mañana!

—¿Por qué?

—¡Porque Albion estará más cerca de Tristain por la mañana! ¡No tenemos suficiente rocas de viento para llegar allí ahora!

—¿Rocas de viento? —preguntó Saito.

El capitán lo miró como preguntándole por qué no sabía algo tan obvio y respondió.

—Son rocas que guardan magia de viento. Este barco no podría volar sin ellas—. Entonces se dirigió a Wardes—. Su Alteza, esta nave sólo tiene suficientes rocas de viento guardadas para navegar la distancia más corta hacia Albión. Si tuviéramos más podríamos haber partido antes. Así que por ahora no podemos partir. Nos caeremos a medio camino.

—Yo repondré lo que te haga falta en rocas de viento. Soy un mago de viento de nivel cuadrado.

El capitán y sus marineros se miraron entre ellos, y entonces el capitán miró a Wardes y asintió.

—Entonces no hay problema. Aunque tendrán que pagar.

—¿Qué llevan de mercancía?

—Azufre, ahora mismo vale su peso en oro. Los nobles han aumentado el precio desesperados por su seguridad. Al tener esto, es obligatorio tener también pólvora y elementos de fuego.

—Véndeme todo a ese precio.

El capitán asintió con una sonrisa retorcida. Con el trato cerrado, el capitán dio una orden tras otra:

—¡A partir! ¡Suelten las anclas! ¡Hay que zarpar!

Los marineros siguieron las órdenes mientras se quejaban en voz baja. Quitaron rápidamente las cuerdas de las ramas subiendo hasta las cuerdas de seguridad a ambos lados y soltaron las anclas.

Sin los amarres el barco se hundió de repente y entonces flotó nuevamente con el poder de las rocas de viento.

—¿Cuándo llegaremos a Albión? —preguntó Wardes.

—Llegaremos al Puerto Scarborough mañana al mediodía —respondió el capitán.

Saito miró al suelo desde babor. El ‘muelle’ se podía ver entre las ramas del gigantesco árbol. Las luces de La Rochelle pronto desaparecieron en la oscuridad. Parecía que navegaban muy rápido.

Louise se acercó a Saito y puso una mano sobre su hombro.

—Saito, ¿estás bien? —preguntó, mirándolo con preocupación.

—No me toques —Saito alejó su mano y el rostro de Louise enrojeció.

—¡¿Qué?! ¡Y eso que estaba preocupada por ti!

Louise estaba enfadada al ver que Saito ni siquiera la miraba. «Y estaba tan preocupada por ti. ¿A qué viene esta actitud?» pensó.

Saito estaba deprimido. No pudo hacer nada cuando Louise estuvo a punto de ser secuestrada por el hombre de la máscara blanca. No podía mostrarle la cara. Entonces recordó lo que Wardes le había dicho hace unos días. ‘En otras palabras, eres incapaz de proteger a Louise’. «¿Acaso no es verdad?». Saito se hundió en sus pensamientos.

Wardes se acercó a ellos.

—Por lo que he escuchado del capitán, el ejército real de Albión fue completamente rodeado cerca de Newcastle y están luchando en una batalla desigual.

Louise preguntó claramente asustada:

—¿Y qué pasa con el príncipe Wales?

Wardes negó con la cabeza.

—No estoy seguro. Parece que está vivo.

—Espera, ¿el muelle no está en manos de los rebeldes?

—Sí.

—¿Entonces cómo podremos contactar con la Familia Real?

—Tendremos que forzar nuestra salida y después sólo toma un día a caballo desde Scarborough hasta Newcastle.

—¿Lucharemos contra los rebeldes?

—Así es, es la única opción que tenemos. Tengo entendido que no pueden atacar abiertamente a la nobleza tristainiana. Tendremos que encontrar una oportunidad de escapar cuando nos rodeen y huir directamente hacia Newcastle. Entonces sólo tendremos que cabalgar en la oscuridad.

Louise asintió ansiosamente y preguntó.

—Hablando de eso. Wardes, ¿dónde está tu grifo?

Wardes sonrió. Se inclinó hacia babor y silbó. Desde debajo del barco salió el sonido de las alas del grifo que aterrizó en la cubierta asustando a algunos marineros.

—¿No podemos llegar a Albión sobre el grifo en vez de subirnos al barco? —preguntó Saito.

—No es un dragón, no puede volar tanto —respondió Louise.

Saito se sentó cerca del mástil y cerró los ojos. «Parece que pronto estaremos en peligro. Oh, qué más da. Me iré a dormir» pensó. Con la conversación entre Louise y Wardes haciendo las veces de canción de cuna Saito se durmió.

Saito despertó gracias a los sonidos de los marineros, a la cegadora luz y a un brillante cielo azul delante de él. Al mirar debajo del barco pudo ver varias nubes. El barco flotaba sobre ellas.

—¡Albión a la vista! —exclamó el vigía.

Saito se restregó los somnolientos ojos y miró hacia abajo nuevamente. Todo



lo que veía eran nubes. No veía tierra por ninguna parte.

Louise, que había dormido a su lado se levantó.

—No veo tierra por ningún lado —dijo Saito.

—Mira allí. —Louise señaló hacia el cielo.

—¿Eh? —Saito dirigió la mirada hacia donde ella apuntaba e hizo un gesto de sorpresa.

Había una gran... bueno, nada más que una gran vista ante sus ojos. Entre las nubes podía ver una tierra oscura que se expandía sin fin por encima de ellos. Montañas se dibujaban en el paisaje y ríos fluían.

—¿Te ha asustado? —preguntó Louise.

—Ah... es... que nunca había visto algo como esto. —Saito permanecía boquiabierto mientras observaba atónito.

—Albión, la isla flotante. Flota en el aire, usualmente sobre océanos. Sin embargo, pasa sobre el continente Halkeginiano unas cuantas veces cada mes. Tiene casi el tamaño de Tristainia y lo llaman El País Blanco.

—¿Por qué ese apodo?

Louise señaló la isla.

—El agua que fluye en los ríos cae al vacío y crea una niebla blanca, cubriendo la parte inferior de la isla. La niebla se convierte en nubes y éstas son las responsables de las lluvias en Halkeginia —explicó Louise.

El vigía gritó nuevamente.

—¡Se acerca otra nave a estribor!

Saito miró en esa dirección. Como había dicho, había un barco acercándose y era mucho más grande que el de ellos. Tenía cañones asomándose de unos agujeros a babor.

—Ah... hasta tienen cañones —dijo Saito en voz alta.

Louise frunció el ceño.

—Esto no tiene buena pinta. ¿Es una nave rebelde o noble?

En la cubierta, Wardes y el capitán miraban en la dirección que el vigía señalaba. La pintura negra señalaba que el barco era utilizado para la guerra. Más de veinte cañones les apuntaban.

—¿Nobleza albigioniana? Pregúntales si también llevan mercancía.

El vigía movió las banderas señalizadores con el mensaje que el capitán había ordenado, pero el barco negro no respondió.

El contramaestre entró corriendo con el rostro pálido y reportó al capitán.

—Ese barco no tiene banderas de ninguna nacionalidad.

—Entonces, ¿son piratas?

—¡Así es! Oí que se habían vuelto muy activos desde que la rebelión empezó.

—¡Hay que huir! ¡A toda marcha! —El capitán quería escapar de ellos lo más rápido posible, pero ya era muy tarde. El barco negro iba paralelo a ellos y disparó una vez directamente frente a ellos.

¡Bang!

La bala del cañón desapareció entre las nubes. El mástil del barco negro mostró una señal de cuatro colores.

—Nos ordenan que nos detengamos, capitán.

El capitán se estremeció mientras ponderaba su decisión. Este barco no estaba completamente desarmado, pero sólo tenían tres cañones móviles en la cubierta, los cuales no servían más que de adorno cuando se enfrentaban a todo un muro con veinte cañones apuntándoles. El capitán miró a Wardes, pidiendo ayuda.

—He usado toda mi magia en el barco. Ahora sólo podemos hacer lo que nos piden —respondió Wardes calmadamente.

—Ahí va mi fortuna —dijo el capitán y dio la orden—. Bajen las anclas. Detengan el barco.

Al ver que el barco negro disparó se acercó a ellos. Ahora que su barco se había detenido Louise se acercó a Saito, quien sólo miraba con desconfianza al barco negro.

—¡Somos piratas! ¡No os resistáis! —gritó un hombre a bordo del barco negro con un cuerno.

—¿Piratas?

Louise estaba sorprendida. En el borde del barco enemigo había hombres aliñados con arcos y rifles. Apuntaron y dispararon cuerdas con ganchos asegurando el estribor del barco. Otros hombres (cerca de diez) llevaban hachas y sables curvos y se deslizaron por las cuerdas hacia el barco.

Saito sostenía su espada, pero su muñeca todavía le dolía por la batalla de la

noche anterior así que no podía usar toda su fuerza.

—Saito... —dijo Louise en voz baja.

Saito la había escuchado e intentaba sostener con más fuerza la espada. Las marcas en la parte trasera de su mano izquierda brillaban. Sin embargo, Wardes, que de alguna forma apareció tras él, puso la mano sobre su hombro.

—No son sólo unos salvajes armados, Saito. Tienen muchos cañones apuntándonos. Si quieres permanecer vivo en el campo de batalla, debes comparar acertadamente su fuerza con la tuya. Es posible que tengan magos de su lado.

El grifo de Wardes, que había estado hasta ese momento en la cubierta, también tenía miedo de los piratas, así que rugía. Lo habían cubierto de un humo color blanco azulado y cayó en un sueño profundo sobre la cubierta.

—Un hechizo de sueño. Así que sí tienen magos.

Después de emitir la orden, los piratas aterrizaron en el barco. Uno de ellos estaba vestido elegantemente. Llevaba una camisa que parecía ser blanca, pero ahora estaba negra por el sudor y el lubricante. Se podían ver sus fuertes y bronceados pectorales a través de las aberturas y un parche le cubría el ojo izquierdo. Este hombre parecía ser el líder de los piratas.

—¿Dónde está el capitán? —preguntó en un tono hostil, mientras miraba alrededor.

—Soy yo. —El capitán levantó su temblorosa mano mientras intentaba mantener la compostura.

El líder llegó hasta él dando largos pasos, sacó su sable y lo acercó al rostro del capitán.

—¿Cuál es el nombre de este barco y qué lleva?

—Es el Marie Grande de Tristain. Llevamos azufre.

Un sonido de sorpresa salió de la boca de los piratas. El líder rio, tomó el sombrero del capitán y se lo puso en la cabeza.

—¡Compraré todo en este barco y el precio son sus vidas!

El capitán embalsamaba aterrorizado. Entonces, el líder notó a Louise y a Wardes de pie en la cubierta.

—¡Jo, jo, jo! ¡Tenemos unos nobles de invitados! —El líder se acercó a Louise y le levantó la barbilla con su mano—. Tenemos una belleza aquí, ¿te gustaría ser quien nos lave los platos? —El hombre rio bruscamente.

Louise le pegó en la mano y lo miró como si estuviera a punto de explotar.

—¡Suéltame! ¡Degenerado!

—¡Oh! ¡Nos ha llamado degenerados! ¡Tengo tanto miedo! —rio fuertemente el hombre. Saito quería sacar su espada, pero Wardes lo detuvo susurrando.

—Oye, familiar. Parece que no te puedes quedar quieto.

—P-pero Louise...

—¿Qué sentido tendría armar un alboroto ahora? Sus cañones y flechas convertirán a Louise, a ti y al resto en picadillo.

Saito estaba asombrado.

—¿No te importa ni un poco la seguridad de Louise?

Saito se hundió aún más en la desesperación y el remordimiento. «Soy un inútil, ni siquiera puedo estar a la par de este tipo. Louise estará mejor casándose con él» pensó.

—Bien, chicos, lleváoslos. ¡Podremos pedir un gran rescate por estos!

Capítulo 7

El príncipe de un país agonizante

Saito fue raptado y hecho prisionero por los piratas. Parecía que la tripulación de la Marie Grandeles había ayudado a abordar el barco. Tanto la espada de Saito como las varitas de Wardes y Louise fueron sustraídas, por lo que sus manos y pies no estaban atados. Al igual que Saito sin un arma a mano, un mago sin varita es del todo inofensivo. Pero no se podía decir lo mismo de Louise. En la parte trasera, se podían ver barriles de vino, sacos de cereales y toneles de pólvora tirados de manera desordenada. Las pesadas balas de cañón estaban apiladas en una esquina del cuarto. Wardes observaba el cargamento con gran interés.

Saito se sentó en una esquina con el ceño fruncido, todo debido al dolor que le producía la herida de su brazo. Louise le miró con preocupación tras ver a Saito en ese estado.

—¿Qué...? Como pensaba, después de todo, la herida te duele.

—No es nada. —dijo Saito irritado.

—¿Que no es nada? ¡Enséñamelo! —Louise agarró con fuerza el brazo de Saito y le subió la manga.

—¡Ay!

Tenía un aspecto espantoso. El hechizo eléctrico del hombre enmascarado le había infligido una grave herida que iba desde el hombro hasta la muñeca del brazo izquierdo. Parecía ponerse peor por momentos, su hombro estaba sufriendo terribles sacudidas.

—¿¡Con que no es una quemadura tan horrible!? ¿¡Debería sentirme aliviada!?—gritó Louise. Se levantó y comenzó a golpear la puerta—, ¡Alguien! ¡Que venga alguien!

El guardia se levantó.

—¿Eh?

—¡Agua! ¿Hay algún mago? ¡Necesitamos un mago de agua! ¡Hay un hombre herido! ¡Necesita una cura urgente!

—No hay nadie así por aquí.

—¡Mientes! ¡Claro que lo hay!

Wardes, sorprendido por la escena, miraba a Louise con cara de asombro. Saito agarró el hombro de Louise.

—Se obediente. Aquí eres tú la prisionera.

—¡No! ¡No lo haré! ¡Estás herido!

—¡Deja de decir eso! —Gritó Saito. Louise se encogió ante su actitud amenazante y sus ojos comenzaron a humedecerse. Sin embargo, ella tragó saliva e intentó evitar la salida inminente de las lágrimas.

—No-no llores...

—No estoy llorando. ¡Ningún maestro lloraría con su familiar delante!

Saito apartó la mirada.

—Ya veo.

—Nunca lloraría frente a ti.

Louise caminó hacia la otra pared y se sentó apartando su mirada de la de Saito, mientras temblaba. Saito se dirigió a Wardes y le tocó el hombro.

—Consuélala, por favor.

—¿Por qué?

—¿No eres su prometido?

Wardes asintió y se puso tras Louise abrazando sus hombros con cariño. Saito se tiró al suelo apartando la mirada de Wardes y Louise. El dolor de su brazo continuaba empeorando. La culpa era suya por no dejar que Louise le ayudase. «Es un castigo adecuado para un ser insignificante como yo».

—Mi castigo tampoco es tan doloroso. ¡Argh!

Sus murmullos fueron interrumpidos cuando se abrió la puerta. Un hombre gordo entró con un plato de sopa en sus manos.

—Arroz.

Saito, que estaba cerca de la puerta, intentó cogerlo pero el hombre levantó el plato inmediatamente.

—Sólo si contestáis a unas cuantas preguntas.

Louise, cuyos ojos parecían hinchados, se levantó.

—Pregunta.

—¿Qué os trae por Albion?

—Turismo. —Dijo Louise con decisión, poniendo su mano en la cintura.

—¿Por qué viajaría una noble de Tristain a Albion? ¿Qué tipo de turismo haríais en un lugar así?

—No tengo por qué decírtelo.

—¿Todavía te haces la dura a pesar de estar temblando y a lágrima viva?

Louise ocultó su cara cuando el pirata empezó a reírse. Se hizo con un plato con sopa y agua para tirárselo, pero Saito se lo arrebató.

—¡Ey!

—¡No puedo comer una sopa hecha por gente de tan mala calaña!

Louise se giró de nuevo.

—No es saludable estar sin comer.

Cuando Wardes dijo esto Louise cogió el plato de sopa haciendo pucheros. Los tres comieron sopa del mismo plato, aunque en circunstancias normales esto no habría pasado.

Wardes se apoyó contra la pared con una expresión de cansancio en su rostro. Louise desgarró una manga de su camisa y la remojó en agua, tratando de refrescar la herida de Saito.

—Está bien.

—¡No! ¡No lo está! —Louise miró a Saito con los ojos hinchados. —¡Porque tú eres mi familiar y tienes que hacer caso de lo que te diga!

Saito apartó su cara. Louise, que estaba tratando su brazo con delicadeza, alzó la vista hacia él.

—¿Qué ocurre?

—Tienes cosas más importantes de las que preocuparte.

—Puede que así sea, ¡pero una herida es igual de importante! ¡¿Está claro?!

Saito seguía sin dirigirle la mirada hasta que se dio cuenta de los barriles de pólvora.

—Podríamos escapar usando eso.

—¿Eh?

Louise siguió la mirada de Saito con recelo. Saito abrió el tonel y llenó el plato con pólvora. Wardes murmullo entre dientes.

—¿Y hacia dónde huirás? Solo el vacío nos rodea.

Saito se sentó de golpe otra vez.

—Pero estar sentados sin hacer nada...

En ese momento, la puerta se abrió de nuevo. Esta vez ante ellos se presentó un pirata delgado. El pirata les miró con ojos penetrantes y preguntó.

—Buenas noches, ¿son ustedes los aristócratas que se dirigían a Albion?

Louise no contestó.

—Vaya, vaya. a juzgar por vuestro silencio parece que así es. Aunque no lo parezca, nosotros respetamos a los nobles, ya que es gracias a los aristócratas que nuestro negocio va bien.

—Pero, ¿no es éste un buque de guerra rebelde?

—No, no. aunque hayamos sido contratados cooperamos con ambos bandos en una relación del cincuenta por ciento. Somos afines a ambas facciones. Entonces, ¿son ustedes de la nobleza? Si así fuera serían libres de marcharse en el puerto más próximo.

Saito se sintió aliviado. Al pertenecer Louise a la aristocracia todo podía ser resuelto pacíficamente. Además, serían llevados al puerto más cercano. Louise, sin embargo, no inclinó su cabeza en gesto de acuerdo, en su lugar continuó mirando al pirata cara a cara.

—¿Cómo osas tener algo que ver con esos sucios rebeldes? No te atrevas a despreciar a los nobles de Albión. Yo misma pertenezco a una familia noble. Albión sigue siendo un reino, por lo tanto la Familia Real sigue siendo su legítima gobernante. Y ya que soy una noble que viene en nombre de Tristain soy, en otras palabras, una embajadora. Por lo tanto, le exijo un tratamiento de embajador por su parte.

Saito abrió su boca ampliamente.

—¿Eres idiota? —murmuró Saito.

—¡¿A quién estás llamando idiota?! ¡El idiota lo eres tú! ¡Todo por intentar permanecer impassible cuando estás herido de gravedad! —Se volvió Louise hacia Saito.

—¡Debiste haber elegido un mejor momento y lugar para ser franca! —le gritó Saito.

—¡Cállate! ¡Tú eres mi familiar y deberías escuchar todo lo que te digo! De todos modos, ¡enséñame tu brazo! ¡Ey!

Louise agarró el brazo del sorprendido Saito. Mientras Louise intentaba ver el brazo de Saito a la fuerza el pirata se reía al ver tal escena.

—¡Por favor, deja de hacer eso!

—Te equivocas, no puedo dejarte herido así, sin cuidados. —Afirmó Louise.

—¿Qué? —Dijo Saito con sorpresa en su tono de voz.

—Es porque eres mi familiar. E-es por eso...

—Iré a informar a mi jefe, pues. —El pirata se marchó riéndose.

Saito se quedó tan sorprendido que no le salían palabras de réplica a Louise.

—El brazo, enséñamelo.

—No seas así. ¿No hay cosas de las que estar más preocupado en estos momentos? ¿Como por ejemplo nuestra situación actual?

—No dejaré que cosas como esa me vengzan. Aún tenemos una pequeña oportunidad de sobrevivir. —Dijo Louise con decisión.

Louise se levantó con rotundidad. Aunque el pensamiento de casarse con War-

des le parecía bien al principio, ya no era tan fuerte como antes.

—En cualquier caso, les has mentido.

—No digas tonterías. ¿En serio crees que tiene algo de malo mentirle a esa gente?

Saito suspiró cansado. Wardes se acercó y acarició el hombro de Louise.

—No digas esas cosas, aún eres mi prometida.

Saito apartó la mirada, desalentado. El rostro de Louise mostraba varias sensaciones mientras agachaba la mirada.

La puerta se abrió de nuevo. Era el mismo pirata delgado de antes.

—El jefe os llama.

* * *

Los tres se dirigieron por un pasillo y tras subir unas escaleras estrechas llegaron a una magnífica habitación situada en la parte superior de la cubierta.

El Jefe al parecer era el líder de los piratas. Mientras la puerta se abría, se podía ver una preciosa mesa de comedor y un pirata sentado al fondo. Estaba jugando con un bastón que tenía un gran cristal situado en la punta. Todo apuntaba a que se trataba de un mago. La habitación del jefe era muy distinta de lo que se esperaba de un pirata.

Miró a Louise con intensidad mientras ésta entraba. El pirata delgado que la había traído le dio un empujoncito por detrás.

—Ey, oiga, no se quede parada ante el jefe. Salúdalo apropiadamente.

Sin embargo, Louise se quedó de pie, mirando al Jefe y éste le sonrió.

—Ah, adoro a las mujeres de fuerte voluntad. Tú ya no eres ninguna niña.

—Exijo trato de embajador. —Repitió Louise haciendo caso omiso de las palabras del jefe.

—¿Y cuál es el mensaje que intentas entregar? —Dijo el jefe ignorando por completo las palabras de Louise—. ¿Dijiste algo sobre la Realeza?

—Sí, así es.

—¿Os dirigís a Nanishi? Estaremos allí mañana.

—No pienso decírtelo.

—¿Estarías dispuesta a traicionar a la nobleza? —Le dijo el Jefe a Louise con tono alegre—. De otro modo, incluso si eres maga no podría garantizar tu seguridad aún a cambio de una cuota considerable.

—Por encima de mi cadáver.

Saito tocó a Louise, pero se dio cuenta de que su cuerpo estaba temblando. Estaba asustada. Pero aunque lo estuviera, ella seguía mirando directamente a los ojos del jefe. Saito recordó su duelo con Guiche. «En ese momento estaba asustado. Pensé que iba a morir. Pero no incliné mi cabeza. Creo que la Louise de ahora me recuerda un poco a mí en aquel instante. Se enfrenta a un enemigo espeluznante pero es capaz de aguantarlo porque tiene algo importante en su mente, justo como yo».

Esta Louise parecía realmente increíble.

—Te lo preguntaré de nuevo. ¿Estarías dispuesta a traicionar a la nobleza?

Louise siguió desafiante. Se cruzó de brazos y sacó pecho. Pero Saito le interrumpió antes de que pudiera articular palabra.

—Ella ya le ha respondido.

—¿Y tú eres? —El jefe lanzó a Saito una mirada penetrante. Unos ojos que parecían ver en lo más profundo de los secretos. Pero Saito le mantuvo la mirada, al igual que hizo Louise.

—Un familiar.

—¿Un familiar?

—Eso parece.

El jefe comenzó a reír. Reía a carcajadas.

—Me habían dicho que los nobles de Tristain eran raros, pero no tanto. Oh, por Dios, me duele el estómago. —Dijo el Jefe mientras se levantaba riendo. Saito y los demás estaban perplejos ante el repentino cambio de atmósfera y se miraron los unos a los otros.

—Oh, perdonadme. Aún no me he presentado formalmente.

El pirata que se estaba riendo a carcajadas paró de repente. Se quitó la rizada cabellera negra de la cabeza, al parecer se trataba de una peluca. También se quitó el parche negro del ojo y la barba falsa. Ante ellos se encontraba un chico joven de pelo rubio.

—Soy el general de las reales fuerzas aéreas de Albién y comandante de la flota de nuestro país. Aunque, para ser exactos, esta nave llamada Águila es la única que la conforma. Una flota sin mucho poder que hasta la gente de la calle podría vencer.

El joven se inclinó mientras se presentaba.

—Soy el príncipe del Reino de Albién: Wales Tudor.

Louise se quedó boquiabierta. Saito tampoco podía apartar la mirada ante la sorpresa que supuso la aparición del joven príncipe. Wardes, mientras tanto, miraba al príncipe con gran interés. Wales le ofreció a Louise un sitio donde sentarse, al igual que

una encantadora sonrisa.

—Bienvenida a Albion, embajadora. Ahora, hablemos acerca de su mensaje.

Sin embargo, Louise seguía muda. Se quedó estupefacta, incapaz de moverse.

—¿Por qué me disfrazo como un pirata? ¿Para esconderme? Pues no, los rebeldes ricos han enviado una gran cantidad de apoyo a la rebelión, y es básico en toda guerra cortar los suministros enemigos. Incluso si para ello tengo que recurrir a una manera tan indigna como es vestirse de sucio pirata. —Dijo Wales riendo—. No, la verdad es que ha sido de mala educación tratar a un embajador así. Pero tendrás que admitir que no tienes mucho aspecto de mensajero real. Y tampoco pensé que los nobles de otro país nos ayudarían. De todas maneras, debo disculparme.

Incluso tras las palabras de Wales, la boca de Louise seguía abriéndose y cerrándose sin articular sonido alguno. Ella no estaba preparada mentalmente para conocer al príncipe de un modo tan repentino.

—Hemos traído una carta secreta de Su Alteza Real, la Princesa Henrietta. —Dijo Wardes mientras inclinaba la cabeza con elegancia.

—Oh, de Su Alteza. ¿Y usted es?

—Capitán de la Orden de Caballeros Grifos de Tristain, el Vizconde Wardes. —Tras ello, Wardes presentó a Louise—. Y ella es la Embajadora enviada por Su Alteza la Princesa, hija de la familia Vallière, y su familiar, Su Alteza.

—¡En efecto! Una noble espléndida. Pero sólo tengo a diez de mis guardaespaldas para saludarla, una bienvenida de lo más miserable. Bueno, ¿aún tienes la carta secreta?

Louise, histérica, sacó la carta de Henrietta de entre sus ropas. Sin embargo, se detuvo antes de dársela a Wales. Tras unos momentos de duda, abrió al fin su boca.

—Pe-pero...

—¿Qué?

—Perdone pero, ¿es vos realmente el Príncipe?

Wales soltó una carcajada.

—Ay, Dios, no me crees ahora que te he mostrado mi verdadero rostro. Soy Wales. Y soy realmente un príncipe. Te lo voy a demostrar. —Dijo Wales tras ver el brillo del anillo de rubí del agua en el dedo de Louise.

Tomó la mano de Louise y le quitó el anillo que brillaba en su dedo. El príncipe lo acercó a su anillo de rubí. Ambos anillos reaccionaron, resplandeciendo con una luz brillante.

—Este anillo pertenece a la Familia Real de Albion, el *rubí del viento*, mientras que este otro pertenece a Henrietta, de la Familia Real de Tristain, y es el *rubí del agua*. ¿Me equivoco?

Louise asintió.

—El agua y el viento forman el arco iris, arco iris que conforma un nexo entre ambas familias.

—Es cierto, mis disculpas por mi falta de modales.

Louise le entregó la carta a Wales y se inclinó. Tras observar la carta cariñosamente, Wales besó la firma. Entonces, quitó el sello con cuidado, extrajo el papel de su interior y comenzó a leer.

—¿La Princesa se va a casar? La preciosa Henrietta. Mi amada... prima.

Wardes se inclinó en signo de afirmación. Wales le volvió a echar un vistazo a la carta y sonrió al leer la última línea.

—Entiendo. La princesa me informa que quiere que tú le devuelvas la carta. Y más importante aún, la princesa también desea que le devuelva una carta suya. Eso parece.

Louise sonrió complacida.

—Sin embargo, no se encuentra en mis manos ahora mismo. Está en el castillo de Newcastle. No quería traer la carta de la Princesa a este navío pirata. —Dijo Wales riéndose. —Así que, aunque sea una molestia acompáñenme a Newcastle.

Capítulo 8

La víspera de la batalla final en Newcastle

El buque de guerra Águila llevó a Saito y al resto por la escarpada costa de Albion. Habían estado viajando alrededor de tres horas, pero ya podían observar el cabo donde un enorme castillo se erigía.

Wales le explicó a Saito, el cual se encontraba quieto en la parte delantera de la cubierta, que se trataba de la fortaleza de Newcastle. Sin embargo, el Águila no se dirigió directamente a la ciudad, sino que descendió hacia la costa.

—¿Por qué descendemos?

Wales apuntó al cielo justo detrás del castillo, allí se encontraba una gran nave flotando. Pero aquel barco no podía ver el suyo ya que se escondían entre las nubes.

—Es un navío rebelde.

Se podía definir con una sola palabra: enorme. Era al menos dos veces el tamaño del Águila con un increíble número de velas y parecía aproximarse al puerto de Newcastle. Sin advertencia alguna, abrieron fuego contra el castillo. La primera bala de cañón impactó contra la muralla despidiendo una leve llamarada. La onda expansiva producida por el impacto se pudo sentir en la cubierta del Águila.

—La nave se llama Soberano Real y perteneció en su día a la flota de nuestro país. Una vez los rebeldes tomaron el control sobre ella le cambiaron el nombre por el de Lexington. El nombre hace honor al campo de batalla en el que los rebeldes nos vencieron por primera vez. —Dijo Wales con una sonrisa—. El buque somete a Newcastle a un bloqueo continuo desde el cielo y dispara al castillo de vez en cuando. No tienen como fin dañarlo, sólo quieren irritarnos.

Saito miro al buque a través de las nubes. Había una gran cantidad de cañones a ambos lados y tenía un dragón pintado en la superficie.

—Tiene 108 cañones y en ocasiones parece un verdadero dragón escupiendo llamas. La rebelión al completo comenzó con ese barco. No somos rival para ellos, así que lo mejor será navegar por esta nube y permanecer fuera de su vista. Podemos llegar a Newcastle desde el otro lado. Existe un puerto secreto que sólo nosotros conocemos.

* * *

De repente todo se volvió oscuro cuando la nave pasó bajo el continente, ya

que el Sol no les prestaba su luz. Además, estaban rodeados por nubes, por lo que no se podía ver nada. Wales explicó que los rebeldes nunca viajarían bajo el continente, debido a que es el camino más peligroso. El aire, gélido y húmedo, golpeó las mejillas de Saito.

—Para los navegantes de las reales fuerzas aéreas es fácil navegar basándose en mapas usando magia de luz y diversos tipos de mediciones. —Wales se rió—. Un noble que no conoce el cielo no es una persona inteligente.

Navegaron durante un rato hasta alcanzar una sección en la que se vislumbraba una gran abertura oscura. Iluminada por la luz mágica del mástil se veía realmente espectacular, un gran agujero de unas 300 millas de diámetro.

—Parad aquí por ahora.

—Sí, sí, Señor. ¡Parad aquí!

La orden de Wales le llegó a la tripulación la cual estaba bastante animada y llena de energía. Las velas del Águila fueron retiradas y el navío comenzó a dejarse llevar justo bajo la abertura.

—Incrementad lentamente la velocidad.

—Sí, sí Señor. ¡Incrementad lentamente la velocidad!

El Águila se elevó lentamente hacia la abertura. Siguiéndola justo detrás estaba el Marie Grande que había sido abordado por la tripulación del Águila.

—Definitivamente no son piratas de los cielos, Su Alteza. —Asintió Wardes—.

—Piratas de los cielos es lo que somos precisamente, Vizconde.

* * *

La luz se filtraba dentro de la abertura y era allí hacia donde se dirigía el Águila.

El buque de guerra había llegado al puerto secreto de Newcastle. Dentro, la enorme cueva de piedra caliza estaba cubierta por un extraño musgo blanco. Un gran número de personas esperaban en el muelle. Varias cuerdas fueron lanzadas a los marineros para amarrar el Águila y finalmente se colocó la rampa de madera.

Wales metió prisa a Louise y al resto para bajar por la rampa. Un mago alto y de anciana edad se les acercó.

—Ja, ja, unos geniales resultados militares, ¿no es así, Su Alteza?

Parecía como si el anciano mago hubiera aparecido de la nada frente al Águila.

—Alégrate, Paris. Hemos encontrado azufre, ¡azufre!

Cuando Wales gritó esas palabras, los vítores de los soldados le rodearon.

—¡Ooh! ¡Azufre! ¡Esto es digno de nuestro buque insignia! —El anciano mago comenzó a llorar como un crío. —He servido por más de 60 años al anterior Rey. No habrá más días felices como aquellos, Su Alteza. Al ocurrir la revuelta todo se sumió en la penuria. Incluso con azufre no lo lograremos.

Wales se reía con una gran sonrisa.

—Incluso si somos derrotados les mostraremos a esos rebeldes lo fuerte que es el coraje y el honor de la Familia Real.

—Una muerte gloriosa. Mis viejos huesos tiemblan de la emoción. Me han informado que los rebeldes atacarán el castillo mañana. Esto es realmente un todo o nada, Su Alteza.

—¡Deshonraremos a sus soldados con nuestro último aliento! —Wales y los demás se estaban riendo desde lo más profundo de sus corazones.

Louise comenzó a preocuparse tras escuchar la palabra derrota. «En otras palabras, ellos morirán. ¿Acaso esta gente no tiene miedo a la muerte?»

—¿Y quiénes son estas personas? —preguntó a Wales el anciano mago de nombre Paris tras ver a Louise.

—Ella es una embajadora de Tristain. Viene por una misión importante relacionada con el Reino.

Paris se sorprendió por un instante. ¿Qué estaría buscando un embajador de otro reino en aquellas ruinas? Pero pronto una sonrisa regresó a su cara.

—Así que sois una embajadora. Paris Chamberlain a su servicio, señorita. Muy considerado de su parte el haber recorrido este largo camino hasta Albion. Aunque puede que no sea mucho tendremos un pequeño festín esta noche. De todos modos, será un placer que asista.

* * *

Louise y los demás siguieron a Wales a su habitación. La habitación del Príncipe estaba situada tras la cocina y parecía bastante normal. Una cama de madera, un par de sillas y algún que otro cuadro en la pared ilustrando escenas de batalla.

El príncipe se sentó y abrió uno de los cajones del escritorio, dentro del cual había un pequeño joyero. El príncipe se quitó el colgante que tenía en su cuello. Wales metió el colgante como una llave en el cerrojo de la cajita y la abrió. Había un retrato de Henrietta en su interior.

—La caja fuerte. —Dijo Wales avergonzado tras notar la mirada de Louise



hacia la caja.

Había una carta en su interior y también parecía ser de la Princesa. Wales la extrajo cariñosamente y la leyó. Aquella carta parecía más vieja de lo que era, debido a las constantes lecturas. Tras leerla, Wales la dobló con cuidado y la puso en su sobre, tras ello, se la tendió a Louise.

—Esta es la carta que recibí de la Princesa. Carta que ahora te devuelvo.

—Gracias. —Louise recibió la carta mientras hacía una reverencia.

—El Águila os llevará de vuelta a Tristain mañana mismo ya que no la usaremos en la batalla.

—Pero su Alteza... —Louise abrió su boca con decisión tras haber estado mirando a la carta durante un rato y decidió dudosa preguntar. —¿Qué es lo que tenía en mente cuando habló sobre una gloriosa derrota?

—Justo eso. —Respondió Wales con facilidad. —Mi ejército tiene 300 hombres, mientras que el del enemigo tiene alrededor de 50.000. No hay posibilidad de victoria. Así que al menos moriremos gloriosamente —Louise agachó la cabeza.

—¿Su Alteza también se refiere a si mismo acerca de morir en la batalla?

—Por supuesto. Moriré también.

Saito, que había presenciado la conversación de cerca, suspiró. La falta de preocupación por la muerte al día siguiente del príncipe lo hacía todo aún más confuso. No parecía que se tratara de algo real, más bien la representación de una obra de teatro.

Louise dejó caer sus hombros e hizo una pronunciada reverencia. Ella aún tenía unas cuantas cosas que decir.

—Su Alteza... perdone mi falta de educación pero, hay varias cosas que tengo que decirle.

—¿Qué quieres decirme?

—¿Cuál es el contenido de la carta?

—Louise —protestó Saito. Después de todo, el contenido de una carta es algo personal—.

Pero Louise, tras preguntárselo a Wales, le miró con determinación.

—Cuando Su Alteza la Princesa me encargó esta tarea parecía como si estuviera preocupándose por su amante. Y en la caja había un retrato de Su Alteza la Princesa, y viendo la mala cara que puso cuando besó y leyó la carta vos y Su Alteza la Princesa...

Wales sonrió. Él se imaginó lo que Louise pretendía decir.

—¿Quieres decir que mi prima Henrietta y yo tenemos una relación amorosa?

—Al parecer así es. —Louise asintió. —Perdone mi repentina descortesía pero, si es así, el contenido de esa carta es...

Tras poner la mano en su frente con gesto de preocupación sobre qué decir, Wales respondió.

—Es una carta de amor, justo como imaginabas. Si esta carta llegara a manos de la Casa Imperial de Germania supondría una gran amenaza, tal y como me informa Henrietta. En la carta ella me jura amor eterno ante el Fundador Brimir. Un juramento de amor en nombre del Fundador es como contraer matrimonio. Si esta carta saliera a la luz ella sería acusada de cometer bigamia. El emperador de Germania se aseguraría de romper el compromiso contraído con una princesa que no cumple las reglas. Entonces no habría alianza y Tristain sería ignorado políticamente por las familias nobles del resto de países.

—Entonces, ¿la Princesa y Su Alteza se quieren?

—Es una larga historia.

—¡Regrese Su Alteza! ¡Regrese a Tristain! —Dijo Louise a Wales fervorosamente.

Wardes puso de repente su mano sobre el hombro de Louise, pero ello no la detuvo.

—¡Se lo ruego! ¡Vuelva con nosotros a Tristain!

—Eso no es posible. —Dijo Wales riendo.

—No estoy de acuerdo, Su Alteza. ¡La Princesa tampoco estaría de acuerdo! ¿Acaso no lo dice en la carta? Conozco a la Princesa desde que éramos niñas y conozco muy bien su forma de pensar. ¡La Princesa no abandona a la gente que quiere! Su Alteza, vos no lo ha dicho, pero estoy segura de que la Princesa también le ha pedido que escape.

—No hay tal cosa escrita. —Dijo Wales mientras sacudía su cabeza.

—¡Su Alteza! —Louise seguía insistiendo a Wales.

—Soy miembro de la Familia Real, no miento. No hay nada en esta carta que indique que la Princesa quiera que huya. Lo juro por mi honor.

Wales hablaba dolido. Las palabras de Louise parecían haberle hecho mella.

—Henrietta es una princesa, tiene que dar prioridad a su pueblo antes que a mí.

Louise entendía lo que quería decir. Incluso si Wales amaba a Henrietta su relación nunca sería apoyada por los otros nobles.

Wales puso su mano sobre el hombro de Louise.

—Eres una chica sincera, Vallière. Tienes unos ojos honestos, claros y bondadosos —Louise agachó la cabeza con tristeza—. Pero permíteme un consejo. No es bueno ser así de sincero si quieres ser una buena embajadora. —Wales le brindó una atractiva sonrisa. —Sin embargo, eres la perfecta embajadora para un país en ruinas como el nuestro, ya que el gobierno que mañana será destruido es honesto como ninguno, tanto que no tiene otra cosa que defender salvo su honor.

Después, sacó algo de su bolsillo. Por su forma y el movimiento de las manecillas parecía ser un reloj.

—Ja, ja, ja, es hora de nuestra pequeña fiesta. Y ya que sois los últimos invitados de nuestro reino me gustaría atenderos como merecéis.

Saito y Louise salieron de la habitación. Wardes se quedó atrás y se inclinó ante Wales.

—Oh, ¿tienes algo que pedirme, Vizconde?

—Hay un favor que me gustaría pedirle, Milord.

—Habla.

Wardes susurró al oído de Wales, el cual sonrió.

—Ah, una petición encantadora. Será un placer.

* * *

La fiesta se llevaba a cabo en el vestíbulo del castillo. El Rey James I de Albion se sentó en el trono y miraba a los nobles y vasallos que se habían reunido. A pesar de que al día siguiente todos morirían se trataba de un buen convite. Las mesas estaban llenas, todo digno de un festín. Saito y los otros estaban mirando la colorida fiesta mientras permanecían en una esquina.

—Dejan sus problemas para el mañana y pretenden disfrutar del presente.

—Sí, se comportan muy alegremente. —Asintió Wardes, en respuesta a las palabras de Saito.

Cuando el príncipe Wales apareció la sala se llenó de los suspiros entusiastas de las damas del lugar. Al parecer no solo era popular por ser príncipe, sino por su apariencia también. Cuando se acercó al trono, la gente comenzó a cuchichear.

James I trató de ponerse de pie firme para felicitarle, pero debido a su edad se tambaleó y casi se cae. Alguna carcajada se oía desde el vestíbulo.

—¡Su Majestad! ¡Todavía es pronto para caer!

—¡Cierto! ¡Resérvese para mañana!

James I no se sentía insultado ante tales comentarios y sonrió.

—No os preocupéis, son mis piernas que se quedaron dormidas tras estar tanto tiempo sentado.

Wales se acercó y apoyó el cuerpo del soberano contra el suyo. Todavía se oían risotadas.

—Vosotros. Os diré a todos, bravos y leales vasallos, que mañana Reconquista planea atacar nuestra Newcastle con todo su poder. Habéis seguido y peleado con bravura por este incapaz y viejo rey, sin embargo mañana no habrá batalla. Es algo así como una matanza unidireccional. Soportémoslo y enseñémosles de que está hecha nuestra valentía por última vez. —El rey tosió con fuerza y tras ello continuó hablando—. Pero sería mucho pedirlos a todos que muráis. Por eso, mañana por la mañana el navío de guerra Águila se llevará a todas las mujeres y niños y a aquellos que decidan marcharse para ir a un lugar seguro lejos de este continente abandonado —pero nadie contestó.

—¡Su Majestad! ¡Esperamos sus órdenes! ¡Todo el Ejército al Frente! ¡Todo el Ejército al Frente! ¡Todo el Ejército al Frente! ¡Y ya que nuestro oído es tan malo esta noche, dudo que podamos escuchar una orden distinta! —Un noble informó en alto al rey.

Todo el mundo asintió.

—¡Sí! ¿Qué dirían los otros si fuéramos a huir?

—Es demasiado tarde para retirarse, Su Majestad.

—¡Claro que sí! ¡Seguiremos sirviendo al rey tal y como hacíamos años atrás! ¡Esta noche será una buena noche! ¡El Fundador nos ha bendecido con una fantástica luna y una cálida noche! ¡Divirtámonos bebiendo y bailando por el resto de la noche!

Con estas palabras todos volvieron a la fiesta. Los tres invitados de Tristain atrajeron la atención. Los nobles no parecían estar tristes o preocupados, ellos continuaban haciendo bromas y ofreciendo vino o comida a los huéspedes.

—¡Embajador! ¡Pruebe este vino! ¡Díganos qué país tiene mejor vino!

—¡Aquí! ¡Pruebe esto! ¡Es el especial de Albion, pollo con miel, hará que recobre toda la salud y la fuerza!

¡Albion continuaba divirtiéndose! Incluso en su final.

Saito se puso melancólico. La gente que se lo pasa bien con la muerte llaman-do a su puerta parecía más triste que valiente. Louise parecía sentirlo aún más. Ella no podía soportar el ambiente, sacudió su cabeza y salió corriendo del vestíbulo.

Por un momento, Saito quiso seguirla, pero hizo que Wardes fuera en su lugar.

Wardes asintió y fue tras ella. Saito se agachó en cuclillas y suspiró. Wales vio a Saito actuando raro y se dirigió a él desde el centro del vestíbulo.

—Así que este chaval es el familiar de la señorita Vallière. Aunque es poco usual ver a una persona como familiar. Tristain es ciertamente un país poco usual. — Wales se rió mientras lo dijo.

—También es inusual en Tristain. —Dijo Saito cansado.

«¿Está deprimido?» Con preocupación, Wales miró la cara de Saito. A él aún le dolía el brazo y el ver a la gente prepararse para la muerte le deprimía aún más.

—Perdón por mi falta de educación pero, ¿no tenéis miedo? —Saito preguntó a Wales mientras se levantaba.

—¿Miedo? —Wales miró inexpresivo a Saito.

—¿No tienes miedo de morir?

Wales se rió tras oír las palabras de Saito.

—¡Estás preocupado por nosotros! ¡Por nosotros! ¡Eres un buen chaval!

—No, sólo me da miedo a mí. Yo no podría reírme de la manera que lo haces si supiera que voy a morir mañana.

—Estoy asustado. No hay nadie en el mundo que no tenga miedo a la muerte. No hay diferencia en que sea un noble o un plebeyo.

—¿Entonces por qué?

—Es porque tengo algo que defender. Algo que me hace olvidar el frío de la sepultura.

—¿Qué defiendes? ¿Honor? ¿Fama? Eso son tonterías por las que morir. — Dijo Saito casi gritando.

—La facción aristócrata Reconquista es nuestro enemigo e intenta unificar Halkeginia portando su ideal de 'Tierra Sagrada'. Está bien que la gente tenga tales ideales, pero no deberían traerlo con fuerza y sangre. Todos los países acabarían destruidos. —Respondió Wales con ojos distantes.

—Pero, ¿no hay ninguna oportunidad de victoria? ¿Cuál es el significado de morir aquí? Tal vez puedas encontrar otros métodos para vencerles después...

—No, al menos deberíamos mostrar una pizca de coraje y honor ante los otros nobles, aunque no sea posible ganar y así mostrar que las familias reales de Halkeginia no son un enemigo débil. Aunque por el momento ellos no parecen mostrar ningún signo que indique que vayan a abandonar sus ambiciones de 'Unión' y 'Recuperación de la Tierra Sagrada'.

—¿Por qué? —preguntó Saito. Él, que había crecido en el Japón moderno no

podía entender por qué alguien mostraría tanto coraje por ese motivo.

—¿Por qué? Fácil, es nuestra obligación. La obligación de aquellos nacidos en una familia real. La obligación impuesta a la familia real de defender el reino hasta el final. —Wales respondió con decisión.

Saito no lo comprendía. A pesar de que Wales tenía una persona a la que amaba y siendo el amor mutuo, ¿no era sobrevivir también una obligación?

—La princesa de Tristain te ama. ¿Has olvidado su carta?

Tras las palabras de Saito, Wales sonrió mientras la recordaba.

—Por el amor a veces es necesario pretender no saber. Por amor a veces es necesario dejar marchar. Sólo daría una excusa al resto para invadir Tristain.

—Pero, pero... —Saito dudaba. «La decisión de Wales no cambiará». Wales agarró el hombro de Saito y le miró directo a los ojos.

—Ahora que está claro, no le digas esto a Henrietta. No hay necesidad de preocupar su hermosa cara con molestias innecesarias. Es como una bella flor. ¿No piensas eso también?

Saito asintió. «Efectivamente, es una princesa preciosa. Yo tampoco quiero ver su rostro triste o preocupado». Pero, Wales no cambiaría su decisión por eso. Sus ojos lo afirmaban.

—Dile que Wales luchó y murió valientemente. Eso será suficiente. —Dijo Wales, tras lo cual se dirigió al centro del vestíbulo.

* * *

Saito abandonó la fiesta, pero al sentirse perdido le preguntó al camarero dónde se encontraba su habitación. Tras decírselo, alguien golpeó el hombro de Saito por detrás. Saito vio a Wardes y se dio la vuelta.

—Tengo algo que decirte. —Dijo Wardes con voz fría.

—¿Y se trata de?

—Louise y yo contraeremos matrimonio aquí, mañana.

Saito se quedó helado. No era capaz de entender el significado de dichas palabras en ese instante.

—¿En estos momentos? ¿Por qué?

—Porque queremos pedirle a su valiente Alteza el Príncipe Wales que oficie la ceremonia. Y Su Alteza el Príncipe Wales ha accedido amablemente. La ceremonia se llevará a cabo antes de la batalla decisiva—. Saito se quedó mudo, y asintió. ¿Vendrás?

—preguntó Wardes. Saito sacudió su cabeza—. Entonces puedes marcharte tú mismo con la nave mañana. Louise y yo volveremos en grifo.

—¿Pero no es muy larga la distancia para un viaje así!? —Confundido, Saito le hizo una pregunta bastante trivial.

—Solo si puedes volar rápido sin descansar. —Respondió Wardes.

—Bien, entonces debo marcharme ahora.

—E-está bien.

Los hombros de Saito decayeron. A pesar de que sabía que este momento iba a llegar le inundaba un fuerte sentimiento de soledad.

* * *

Saito caminaba por un pasillo oscuro con un cirio. La luna brillaba a través de una ventana abierta en la ruta del pasillo. Había una chica que caminaba sola a la luz de la luna. Tenía un largo pelo rubio rosado, lágrimas que parecían perlas caían por sus mejillas. Saito la admiró durante un instante, un rostro tan precioso pero a la vez tan triste.

Louise se giró cuando se fijó en Saito el cual estaba quieto sosteniendo un cirio. Sus ojos estaban húmedos a pesar de su intento por secarlos. Su cara se tornó triste de nuevo. Cuando Saito caminó hacia ella la chica se apoyó sobre su cuerpo como si hubiera perdido toda su fuerza.

—Estás llorando. ¿Por qué?

Louise no respondió, pero apretó su cara contra el pecho de Saito. Él la abrazó con fuerza. En un principio Saito se extrañó cuando Louise se le pegó. No estaba acostumbrado a ese tipo de cosas. Sin embargo, ella sollozaba como una chica y sintió cómo Louise se pegaba a él con cariño. Ella estaba dolida y él lo sentía por ella. Aunque, ¿qué significaba todo esto? «Probablemente, Louise se aferró a mí porque estaba aquí casualmente. Como una niña abraza a un animal de peluche. No soy yo sino Wardes quien es importante para ella».

Aun así, Saito no dijo nada y acarició la cabeza de Louise torpemente con su mano. Su cabeza parecía tan pequeña que podía caber en su palma.

—No... Estas personas... ¿Por qué, por qué han elegido morir? A pesar de que está la Princesa... Incluso si Wales la ama... ¿Por qué Su Alteza, el Príncipe Wales, elige morir? —Dijo Louise mientras lloraba.

—Él dijo que era para defender algo importante.



—¿Qué puede ser más importante en este mundo que la persona que amas?

—Yo tampoco entiendo la forma de pensar del Príncipe.

—¡Iré a convencerle! ¡Le convenceré como sea!

—¡No lo hagas!

—¿Por qué?

—Porque, tú estás aquí para entregar la carta de Su Alteza la Princesa. Esa es tu única misión.

Louise se calló mientras las lágrimas continuaban bajando por sus mejillas.

—Quiero volver pronto. Quiero regresar a Tristain. No me gusta este país. A estas estúpidas personas y a su descabellado príncipe que lo deja todo.

Aunque en ocasiones Louise aparente ser fuerte aún es una niña. Louise no podía entender el mundo de Wales. Pero Saito la entendía ya que pensaban del mismo modo.

A Louise le inundó un súbito recuerdo, y sacó algo de su bolsillo.

—Extiende tu brazo izquierdo. —Dijo Louise.

—¿Qué?

—Tú sólo hazlo.

Saito extendió su brazo izquierdo tal y como le indicó. Era un frasco lo que Louise había sacado. Metió uno de sus dedos en él y extrajo una especie de medicina pegajosa, pero que tenía un olor agradable.

—Lo recibí de alguien del castillo hace un rato. Esta medicina mágica es un líquido muy efectivo contra las quemaduras. Sólo he podido obtener ésta, pero creo que será suficiente.

Louise se mantuvo callada mientras la aplicaba sobre el brazo de Saito.

«Nunca pensé que ella podría ser tan amable. Pero no debería volverme tan dependiente de su gentileza, ya que pronto se marchará». Saito agitó su cabeza y apartó a Louise de su lado. Louise le miró con cara de sorpresa. Saito tenía una expresión de dolor en su rostro. Tras ver tal expresión en su cara Louise se mordió el labio.

—¿A qué viene esa cara? ¿Ha sucedido algo?

—No es nada.

—Ya entiendo. Tan pronto como volvamos, buscaré una manera de enviarte de vuelta a tu mundo —dijo Louise dudando. Aunque claro, ella lo malentendió. Sin embargo, Saito pensó que era mejor dejarlo pasar—.

—Estaré bien incluso si no ayudas.

—¿Qué?

—Quiero decir, tú te casarás pronto por lo que no deberías preocuparte en buscar un modo de enviarme de vuelta a casa.

—¿Qué? ¿No me digas que aún te preocupas por eso? ¿Todavía estás pensando sobre lo que te dije en el hotel de La Rochelle? Vale, es cierto que hablé de ‘casarse’ aquella vez... pero, pero no hablaba en serio.

Louise le dio la espalda a Saito.

—Aún no puedo casarme. No soy una gran maga... ni tampoco he encontrado una manera de enviarte a casa.

Saito comenzó a pensar y se sintió mal por Louise. «Ya veo, Louise no se puede casar porque se siente responsable de mí. Y por ello no podrá contraer matrimonio hasta que pueda volver a casa. No creo que sea algo justo para la resplandeciente, hermosa, agradable y gentil Louise».

—Está bien. Yo buscaré la manera de volver a casa solo y tú deberías casarte.

—¡Vaya manera más egoísta de decir las cosas! ¡Tú eres mi familiar! ¡Me defenderás hasta que yo te envíe de vuelta! —Dijo Louise mientras miraba con intensidad a Saito.

—Yo no puedo defenderte. —Dijo Saito mientras sus hombros caían—. Recuerda lo que pasó.

Las escenas del viaje resurgieron en la mente de Saito. Cuando comenzó la lluvia de flechas, Wardes le salvó. Incluso Wardes le venció en un duelo. Cuando fueron atacados por el hombre de la máscara blanca, él no pudo salvar a Louise.

«Siempre es Wardes el que te salva. Yo no soy capaz más que de estar de pie y mirar».

—Yo no soy un gran mago como el vizconde. Soy una persona normal incluso si la gente dice que soy el familiar legendario Gandálfr. No sé luchar, todo lo que puedo hacer es mover una espada imprudentemente. No puedo protegerte.

La mano de Louise impactó contra la mejilla de Saito.

—¡Cobarde!

—Desde aquí nuestros caminos se separarán, Louise. Tú volverás con el vizconde en grifo mientras yo regreso en el Águila. Una vez llegue buscaré un modo para regresar a mi mundo. Ya te debo demasiado por todo lo que has hecho —dijo Saito sin cambiar su expresión.

—¿Hablas en serio?

—Completamente.

—¡Idiota! —Gritó Louise. Y sus mejillas volvieron a inundarse por sus lágrimas.

Aun así Saito no respondió. Sólo observó a Louise como temblaba—. ¡Te odio! ¡Te odio!

Saito no articuló palabra mientras se tapaba los ojos. «Lo sé». Louise volvió sobre sus pasos y corrió por el pasillo oscuro. Saito tocó su mejilla. El lugar dónde fue abofeteado aún le dolía y le hacía sentir muy triste.

—Hasta siempre, Louise —dijo Saito en bajo. Y aunque pensó que no iba a llorar, sus lágrimas caían como un torrente sin freno—. Hasta siempre, mi dulce y encantadora maestra.

Capítulo 9

La batalla final

A la mañana siguiente dentro del puerto de Newcastle, en el interior de la caverna, Saito permanecía en la fila para subir al Águila. Se encontraba rodeado por una multitud de personas inquietas que no habían podido subir al Marie Grande.

—Por amor a veces es necesario dejar marchar —murmuró Derflinger en silencio. Estaba colgado por una cuerda a la espalda de Saito. En días como aquellos era insoportable no tener con quién hablar.

—Deja de decirlo...

—¿Por qué?

—Me pongo malo cuando lo dices.

—Te refieres a 'por amor a veces es necesario dejar marchar'. ¿Eso?

—¿Por qué no dejas de repetirlo?

—Entendido. No lo diré nunca más si el compañero me lo pide. Aun así tenemos unas cuantas cosas que discutir sobre nuestro futuro. ¿Ya has decidido a dónde ir ahora que tenemos tanto tiempo libre? —preguntó Derflinger, haciéndose el tonto.

—Puede que a Arukattsu.

—¿Y allí buscaremos una manera de devolverte a tu mundo de origen?

—¿Por qué querría algo así? ¿Acaso no soy el único extraterrestre de por aquí? —dijo Saito.

«¿Una manera de volver a casa? Louise dijo que me ayudaría en la búsqueda, pero no debería contar con ello». Aunque dejar la ciudad de Louise ya era lo suficientemente duro.

—Entonces deberías convertirte en mercenario.

—¿Mercenario?

—Sí. Con una espada sobre tu hombro, cada día una batalla, el horizonte bien marcado, un nuevo país y una nueva aventura. El sueldo es pésimo, pero al menos satisfaces tu ira, ¿cierto?

—Y un mal compañero. —murmuró Saito.

—¿Qué? Sin mí como compañero, un chaval normal como tú no duraría ni un asalto.

—Incluso si tu gran poder es oxidarse.

—Serás maleducado. Pero te perdono porque eres mi compañero. Por cierto, acabo de recordar algo del otro día...

—¿El qué?

—Compañero, ¿a ti te llaman Gandálfr?

—Sí, porque ese es el nombre del familiar legendario. La primera vez que lo oí fue alucinante. Yo...

—Espera. Un momento, compañero. Creo que recuerdo ese nombre...

—¿En serio?

—No, es un recuerdo muy vago y antiguo. Fue hace mucho tiempo, se encuentra en algún rincón de mi cabeza.

Derflinger siguió murmurando 'uhm', 'ajá' y 'ah' repetidamente.

—Puede que estés confundido porque fue hace mucho. De todos modos, ¿dónde se encuentra la cabeza de una espada?

Derflinger se lo pensó un momento.

—¿La empuñadura, quizás? —dijo, haciendo reír a Saito.

Finalmente llegó el momento de que Saito subiera a la nave. Cuando ascendió por la pasarela vio el panorama que se podía esperar de un barco de refugiados: un gran número de gente apiñada sin sitio donde sentarse en la cubierta.

Saito miró a la cueva de piedra caliza desde el borde de la regala. En ese momento, Louise estaba celebrando su boda. Saito cerró los ojos con fuerza ante tan triste pensamiento.

La gente seguía subiendo sin parar al barco. Estaba a rebosar y un tumulto empujó a Saito en la cubierta. El codo de un desconocido golpeó su brazo herido, lo que le hizo gritar.

* * *

Mientras tanto, en una capilla presidida por el retrato de Brimir, el Fundador, Su Alteza el Príncipe Wales esperaba la aparición de los novios. No había nadie más alrededor, ya que estaban ocupados preparándose para la batalla. Wales también tenía planeado prepararse para la batalla una vez finalizara la ceremonia.

Wales vestía el uniforme de gala del Príncipe. Llevaba puesto un manto púrpura brillante, símbolo de la realeza, y un sombrero con siete plumas de colores, símbolo de la familia real de Albión.

La puerta se abrió, Louise y Wardes habían llegado. Louise permanecía con una expresión incrédula por lo que Wales la tuvo que animar a ponerse frente a él. Louise estaba perpleja. Todo fue demasiado súbito. Wardes irrumpió en su habitación por la

mañana y la llevó allí sin ni siquiera despertarla apropiadamente.

Estaba atónita ante los sentimientos de desespero que inundaban su mente. Ella llegó sin pensarlo medio dormida y encima muy deprimida ante la determinación del Príncipe por morir y la actitud de Saito del día anterior.

Wardes, tras decirle a Louise que era el momento de casarse, le puso sobre la cabeza, un velo prestado por la familia real de Albión. El velo estaba muy bien hecho y las flores, frescas eternamente por el efecto de la magia, lo hacían indescriptiblemente bello.

En ese momento, Wardes le quitó el manto negro a Louise y lo reemplazó por uno blanco, también cortesía de la familia real de Albión. Sólo las novias podían llevarlo ya que simbolizaba la virginidad.

Sin embargo, incluso mientras las manos de Wardes la vestían, Louise seguía sin mediar respuesta alguna. Aun así, Wardes interpretó el silencio de Louise como signo afirmativo. Wardes y Louise estaban de pie frente a Wales, el cual se encontraba bajo la imagen de Brimir, el Fundador, vistiendo el uniforme oficial. Wardes, que vestía su ropa normal y su manto mágico, inclinó su cabeza.

—Sea pues, comencemos la ceremonia.

La voz del príncipe alcanzó los oídos de Louise. Pero, para ella, sonaba con el débil sonido de una campana en la lejanía. La mente de Louise se encontraba perdida en la niebla de sus propios pensamientos.

—¿Toma usted, Vizconde Jean Jaques Francis de Wardes, a esta joven como tu esposa, y promete amarla y respetarla en el nombre de Brimir, el Fundador?

—Sí, quiero —afirmó Wardes con solemnidad y asió su báculo con la mano izquierda sosteniéndolo delante de su pecho.

Wales miró a Louise y sonrió animado.

—¿Quieres tú, tercera hija del Duque de La Vallière, Louise Françoise Le Blanc de La Vallière... —leía Wales el juramento con voz clara.

En ese instante, Louise se dio cuenta de que estaba en medio de su boda. Su compañero era el confiable Wardes de quién había estado enamorada. Un matrimonio arreglado por sus padres. Sólo ahora, su infantil, sin sentido y distante futuro comenzaba a volverse realidad. «No es que odie a Wardes. Puede que me guste. Pero aun así, ¿por qué me duele tanto? ¿Por qué esta tristeza? ¿Es porque he visto la destrucción de un reino? ¿O acaso porque me he topado con un príncipe que rehúsa de su amor y esperanzas en pos de morir? No es eso. A pesar de que son hechos tristes muy dolorosos no hay ni las más mínima nube de pesar en mi mente por ello». Estaba en lo más

profundo, una melancólica nube difícil de soportar.

De repente, Louise recordó la expresión en la cara de Saito cuando le mencionó su matrimonio. «¿Por qué le tuve que decir algo así? ¿Era porque quería que me detuvieran? ¿Pero quién? Quería que Saito me detuviera. ¿Por qué?» Louise se sonrojó cuando se dio cuenta del motivo. Justo igual que cuando pensó en la razón por la cual, la noche anterior, profundamente afligida se lanzó tan fácilmente al pecho de Saito en el momento de su encuentro en el pasillo. ¿Pero eran esos sus verdaderos sentimientos? «No lo sé. ¿Pero acaso no merece la pena descubrirlo?» Después de todo no importa lo emocionada o triste que hubiera estado, nunca se había lanzado antes al pecho de ningún hombre.

* * *

Mientras, en la cubierta del buque de guerra Águila, Saito se encontraba deprimido y con la mirada puesta tan fijamente en el horizonte que comenzó a perder noción de lo que ocurría a su alrededor.

—¿Uhhh?

—¿Ocurre algo, compañero?

La visión de Saito se tornó borrosa. Justo como si estuviera en el calor de la niebla veraniega la visión de su ojo izquierdo comenzó a dar vueltas.

—Mis ojos están raros.

—Es porque estás cansado. —dijo Derflinger, ocultando el verdadero motivo.

* * *

—¿Louise?

Wales lanzó su mirada hacia ella y respondió con una mirada llena de pánico. Tenía la expresión de alguien que no sabía lo que estaba haciendo. Louise estaba desconcertada. ¿Qué debía hacer? ¿Qué se supone que tenía que hacer en un momento así? Nadie se lo había mostrado. Sólo su familiar, Saito, que en esos momentos se alejaba de tierra, podría saber la respuesta.

—¿Estás nerviosa? Está bien, es normal que en tu primera vez estés un poco nerviosa. —Wales sonreía mientras hablaba.

—Ay, Dios, debemos mantener la compostura, todo esto sólo tiene sentido si seguimos con el protocolo. Bien, repitémoslo. ¿Quieres a este hombre como esposo y

prometes amarlo y respetarlo en nombre de Brimir, el Fundador?

Louise se dio cuenta. Ella no debía dudar sobre la respuesta y esperar que alguien le dijera lo que hacer. Tenía que tomar sus decisiones ella misma. Louise, con determinación, tomo aliento profundamente, y tras las últimas palabras de Wales, sacudió al cabeza.

—¿Eh?

—¿Louise?

Los dos miraron extrañados el rostro del Louise. Ella miró a Wardes con un semblante triste y sacudió la cabeza nuevamente.

—Esto, Louise, ¿te encuentras mal?

—No, no es eso. Lo siento...

—Si hoy es un mal día, lo podemos dejar para otro momento.

—No, no es eso, no. Lo siento, Wardes, pero no puedo casarme contigo.

Wales observaba dubitativo el repentino cambio de los acontecimientos.

—¿Acaso esta boda no es deseo de la novia?

—Sí, se trata de eso. Quiero disculparme ante ambos por mi falta de seriedad. Ha sido una decisión difícil, pero no quiero contraer matrimonio.

La cara de Wardes se tornó roja por la rabia. Wales se dirigió a él y dijo en una voz que denotaba duda, vergüenza y arrepentimiento.

—Vizconde, lo siento mucho, pero la novia no desea que prosiga la ceremonia.

Sin embargo, Wardes hizo caso omiso de sus palabras y cogió la mano de Louise.

—Sólo estás nerviosa. Querida Louise, no puedes rechazar mi oferta, en serio.

—Lo siento, Wardes. Llegué a quererte, puede... puede que incluso te amara, pero ahora todo es diferente.

En ese momento, Wardes agarró el hombro de Louise. La expresión de sus ojos cambió radicalmente. Lejos quedaba la ternura de su rostro, cambiada ahora por una expresión más propia de una víbora.

—¡El mundo, Louise! ¡Yo dominaré el mundo! ¡Y te necesito para ello! —gritó Wardes con un tono ferviente.

Asustada ante el repentino cambio de Wardes, Louise siguió negando con la cabeza.

—No, no me necesitas para eso.

Wardes extendió ambas mano y se acercó a Louise.

—¡Yo te necesito! ¡Tu habilidad! ¡Tu poder!

Este Wardes aterrizaba a Louise cada vez más. Ni siquiera en sus peores pesadillas habría imaginado al gentil Wardes tan lleno de ira y gritando así. Louise intentó zafarse.

—¿Louise, ya has olvidado lo que una vez te dije?! ¡Ni siquiera estás por debajo de Brimir, el Fundador! ¡Crecerás y algún día te convertirás en una poderosa maga! ¡Sólo que aún no lo sabes! ¡Ese don!

—Wardes... tú...

La voz de Louise temblaba de miedo. Ya no era el Wardes que conocía. ¿Qué es lo que le había convertido en un hombre así?

* * *

En el buque de guerra Águila, Saito se volvió a frotar los ojos.

—¿Qué ocurre, compañero?

—Mi ojo izquierdo está actuando de modo extraño.

—Es porque estás cansado.

Sin embargo, la visión de su ojo izquierdo se volvía más y más distorsionada.

—¡Ah! ¡Puedo ver algo! —gritó Saito.

Era la visión de otra persona. Tanto su ojo derecho como el izquierdo tenían una visión distinta—.

—Puedo ver...

—¿Qué es lo que ves, compañero?

—Puede que sea lo que Louise ve. —dijo Saito.

Y en ese instante recordó lo que Louise le dijo hace tiempo: Un familiar es los ojos y el oído de su maestro, esa es su habilidad. «Sin embargo, Louise dijo que no podía ver nada a través de mis ojos. Puede que haya ocasiones en que la regla esté invertida. ¿Pero por qué precisamente ahora puedo ver lo que Louise?» Saito miró a su mano izquierda. La runa marcada en ella brillaba intensamente a pesar de que no sostenía arma alguna. Parecía que sus suposiciones eran correctas. Se trataba de una habilidad, otra de las pertenecientes al familiar legendario, Gandálfr. «Veamos, parece que esto es lo que está viendo Louise con su ojo izquierdo». Mientras pensaba esto, la curiosidad natural de Saito tomó la iniciativa.

* * *

Wales, que no podía soportar más la actitud amenazante de Wardes hacia Louise, se interpuso entre ambos.

—Vizconde, ya es suficiente. Compórtese como un caballo-.

—¡Silencio! —gritó Wardes mientras le apartaba la mano a Wales. Wales se quedó en el sitio sorprendido por las palabras de Wardes. Wardes sujetó con firmeza la mano de Louise y ella sintió como si una serpiente la apretara.

—¡Louise! ¡Yo te necesito!

—No tengo ningún talento como maga.

—¡Ya te lo he dicho mil veces! ¡Louise, no tienes ni idea del poder que tienes!

Louise intentó zafarse de Wardes, pero la fuerza con la que le agarraba era tal que tuvo que desistir. Haciendo una mueca de dolor, Louise contestó.

—Preferiría morir antes que casarme contigo. Ahora lo entiendo, tú nunca me has amado. Sólo querías el poder mágico que crees que poseo. Es algo cruel casarse con alguien sólo por una razón así. ¡Es un insulto! —Louise se enfureció.

Wales puso una mano sobre el hombro de Wardes intentando tirarle, pero fue Wardes el que lanzó al príncipe contra el suelo. La cara de Wales se tornó roja y tras levantarse de nuevo cogió su báculo.

—¡Cómo osas! ¡Es un insulto! ¡Vizconde, quite sus zarpas de Vallière ahora mismo! ¡O si no te despedazaré con mi filo mágico!

Sólo en ese instante Wardes dejó libre a Louise. Una amable sonrisa apareció en sus labios. Sin embargo, se notaba que era forzada y falsa.

—Incluso aunque te lo pidiera de esta forma tampoco lo harías, ¿no? Louise. Mi Louise.

—No, no tengo ninguna duda, tú no eres aquel con el que quiero casarme —dijo Louise con la voz temblando de ira.

—Y yo que hecho tan grandes esfuerzos para atraer tus sentimientos durante este viaje... —dijo Wardes mientras miraba al cielo. Desplegó sus manos abiertamente mientras echaba hacia atrás su cabeza. —Bueno, no me queda más remedio. Tendré que dejar a un lado esta meta.

—¿Meta? —Louise miraba dubitativa.

«¿En qué estaría pensando Wardes?» Las comisuras de los labios de Wardes se alzaron, formando una sonrisa de aspecto enfermizo.

—Eso es. Tenía tres metas que conseguir durante esta travesía. Tristemente, sólo he podido conseguir dos de ellas.

—¿Conseguir? ¿Dos? ¿De qué estás hablando? —dijo Louise sintiendo un

escalofrío de inquietud a través de su espalda. Su mente estaba a pleno rendimiento intentando suponer lo que estaba ocurriendo.

Wardes levantó su mano con tres dedos alzados, y dobló su índice.

—La primera eras tú, Louise. Tenía que conseguirte. Sin embargo, parece que no puedo cumplir con ello.

—Desde luego que no.

Wardes sonrió mientras cerraba su dedo corazón.

—La segunda meta, Louise, está en tu bolsilo. La carta de Henrietta.

—Wardes, tú... —Louise se sobresaltó.

—Y, la tercera...

Al oír a Wardes hablando sobre la carta de Henrietta, Wales lo entendió todo y alzando su báculo comenzó a recitar un conjuro. Sin embargo, Wardes ya tenía preparados dos conjuros de antemano. Alzó su báculo de viento y comenzó a brillar con un rayo que alcanzó el pecho de Wales.

—Ma-maldito seas... Reconquista...

La sangre empezó a brotar de la boca de Wales y Louise dio un alarido.

—La tercera es tu maldita vida, Wales.

Tras ello, Wales cayó al suelo.

—¡Un noble! ¿¡Acaso no eres también un noble de Albión!? ¡Wardes! —gritó Louise mientras temblaba. Wardes era un traidor.

—Es cierto. En realidad soy un miembro de la facción de nobles de Albión conocida como Reconquista —replicó Wardes con voz fría, carente de emociones.

—¿Por qué? ¿Por qué tú, alguien de la nobleza de Tristain, harías semejante cosa?

—Nosotros somos el primer heraldo del futuro de Halkeginia, una unión de nobles sin límites nacionales. No tenemos fronteras —Wardes alzó su báculo de nuevo—. Halkeginia será unificada bajo nuestro poder, restauraremos nuevamente la 'Tierra Santa' de Brimir, el Fundador.

—Antes... antes no eras así. ¿Qué es lo que te ha cambiado tanto, Wardes?

—Años, accidentes y el destino. Puede que haya cambiado, a tu modo de ver, pero no he cambiado mi verdadera naturaleza como dices. Y ya estás diciendo demasiado.

Louise trató de esconderse en el momento en que Wardes movía su báculo, sin embargo el conjuro la alcanzó de lleno lanzándola contra el suelo.

—Ayuda... —El rostro de Louise empalideció. Intentó levantarse, pero sus

piernas le dejaron de obedecer.

Wardes echó su cabeza hacia atrás.

—¡Por esto! ¡Por esto has rechazado mi oferta de dominar juntos el mundo!

Comenzó a recitar el hechizo *viento cortante* y Louise salió volando como un trozo de papel.

—No... ayuda...

—Ni el más pequeño de los pájaros podría oírte. Parece que vas a tener que inclinarte en signo de derrota, ¿no es así, Louise? Louise salió despedida contra la pared y quedó tendida en el suelo, gruñendo de dolor, a la vez que caían lágrimas por su cara.

—Ayúdame... por favor... —aún le pedía ayuda al familiar que no se encontraba con ella.

—*Nube de rayos.*

«Es lamentable que sean estas manos las que se lleven tu vida».

A pesar de que el brazo de Saito quedó chamuscado por este conjuro, no había ninguna posibilidad de sobrevivir a un golpe directo. Su aliento estaba agitado del golpe y su cuerpo entero, dolorido. Louise, aterrorizada como una niña, comenzó a llorar.

—¡Saito! ¡Ayuda!

En ese momento, Wardes había terminado de recitar el conjuro y bajó el báculo, apuntando hacia Louise, pero la pared de la capilla se vino abajo con una estruendosa ráfaga de viento del exterior.

* * *

—Maldito seas... —murmuró Wardes.

Después de romper la pared Saito saltó empuñando a Derflinger y paró el báculo de Wardes.

—Tú... —Saito atacó a su costado, pero Wardes lo esquivó saltando hacia atrás—.

Accidentalmente Saito vio a Louise con el rabillo del ojo. Después de gritar sus últimas palabras Louise se desmayó y no se movió más desde entonces.

Con los ojos llenos de furia e ira, Saito miró a Wardes. Sus instintos asesinos aumentaban en su interior y gritó mientras se mordía el labio.

—¡Imperdonable!



—¿Por qué estás aquí, Gandálfr? —preguntó Wardes con una cruel mueca en sus labios.

Sin contestar, Saito embistió enfurecido con su espada. Sin embargo, la espada sólo chocó contra el suelo. Wardes esquivó fácilmente el golpe mientras volaba por el aire.

—Es verdad, debes haber sentido que tu maestra estaba en peligro. —Wardes cruzó ambas manos mientras flotaba junto al retrato de Brimir, el Fundador, con una mirada confiada y segura.

—¡Has traicionado a Louise! —gritó Saito, mientras lanzaba una estocada.

Wardes alzó el vuelo, la esquivó y aterrizó con tranquilidad. Se movía ligeramente como una pluma.

—El fin justifica los medios.

—¡Louise creía en ti! Eras su prometido. Ella suspiraba por ti cuando era joven.

—Menuda creencia más egoísta. —Wardes esquivó la espada flotando.

Entonces, alzó su báculo y lanzó otro hechizo. Saito intentó aguantarlo con su espada, pero el hechizo *viento cortante* le lanzó lejos. Saito gritó por el dolor cuando chocó contra la pared. Su herida en el brazo izquierdo le estaba destrozando y por ello no podía moverlo libremente.

—¿Eso es todo, Gandálfr? Tus movimientos son demasiado lentos. Al menos intenta entretenerme un poco —una cruel sonrisa salió de los labios de Wardes.

—¡Ahora lo recuerdo! —gritó Derflinger de repente.

—¿De qué me estás hablando en un momento así!?

—¡Eso! ¡Gandálfr!

—¡Qué!

—No, de hace mucho tiempo, la mano que me sostuvo, Gandálfr. Lo había olvidado, pero fue hace unos 600 años.

—¡No digas tonterías!

Wardes volvió a liberar su *viento cortante*. Saito intentó esquivarlo, pero fue alcanzado y salió volando de nuevo.

—Qué nostálgico. Creo que voy a llorar. Ciertamente, eso era lo que se me estaba pasando, mi compañero. ¡Era Gandálfr!

—¡Corta el rollo!

—¡La leche! ¡Ahora ya nadie podrá ignorarme! ¡Les mostraré a todos lo molón que soy! —gritó Derflinger mientras su hoja comenzaba a brillar.

Saito se volvió y miró a Derflinger alucinado.

—¿Derf? ¿Sí?

Wardes recitó nuevamente *viento cortante*. Una violenta ventisca se dirigió hacia Saito mientras éste ponía a Derflinger frente a él.

—¡Es inútil! ¡Un espada no lo puede parar! —gritó Wardes.

Sin embargo, en lugar de lanzar a Saito por los aires el viento fue absorbido por el filo de Derflinger. Y la luz que provenía de él se intensificó.

—¿Derf? Tú...

—¡Esta es mi verdadera forma, compañero! ¡No! ¡La había olvidado! ¡Mi cuerpo entero había cambiado por sí mismo! ¡Es una historia de lo más interesante, compañero!

—¡Pues que sea breve!

—Qué impaciente. Lo olvidaba, pero tranquilo, compañero, absorberé toda la magia que haya a mi alrededor. ¡Ese soy yo! ¡La mano izquierda del Gandálfr! ¡El Gran Derflinger!

Wardes miraba con interés la espada que Saito estaba empuñando.

—Cierto... no eres una espada ordinaria. Debería haberme dado cuenta cuando aplacaste mi nube de rayos. —Pero Wardes no perdió un ápice de su confianza. Sonreía tranquilo mientras agarraba su báculo—. Ahora pues, es hora de ponerse serios, ¿verdad? Llegó el momento de enseñarte por qué esta magia es la más poderosa.

Saito se lanzó contra él, pero Wardes le esquivó acrobáticamente y recitó el conjuro.

—Claro del Viento Omnipresente —una vez el hechizo fue completado, el cuerpo de Wardes se desdobló.

Uno, dos, tres, cuatro, clones de Wardes, junto con el verdadero cuerpo, rodeaban a Saito.

—¡*Multiplicación*!

—No es sólo *multiplicación*. Es el *viento omnipresente*, distribución equitativa. El viento se distribuye, y el lugar en el que sopla no sólo da apariencia sino que da también poder sustancial —uno de los clones de Wardes repentinamente sacó una máscara blanca de la capa y se la puso.

El cuerpo de Saito temblaba, al mismo tiempo de furia que de miedo. ¡El hombre enmascarado era Wardes! El hombre que estaba junto a Fouquet. ¡Aquel que golpeó a Saito con un hechizo no fue otro que Wardes!

—Enmascarado... tú... Entonces también fuiste el que ayudó a Fouquet a fuggarse. Qué truco más vil y traicionero. Así puedes aparecer en cualquier parte.

—Cierto. Es incluso mejor ya que cada uno tiene el poder del original. Te lo dije, ¿no? ¡El viento se distribuye equitativamente! —Uno de los Wardes saltó hacia Saito mientras otro aplicaba el hechizo haciendo que el báculo brillara. *Aguja de aire*, el mismo hechizo que antes atravesó el corazón de Wales.

—¡El báculo está rodeado por un remolino mágico por lo que la espada no puede succionarlo! —el báculo se agitaba mientras el remolino rotaba alrededor formando una hoja la cual fue dirigida al cuerpo de Saito durante el ataque.

Derflinger bloqueó el ataque, pero el impacto de la ventisca golpeó en la herida de Saito y cayó al suelo. Wardes no paraba de reír.

—No está mal para un plebeyo. Después de todo eres el legendario Gandálfr. ¡Pero aquí es donde todo termina! ¡No eres nada ante mi *viento omnipresente*! —gradualmente, Wardes rodeó a Saito mientras yacía en el suelo.

—¡Ey, espada legendaria! ¡La que usó Gandálfr! ¡Derf!

—Esa soy yo. ¿Qué ocurre?

—Si eres tan legendaria entonces haz algo que evite que me maten.

—Bueno, estoy brillando y absorbiendo la magia del enemigo, ¿cierto?

—No, eso no, algo más. Algo como un ataque final, haciendo volar al enemigo por los aires de un solo golpe.

—¿Qué? Sólo soy una espada.

Uno de los Wardes saltó hacia Saito intentando golpearle con su báculo, pero éste lo evito defendiéndose con la espada y esquivando el ataque.

—¡Inútil! ¿Qué clase de leyenda eres?

—¡Pero no hasta tal extremo!

Los Wardes seguían atacando con violencia, pero gracias a que Saito estaba contra la pared, sólo tres de ellos podían atacar al mismo tiempo. De algún modo se las apañaba para bloquear todos los ataques.

—¡A este paso me derrotarán y me matarán!

—¡Santo cielo! ¡Mi más profundo pésame!

En ese momento a unos cuatro metros de donde Saito estaba luchando, Louise se despertó. Cuando Louise vio a Saito luchar su rostro se tornó momentáneamente blanco por la sorpresa, pero entonces, agarró su varita.

—¡Huye mientras puedas, idiota! —gritó Saito, pero Louise hizo caso omiso.

Recitó un hechizo y apuntó con la varita. Tras ello, apareció una *bola de fuego* que se dirigió directamente contra Wardes explotando en el suelo que le rodeaba. ¡Bum! Con ese fuerte estruendo, Wardes desapareció mientras Louise miraba asombrada.

—¿Eh? ¿Ha desaparecido? ¿Por mi magia?

El Wardes que quedaba intentó lanzarse contra Louise.

—¡Huye! —gritó Saito, pero Louise, testaruda, seguía conjurando el mismo hechizo. Sin embargo, esta vez fue lanzado por el báculo de Wardes. Saito miraba estupefacto mientras se agitaba por la furia. Cuando el cuerpo de Louise golpeó la pared frente a sus ojos, un rugido salió de su boca.

—¿Cómo te atreves a hacerle eso a Louise!

Una vez que el cuerpo de Louise salió disparado de nuevo, los Wardes que quedaban se concentraron en retener el empuje de Saito. Sin embargo, él incrementaba gradualmente su velocidad. La respiración de los Wardes empezaba a volverse errática e irregular, pero su expresión no cambiaba en nada. «¿Acaso has vuelto para morir? ¿Por qué pones en riesgo tu vida por una chica que te desprecia? ¡No llego a entender cómo funcionan las mentes de los plebeyos!»

—Entonces, ¿por qué intentas matar a Louise, maldito cabrón?! ¡Tú eras su prometido! —gritaba Saito mientras empujaba con su espada.

—Ja, ja, ja, ¿así que aún amas a Louise? ¡El amor imposible de un siervo por su maestra! ¡Es realmente gracioso! ¡Esa arrogante de Louise jamás se rendirá ante ti! ¡Mera compasión interpretada como amor! ¡Idiota!

—¡Y qué si estoy enamorado! —gritó Saito mientras se mordía los labios—. Sin embargo...

—¿Sin embargo, qué?

—¡Late fuertemente!

—¿Qué?

Una expresión de desconcierto apareció en la cara de Wardes.

—¡Ah! ¡Cuando veo esa cara mi corazón late más rápido! ¡Esa es razón suficiente para mí! ¡Por ello defenderé a Louise! —gritó Saito.

Las runas comenzaron a brillar. La luz que emitía las runas hizo que Derflinger brillara con mayor intensidad.

—¡Bien! ¡Así se hace compañero! ¡Eso es! ¡Esa es la clave! ¡Ahora lo recuerdo todo! ¡Ahora sé la fuente del poder de Gandálfr! ¡Bien hecho, compañero! Finalmente, el corte de Saito hizo desaparecer a uno de los Wardes.

—¿Qué?

Wardes puso una mueca de dolor.

—¡La fuente de poder de Gandálfr son los sentimientos! ¡Ira! ¡Tristeza! ¡Amor! ¡Placer! ¡Cualquiera vale! ¡Y ahora parece estar bastante agitado, mi Gandálfr!

Saito giró la espada. Debido a su terrible velocidad, Wardes no pudo reaccionar a tiempo y desapareció.

—Ma-maldito seas.

Ahora sólo quedaban tres.

—¡No lo olvides! ¡Estás luchando contra mí! ¡No puedes superar mis habilidades!

Saito saltó alto en el aire cogiendo su espada, a lo que Wardes respondió con un vuelo.

—¡El aire es mi elemento! ¡No lo olvides! ¡Gandálfr!

Cada uno de los báculos de los distintos Wardes apuntaba hacia Saito, pero el atacó con Derflinger como si fuera una peonza.

—¡Esa es la forma de combatir, Gandálfr! ¡Empúñame al ritmo de tu corazón! —gritó Derflinger.

Justo después, los tres Wardes fueron eliminados en un instante. Saito aterrizó. Con el viento omnipresente derrotado, el único Wardes que restaba era el verdadero, el cual dio con su cuerpo contra el suelo. Su amputado brazo izquierdo también cayó segundos después. Saito también fue directo al suelo, pero dio un traspié y tuvo que aguantar su peso sobre su rodilla. Su cansancio ya había alcanzado un límite crítico.

—Maldición... Este brillo realmente me ha derrotado... —dijo Wardes mientras miraba a Saito tambaleándose.

Saito intentó levantarse y lanzarse directo hacia él, pero su cuerpo no le respondía.

—Mier...

—Ah, compañero, no te pongas como un loco ahora. Gandálfr no puede moverse si ha agotado toda su energía. Esto se debe a que este tipo de familiar fue creado para defender a su maestro mientras éste recitaba conjuros —explicó Derflinger.

Wardes agarró su báculo con su restante mano derecha y flotó directo hacia delante.

—Por dios, parece que sólo he conseguido alcanzar una sola de mis metas. De todos modos, ahora eres mío, Gandálfr, ya que un gran ejército se aproxima, ¿Eh?! ¿¿Puedes oír el trotar de los caballos y las alas de los dragones?!

De hecho, se podía oír tanto el sonido de los cañones como el ruido de las explosiones mágicas de afuera, así como las agitadas voces de los nobles y los soldados mezclados en la batalla.

—¡Tú y tu estúpida maestra seréis convertidos en cenizas, Gandálfr! —lanzan-

do estas últimas palabras, Wardes desapareció a través del agujero de la pared.

Saito, que usaba a Derflinger a modo de bastón, levantó a Louise tembloroso.

—¡Louise! —Saito agitaba a la joven maga intentando levantarla sin aprovecharse—.

Intranquilo, puso su oído contra el pecho de Louise. Tutum, tutum, tutum... Al escuchar el débil latido de su corazón suspiró de alivio. Louise estaba hecha polvo, su manto destrozado y sus rodillas y mejillas con raspaduras. Y debía de haber más heridas bajo su ropa. La mano de Louise agarraba su pecho. El botón de su bolsillo se cayó, dejando entrever la carta de Henrietta en su interior. Parece que, incluso inconsciente, Louise seguía protegiendo la carta. «De verdad, me alegro de que estés viva. He llegado justo a tiempo» pensó Saito.

—Pero, compañero... ¿y ahora qué hacemos? El Águila acaba de dejar el puerto.

Era cierto. Para salvar a Louise, Saito saltó desde la cubierta del Águila que estaba a punto de partir.

—¿Eh?

—¿Eh? ¿En serio? ¿Puedes oír los gritos de fuera? ¿Qué es lo que crees que pensarían los hombres de Wales si ven el cuerpo inerte de su príncipe yaciendo en el suelo? ¡Pensarán que somos unos traidores!

En realidad, las explosiones y el fulgor de la batalla se estaban acercando más y más a las paredes. Era sólo cuestión de tiempo que entraran en estampida donde ellos se encontraban.

Saito tranquilamente dejó a Louise en una silla y se puso de pie tras ella, en guardia.

—¿Qué estás haciendo?

—Defender a Louise.

Cuando Saito dijo estas palabras, Derflinger tembló crispado.

—Ja, ¿quién si no? Lo comprendo. Compañero Gandálfr, ha sido un verdadero placer haberte conocido a ti y a esta chica noble, tu maestra, compañero.

—Déjate de bromas.

—¿Uhm?

—Tanto Louise como yo sobreviviremos.

—¿Acaso no escuchaste el discurso del rey? Son unos 50 000 enemigos.

—No importa.

Saito, con el último remanente de fuerza, agarró la espada. Tanto si fueran unos 50 000 como si fueran 100 000 tenía la sensación de que podía ganar. En ese

momento podía derrotar a cualquier mago a pesar de que estaba extremadamente cansado. Derflinger comenzó a agitarse más y más.

—¡Eso es! ¡Así me gusta! ¡A quién le importan 50 000! ¡Que vengan todos a la vez!

Y Saito, empuñando a Derflinger, se quedó mirando a la entrada de la capilla.

Esperaban, ya que tarde o temprano el enemigo aparecería. Pero entonces el suelo junto al que se encontraba Louise comenzó a levantarse.

—¿Qué? —Saito miraba al suelo.

—¿Es el enemigo? ¿Está excavando aquí?

Bajó el arma apuntando al agujero, del cual salió un animal marrón que pronto sacó la cabeza.

—¿Aaaaaahhh?

Y entonces el animal marrón comenzó a rebuscar en el cuerpo de Louise que yacía cerca.

—¡Tú... tú eres esa gran mole, Verdandi! ¡El familiar de Guiche! —gritó Saito justo antes de que por el mismo agujero por el que había aparecido Verdandi saliera la cara de Guiche.

—¡Eh, Verdandi! ¡Puedes cavar un agujero en cualquier parte! ¡Buen chico! ¡Bue...! —Guiche giró su cara embarrada hacia Saito y vio a Louise cerca—. ¡Ja! ¡Así que aquí estáis!

—¿¡Qué leches estás haciendo aquí!? —gritó Saito.

—Calma. Tras vencer a Fouquet *de la Tierra Derribada* y tomar un descanso decidimos seguirte. Es nuestro deber ya que el honor de la Princesa Henrietta depende de ello, ¿cierto?

—¡Pero este sitio está en el cielo! ¿¡Cómo narices habéis llegado aquí!?

Entonces, junto a Guiche, surgió la cara de Kirche.

—Con el Sylphid de Tabitha.

—¡Kirche!

—Llegamos bien a Albión, pero como era un país extranjero no sabíamos a dónde ir. Entonces Verdandi empezó a cavar de repente y nosotros le seguimos.

Mientras tanto, la gran mole apretaba su hocico contra el Rubí de agua que brillaba en el dedo de Louise.

—Lo cierto es que Verdandi siguió el olor del rubí y comenzó a cavar un túnel hasta aquí. Mi precioso Verdandi, por su amor a las joyas es capaz de rastrear desde La Rochelle y cavar un agujero para llegar aquí —aclaró Guiche.

Saito abrió la boca del asombro, la verdad es que nunca habría planeado ser rescatado por una mole.

—¿Estás bien? Casi capturamos de nuevo a Fouquet, pero logró escapar por poco. Esa mujer para ser una maga huye muy a menudo. Por cierto, cariñín, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Kirche mientras se quitaba la suciedad de la cara con un pañuelo.

—Ja, ja, ja, ja... —a Saito le entró la risa nerviosa.

—¿Cariñín? ¿Ocurre algo malo? ¿Cariñín?

—¡Habla de ello más tarde! ¡El enemigo pronto estará aquí! ¡Huyamos!

—¿Huir? ¿Y la misión? ¿Y qué hay del Vizconde Wardes?

—¡Tenemos la carta y Wardes es un traidor! ¡Regresemos ya mismo!

—¿Qué? Bueno, no lo entiendo muy bien, pero parece que todo ya ha terminado —dijo Kirche con tono indiferente.

Con Louise en sus brazos Saito poco a poco se fue metiendo en el hoyo. Pero entonces recordó algo, por lo que dejó a Louise al cuidado de Kirche y se dio prisa en volver hacia donde se encontraba Wales.

Sin embargo, Wales ya estaba muerto. Saito cerró los ojos y, en silencio, rezó por su alma.

—¡Eh! ¿Qué se supone que estás haciendo? ¡Vuelve de una vez! —llamó Kirche a Saito.

Saito buscó en el cuerpo de Wales algo de recuerdo para entregarle a Henrietta. Entonces vio el gran rubí de su dedo, el rubí de la Familia Real de Albión. Saito se lo quitó y lo guardó en su bolsillo.

—Bravo, Príncipe. Jamás serás olvidado —musitó Saito—. Te juro aquí mismo que lucharé por defender las cosas en las que creo —dijo.

Saito hizo una reverencia y volvió corriendo al hoyo. En el momento en el que Saito se metió, los soldados nobles y los magos arremetieron rompiendo la puerta de la capilla.

* * *

El túnel que había cavado Verdandi se dirigía directo hacia la base del continente de Albión, por lo que en el momento en el que Saito se asomó fuera del agujero, no había más que nubes por debajo. Sin embargo, Sylphid logró atrapar a cada una de las cuatro personas que estaban cayendo, junto a la mole. El gran familiar que fue

agarrada por la boca del dragón de viento lloraba protestando.

—Por favor, intenta aguantarlo, mi adorado Verdandi. Aguántalo hasta que estemos en Tristain de nuevo.

Con un aleteo poderoso, el dragón de viento surcó las nubes y cambió su dirección hacia la academia de magia.

Saito, con Louise en sus brazos, alzó su mirada hacia el continente de Albión. Vacío y nuboso, azul por dentro, el continente de Albión desapareció de su vista. A pesar de su corta estancia a Saito le venían varios recuerdos mientras el País Blanco se alejaba de él.

Saito miró a Louise que descansaba en sus brazos. Sus blancas mejillas estaban sucias por la sangre y la tierra, pero incluso en ese estado se podía entrever sus aristocráticas facciones. Había dos rayas desde sus ojos hasta sus mejillas dejadas por sus lágrimas. Saito limpió la cara de Louise con su manga. No podía consentir ver la preciosa cara de su maestra en tal estado.

Louise seguía inconsciente por el shock. Mirar a su cara era en cierto modo bastante doloroso para Saito.

—Querida Louise. Mi Louise... —tutum, tutum, su corazón latía con fuerza.

Ahora Saito miraba sólo la cara de Louise apretada contra su pecho.

* * *

Mientras, Louise estaba absorta en sus sueños. El sueño tenía lugar en La Vallière, su casa. Un estanque en una campiña olvidada. Una pequeña balsa flotando. Allí Louise se tumbaba cuando tenía problemas. Siempre se escondía en secreto para dormir allí. Un mundo en el que nadie la podía molestar. Su lugar especial.

El corazón de Louise estaba dolorido. Pero Wardes ya no volvería nunca más. El gentil vizconde Wardes, su primer amor, el prometido de un matrimonio arreglado de mutuo acuerdo por sus padres.

La joven Louise lloraba desconsolada, ya no estaba Wardes para llevarla a su lugar especial nunca más. Era un sucio traidor que había asesinado a un valiente príncipe. Esas amables manos pertenecían a un asesino.

Louise lloraba en el bote, pero entonces, alguien vino.

—¿Es vos, Vizconde? —preguntó Louise en su sueño. Pero agitó su cabeza. El vizconde ya no volvería nunca más—. «Entonces, ¿quién?».

Era Saito. Su espada colgaba de la espalda cuando, sin miedo a mojarse, se

metió en el estanque y se aproximó a la balsa de Louise. El corazón de Louise retumbó. Saito sacó a Louise de la balsa y la sujetó entre sus brazos.

—¿Has estado llorando? —preguntó Saito. Louise asintió como una niña en su sueño.

—Deja de llorar, Louise. Mi Louise.

Louise intentó enfadarse. «¿Este familiar cómo osa llamarme ‘mi Louise’?» Pero cuando abrió su boca para reñirle, sus labios fueron cerrados de nuevo con un beso. A pesar de que al principio intentó zafarse, pronto las fuerzas la abandonaron. Louise se despertó sobre la espalda de un dragón de viento, en los brazos de Saito. Se dio cuenta de que Saito la estaba sosteniendo. Estaban junto a la cola del dragón de viento y Saito la estaba abrazando. Ella le miraba a la cara de reojo para que no se diera cuenta de que había despertado.

Kirche, Tabitha y Guiche estaban sentados en la parte delantera del dragón de viento. El viento soplaba contra sus mejillas.

—Ah, esto no es un sueño.

Entonces...

—He sobrevivido.

La mente de Louise estaba llena de ferviente pensamientos.

«El traidor de Wardes casi me mata, pero Saito salió en mi defensa. Entonces, me desmayé. Luego volví a recobrar el conocimiento y recité algunos conjuros. Después de todo, volví a desmayarme así que puede que Saito ganara. Pero sólo nosotros sobrevivimos y puede que el ejército real fuera derrotado. Además, Wales ha muerto».

La felicidad de sobrevivir junto con la tristeza por los caídos casi hizo llorar a Louise. Sin embargo, para evitar llorar frente a Saito, cerró sus ojos. También tenía vergüenza de dar las gracias. Sin embargo, no podía entender por qué se sentía tan a gusto con Kirche, Tabitha y Guiche. Pero agradecerle a Saito delante de todos era realmente embarazoso. Así que Louise decidió hacerse la dormida.

Aun así, Louise seguía mirando en secreto a Saito por el rabillo de sus ojos casi cerrados. Saito la miró a los ojos directamente a ella. Esos ojos le hicieron recordar su último sueño. El dragón de viento aumentó su velocidad. Un fuerte viento chocaba contra sus mejillas, pero se sentía bien. El viento junto con las miradas ardientes de Saito... ah, Louise no podía ocultar sus sentimientos. Su mente estaba alborotada: el traidor de Wardes, la muerte de Su Alteza, el Príncipe, la victoria de la alianza de los nobles de Reconquista, dar cuenta de ello a la Princesa; por varios motivos, y mientras Louise se lamentaba por todos ellos, en ese momento todas sus preocupaciones se fueron con

el viento.

Después de escapar ante una muerte casi segura, quería saborear su vida por un instante. Así, saborear su vida sin límites, pretendiendo estar dormida. La cara de Saito se acercó y su corazón soltó un fuerte latido. Los labios de Saito se juntaron con los suyos. Louise, instintivamente, alzó su mano para empujarle, pero en su lugar volvió a su pecho.

Mientras Sylphid volaba por los cielos, el fuerte viento chocaba contra las mejillas de Louise. Algo cálido llenó su corazón, un corazón que, herido por los tristes acontecimientos, había sido sanado.

Hace un rato, se oponía fuertemente contra el sentimiento de su sueño. Pero por ahora un placentero viento soplaba de un mundo diferente. Apoyando su mejilla contra su pecho cayó dormida en silencio.